



Guitart, María

La cadencia de la marea / María Guitart. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones del Jinete Insomne, 2017. 200 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-4115-02-7

1. Novela. I. Título.
CDD A863



La cadencia de la marea de Nené Guitart se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirDerivadasIgual 3.0 Unported



colección **narradores del sur**



Ediciones del
**Jinete
Insomne**

Talcahuano 256, piso 2,
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
www.jineteinsomne.com

Fotos de tapa: agradecimiento al Archivo Histórico de Esquel
Corrección: Francisco Godinez Galay
Diseño y diagramación: Patricia Peralta

Impreso en Bonus Print en marzo de 2017

La cadencia de la marea

Nené Guitart



colección **narradores del sur**



Agradecimiento

Si bien los personajes de esta novela son ficcionales, su construcción está inspirada en relatos orales y escritos de mujeres reales. Mi propia historia familiar, parecida a la de muchos hijos de inmigrantes de nuestro país, también aportó imágenes y voces a este relato.

Este proyecto se concretó en primera instancia como obra de teatro y fue puesta en escena con el nombre “Los hijos llegan como el agua” (título tomado de un parlamento de Yerma de Federico García Lorca) por el grupo Efectos Colaterales de la ciudad de Esquel.

La novela parte del texto de la obra. El cambio de género permite el despliegue de personajes y situaciones imposibles de traducir al lenguaje teatral pero mantiene el espíritu con el cual fue gestado el trabajo en la escena.

Mi más sincero agradecimiento a todas esas mujeres que me permitieron compartir sus vivencias.



Elena

Estoy sentada en la cocina de Madre. Llegué hace dos días desde Buenos Aires justo a tiempo para el entierro. Tenía noventa y un años. Esta casa está a dos mil kilómetros de Buenos Aires. Hace más de cincuenta años... ahora cuento y son cincuenta y cuatro que me fui. Algunos veranos volví con mis hijos cuando vivíamos en Esquel pero desde que me fui a Buenos Aires, hace treinta y dos años sólo vine cinco veces. Prefería llevar a Madre a mi casa, a la ciudad, aunque pocas veces lo conseguí.

Casi nada cambió desde que dejé esta casa. La cocina económica es la de siempre. Hoy está apagada porque estamos en diciembre aunque en esta tierra es difícil descartar el fuego incluso en verano. Hoy mismo, diez de diciembre el viento sopla y no estamos a más de dieciocho grados.

Al lado de la cocina, la pileta con la bacha de loza blanca con algunas cachaduras. Tengo alguna imagen de la instalación del agua corriente. Enfrente, la puerta que da al patio de atrás. Por los vidrios veo el galpón, más allá los sauces y al fondo la loma. El aparador con pueritas de vidrio esmerilado. Los objetos son prácticamente los mismos. Madre siempre fue cuidadosa. Sabía en qué fecha y en qué lugar se había comprado cada uno. Hace dos meses cuando hablé con ella me contó que se le había roto la jarrita blanca de porcelana. La que le había traído Vicente, mi hermano, la primera vez que había viajado a Buenos Aires.

No puedo agarrar nada con estas manos, las cosas se me escapan, me dijo. Lo que se le escapaba era la vida a la que estuvo aferrada con manos y pies hasta el último día. Le envidio esa fe sin fisuras, ese agarrarse a lo material de la existencia. En mi caso soy más bien proclive al tambaleo, a la duda, a la desconfianza en lo puro y contundente del acto cotidiano.

Al entierro vino mucha gente. ¿Vos sos Elena o Lucía? Me preguntaron por lo menos cinco personas. Soy Elena, Lucía no pudo venir. Vive en Francia. Me acuerdo de ustedes cuando eran chicas. Qué buena gente era tu madre. Y cuántos años tenía. Yo la veía todos los días, todavía salía a caminar, qué guapa. Yo la conocí de cuando recién llegó con tu papá. Pobre tu papá murió tan joven. Bueno, ahora van a estar juntos. Qué vas a hacer con la casa. Y viniste sola. La apreciábamos mucho a Doña Asunción. Querida, qué pena tan grande. Te acompaño en el sentimiento. Apretones de manos, abrazos, besos. El pueblo la despedía. Era lo que se había propuesto en vida: ser apreciada y respetada. Y lo había logrado.

Vine sola por una decisión propia. Santiago, mi hijo quería acompañarme pero no lo dejé. Julia, mi hija, vive en España.

Quería estar a solas con la muerte de Madre.

Escribo guiones. Es un trabajo que hago desde hace más de veinte años. Cuando me fui a Buenos Aires con mis dos hijos decidida a estudiar, me inscribí en la facultad de derecho. Ser abogada no estaba entre mis prioridades pero todavía evaluaba por sobre mis curiosidades e intereses la rentabilidad económica de mi escapada. No me duró mucho. La historia se me impuso y después las letras y el cine. Por un derrotero plagado de obstinaciones, casualidades, estudio, fracasos, me encontré trabajando en una productora de

cine y televisión. Revisaba los proyectos que, por montones, llegaban al grupo. Desechaba los imposibles, por malos o inaccesibles a los montos que manejaba la empresa, y los viables los pasaba a otro departamento encargado de definir, a partir de presupuestos más ajustados, su puesta en marcha en la proyección anual. Así me hice a este mundo y me animé a escribir mis propios guiones. Hice programas de televisión, alguno con cierto éxito, hasta que me metí en el mundo de los documentales. Encontré mi tierra fértil donde todavía siento que las semillas crecen con vigor. Ahora, formo parte de una ONG que se ocupa de la situación de los migrantes. Pertenezco al departamento de comunicación cuyo objetivo apunta a la concientización, a través de diversas intervenciones artísticas, de la situación de las personas que se ven empujadas a desplazarse en búsqueda de sustento o de paz.

La casa es vieja y necesita algunos arreglos. No sé qué voy a hacer con ella. Lucía me dijo que hiciera lo que quisiera. Mi hermana se exilió durante la dictadura militar y no volvió más. Alguna vez, en algunas vacaciones nos encontramos en Argentina o en París. Hablamos por teléfono y sabemos lo mínimo e indispensable la una de la otra. Mi hermano Vicente se quedó acá con Madre. Esta casa fue un establecimiento de ramos generales con hospedaje hasta la década del ochenta. Vicente murió joven y aunque quise llevarme a Madre a Buenos Aires ella se empeñó en quedarse acá. Me dijo que ya no tenía fuerzas para otro desarraigo. Cuando murió Vicente tenía la edad que yo tengo ahora. A mis setentitantos empiezo a entenderla. Cada vez me voy aferrando más a mis pocas cosas estables.

Estoy elaborando el guión de un documental sobre las mujeres inmigrantes en Argentina a principios

del siglo XX. Mis padres llegaron desde España a principios de siglo pero recién ahora abordo este tema. Hice documentales sobre los desplazados haitianos en República Dominicana, los subsaharianos, los de los países del este a Europa occidental después de la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. De los gitanos de Rumanía. Hice documentales sobre los abusos a las mujeres guatemaltecas y salvadoreñas en las guerras civiles. No fueron decisiones deliberadas, fueron proyectos que se me impusieron por las circunstancias del trabajo y las posibilidades de financiación.

Ahora en la cocina de la casa de Madre aprovecho a revisar fotos, libros y documentos que traje conmigo. Matilde, la mujer que acompañó a Madre estos últimos años, entra con una brazada de leña. Le voy a prender la cocina, me dice. Va a empezar a bajar el sol y se va a poner más frío. De paso, si quiere, cocinamos alguna cosita caliente. Le agradezco y la dejo hacer.

Miro por la ventana que da a la cordillera. Hace mucho que no veía tanto cielo.

Tomo notas desde hace un mes. La muerte de Madre me encontró sumergida en el mundo de principios del siglo veinte. La oleada de europeos que llegaban a Argentina. La gran mayoría, desheredados de sus tierras, esperanzados en hacerse la América o en encontrar un espacio que los acogiera para remediar el hambre y poder construir una vida, tener trabajo, criar hijos.

Mi biografía es un impedimento para este trabajo. Me doy cuenta de que en cada generalización, que es imprescindible hacer para enmarcar el trabajo, aparece mi historia personal, las imágenes transmitidas sobre todo por Madre, su voz, sus gestos, sus demandas.

Me detengo en una foto: dos mujeres sentadas con dos criaturas en sus faldas. La más vieja tiene los ojos cerrados; las manos son grandes y se entrelazan en la manta que arropa al niño que se chupa el dedo. En qué piensa, dónde está, qué edad tiene. No puedo definir si es joven o vieja. La de al lado sí es joven y mira derecho. Las manos son blandas y no están apretadas. Pienso que todavía tienen la posibilidad de la caricia. Todavía tienen futuro, me digo. Pero futuro para qué.

Y me vuelve a pasar lo que me viene sucediendo con cada foto. Abrazo a la de los ojos bajos. Soy madre y le susurro al oído que todo va a estar bien, que hay vida esperando. Le ruego que abra los ojos, que me mire, que me reconozca, que es mi niña querida, mi ángel, mi esperanza. Le separo las manos, busco bajo los tendones tensos la piel suave. Ahora soy hija y me acurruco en el calor de su cuerpo. La huelo hasta el fondo. Busco entre las ropas ese olor a mundo perfecto de la infancia.

1

El hospedaje y ramos generales La Leonesa es un establecimiento anclado en la Patagonia todavía remota para los años cincuenta. Lago Blanco se encuentra en el cruce de dos rutas, una que se adentra en la cordillera y otra que conecta este pedazo de tierra con los centros más poblados. La Leonesa se levanta en el límite justo entre el acecho del desierto hacia la derecha y la promesa de lagos y bosques hacia la izquierda.

La Leonesa tiene las características típicas de las necesidades de la época: almacén donde se puede conseguir desde una bolsa de harina hasta un mango de hacha. No es fácil proveerse de mercaderías sobre todo productos frescos pero las conexiones de familia y el buen trato, pagos en término, pedidos sustanciosos, han hecho de este establecimiento una referencia obligada en varias leguas a la redonda.

El almacén tiene un mostrador largo de madera de lenga y estanterías hasta el techo. Sirve para despachar las mercaderías pero también para comer un churrasco a cualquier hora, jugar al truco o tirar unos dados, acodados, un vaso de caña en la mano. La puerta que conduce a la cocina está a la derecha. Un pasillo conduce a las cinco piezas con las que cuenta el negocio.

Es diciembre pero hace frío. El viento se cuele a través de las aberturas. Es un viento constante, una

ráfaga apenas disminuye su fuerza cuando la siguiente arrecia con más vigor. La lluvia se escarcha sobre la ventana.

Rosita vierte agua caliente en el fuentón de hojalata que sirve para lavar la ropa. Prueba el agua y añade jabón mientras con la mano bate para formar espuma. Abre la puertita de la cocina económica y agrega algunos palos. Enfys coloca la harina sobre la mesa, agrega agua, manteca y un poco de sal y amasa el pan. Las dos mujeres concentradas en las tareas se sobresaltan al escuchar la voz de Asunción que entra al recinto con un montón de pañales entre sus manos

¡Qué frío, ¿No?!

Las tres mujeres se detienen un instante y miran por la ventana. A través del vidrio dibujado por diminutos ríos de agua y escarcha, el paisaje se distorsiona y se multiplica. Son las ocho pero el sol todavía está alto. El verde de los campos y esa luminosidad cálida no acuerdan con la lluvia fina que persiste con la frialdad del invierno. Contradicciones de la naturaleza en esta tierra que no sabe de estaciones establecidas o de calendarios humanos.

Enfys permanece con la masa entre las manos. Los dedos, desligados de la conciencia de la mujer, trabajan los ingredientes con minucia.

Está horrible y me parece que va a seguir lloviendo porque se ven unas nubes negras en la cordillera.

Asunción tira los pañales al piso y los va seleccionando. Los que parecen sucios se los da a Rosita.

¡Mira, mira! Si es escarcha... Como en Europa. La verdad es que yo nunca me acostumbré a esta navidad en verano: días eternos, campos verdes y si hay

suerte hasta calor. La navidad tiene que ser blanca o acaso no son así todas las postales que nos hemos hecho en la cabeza. Como viene la cosa este año vamos a repetir la navidad del 47. Con nieve y al lado de la cocina porque está fresco. Fresco es un decir porque en realidad hace un frío de los mil demonios. Lo que harta es seguir hachando leña todo el año a lo loco.

¡Rosita! Fíjate que la estufa tenga leña.

La cocina económica no consume tanto porque la dejamos apagar después de cocinar pero con este frío espantoso hay que alimentarla a diestra y siniestra. También las estufas del comedor y de las piezas donde hay clientes. Todo un trastorno.

Asunción vuelve a salir y regresa con un montón de sábanas para planchar. Saca uno por uno los pañales del fuentón en el que Rosita refriega. Los mira buscando la mínima apariencia de suciedad y los vuelve a meter. Rosita la mira fijo y espera que Asunción termine su tarea de revisión. Ya está acostumbrada a la supervisión desmedida, a los gestos exagerados de Asunción. A ese agitar constante de las manos. A esa voz siempre un tono más alto.

Asunción se acerca a Enfys mientras ordena sobre la mesa la frazada de planchar y las sábanas que acaba de traer.

Te hago un té, como a ti te gusta.

Enfys niega con la cabeza.

Rosita toma un trapo de piso.

Asunción ve que hay harina sobre la mesa, busca un trapo y limpia mientras Enfys, avergonzada, se corre a una punta de la mesa. Sigue amasando. Asunción insiste.

Pero sí, mujer. ¿O tienes miedo que no lo haga bien? Ya he aprendido. Ves, son hojas que me han traído con el último pedido. Hasta yo tomo de vez en cuando.

Prepara la frazada para planchar. La voz tímida de Enfys parece más apagada ante el timbre sonoro de Asunción.

No, gracias. Ya tomé algo antes de venir.

Rosita mira el cielo raso buscando el lugar de las primeras goteras. Se acerca con el trapo de piso. Su voz no es ni tímida como la de Enfys ni aguda como la de Asunción. El tono apagado no interfiere en la determinación de las palabras que salen de su boca. Síntesis y contundencia. No hay esas inflexiones de tono y de sintaxis que definen el habla de Asunción. Tampoco la suavidad que esconde la inseguridad de Enfys. En Enfys todo es blando, las palabras parecen atorarse en la garganta haciendo un esfuerzo para salir. El hablar de Enfys se parece más a un eco, a una repetición en sordina. Algo que llega de muy lejos, de muy adentro de su cuerpo. Para escucharla hay que hacer silencio. Se impone un esfuerzo para seguir la trayectoria de esas palabras que parecen venir de lejos. De muy lejos. De un pasado y de un territorio escondido a los ojos cotidianos. Escuchar a Enfys obliga a acallar las voces internas y obliga al entorno a acercarse, a crear un espacio cóncavo en el que las palabras no se dispersen. Rosita es directa. Una flecha lanzada al objetivo sin desviación alguna.

El Vicente tenía que arreglar las chapas, pero...

Ese suspenso lo dice todo pero Asunción no puede tolerar la sentencia de Rosita.

¡Rosita! A ver esos pañales. Que queden bien blancos. Déjalos en remojo y después les das una

buena restregada. No vamos a colgarlos afuera porque me parece que va a seguir la lluvia.

Acá estamos... con las chapas en el galpón...

Las miradas se tensan. Rosita sostiene los ojos de Asunción. Lo dicho está dicho y ella sabe lo que va a pasar.

Enfys no tolera los tonos rípidos de Asunción y se apura a romper ese silencio antes de que se instale la guerra.

Sí, ya está chispeando. ¿Estás segura de que Margarita no necesita nada?

Ahora, la gotera cae sobre la mesa. Asunción mira a Rosita, frunce el ceño y levanta apenas el mentón. Rosita se acerca con un jarro y lo coloca sobre la mesa para contener el agua de la gotera. Los movimientos son precisos y silenciosos. Sólo se escucha el sonido del agua rebotando en el fondo del jarro.

Pero sí mujer. Llegó después del mediodía, muy asustada. Si la hubieras visto, pobrecita, parecía un pajarillo mojado. Le dolía la barriga. Pero le falta. Pobre niña, lo que necesitaba era una madre o un marido, aunque poco sirven los hombres en estas circunstancias. Bueno, que la ayudé a cambiarse la ropa empapada y le dije que aquí se quedaba hasta que nazca la criatura. No sabes la cara de alivio que me puso y el abrazo que me dio. Le hice una tila bien cargada y la hice acostar en la pieza más calentita que tengo. Se durmió al instante.

¡Rosita! Pon el farol para que lo vea Ilse. Mejor que le avisemos pronto, aunque falta no quiero escucharla protestar.

Mejor así. Creo que sabe pero es tan...

Dura, dura como un pino. Un sargento de caballería. ¿Cómo va la quinta?

No quiero ni pensar. Muy mal. Si no tenemos una helada salvamos las papas, pero la verdura de hoja está perdida. Y fruta vamos a tener poco y nada. Con las heladas de noviembre se cayeron más de la mitad de las flores.

Rosita busca el farol. Es el acuerdo convenido, un sistema de señales previamente acordado.

La casa de Ilse está a unos cincuenta metros de La Leonesa.

Cuando Rosita sale a la galería, Ilse ya viene en camino, el maletín en una mano y el acordeón colgando de su hombro. No alcanza a colgarlo cuando escucha la voz ronca, imperativa de la comadrona. Voz que no consulta, ordena. Frases de un solo soplo. No hay melodía. Es una voz puesta en acto. El lenguaje no admite medias tintas ni variaciones. El lenguaje fue creado para el hacer. Filosofía de Ilse.

Recorre el pasillo que va de la galería a la cocina. En un instante se planta ante Asunción.

Buenas noches ¿Dónde está la chica?

Pero Ilse, ¿cómo es que ya estás aquí?

Asunción exagera la sorpresa y mira a las otras mujeres en busca de complicidad.

Ya venía en camino. Como no me habías avisado ya me estaba empezando a preocupar.

¡Qué bien, has traído el acordeón!!

El acordeón solo, en casa no se queda.

Rosita toma la bufanda y el abrigo de Ilse y mira el espacio de la cocina con desconfianza. No se

le escapan las interferencias con su código de orden y limpieza. La harina sobre la mesa. Las goteras que caen al jarro y desparraman el agua que en un hilo fino va por la mesa, baja por la pata y se aglomeran en un charco en el piso que también deja mucho que desear. El fuentón en que Rosita lava es otra fuente de contaminación. La mirada de Ilse recorre el espacio buscando un lugar decente para acomodar el acordeón y dejar su maletín. Asunción sabe de la incomodidad de Ilse pero en ese territorio ella es la patrona y despliega su poder no acusando ninguno de los gestos de fastidio de la mujer.

Otra vez la voz de Enfys se hace camino en el silencio de la cocina.

Podemos ensayar alguno de los villancicos para el concierto. Con algo de música todo parece más fácil, ¿no?

Calma Ilse. Siéntate un poco. Todo está bien. Todavía no llega. Dame tu abrigo. Te puse el farol porque vi que se venía la lluvia de nuevo pero falta. Qué frío, ¿no?

Sí, y viento ¿Ya ha empezado el trabajo de parto? ¿Cada cuántos minutos le vienen las contracciones? No se la ve muy fuerte así que hay que estar atentos. Voy a verla, ¿dónde está?

En la pieza de aquí al lado. Pero espera. Te digo que hay tiempo. Como tú dices, no es fuerte y habrá que ayudarla cuando venga el niño así que ahora te sientas y descansas porque estoy segura de que no has parado en todo el día, como siempre. ¿Has comido algo?

Enfys le ofrece un poco de pan que acaba de sacar del horno.

No, gracias.

¿Una copita para recomponer el espíritu?

Esta vez es Rosita quien interviene.

No, no bebo.

¿Volvió Helmut?

Enfys se le acerca con un plato y una rebanada de pan con manteca. Ilse toma el plato y lo deja sobre la mesa. Todavía tiene el acordeón entre sus brazos. Saca un trapo blanco de su maletín. Lo despliega sobre el suelo y deja ahí el acordeón. Sus ojos buscan en el instrumento cualquier vestigio de humedad. Con un pañuelo que saca de su bolsillo seca minúsculas gotas de lluvia. Parece más tranquila y algo en su gesto se afloja. Levanta la vista hacia Enfys y ablanda todavía más la expresión.

No. Pensé que hoy volverían pero no. Desapareció ganado en la cordillera y se fue hace tres días con los peones a ver si encuentran a los ladrones. Qué te parece. Tanto trabajo para que vengan esos desgraciados a llevarse todo tu esfuerzo. Cada vez hay más gente que no me gusta por acá. ¿Viste a gente extraña en estos días?

Asunción dobla las sábanas. Se acerca a la cocina y vigila la temperatura de las planchas.

No, la semana pasada estuvo el comisario con dos agentes por este asunto. Me contaron que habían arreado ganado de varias estancias.

Ilse levanta la cabeza y en ese gesto destierra de su cuerpo todo resabio de afloje. La mirada tiene otra vez la contundencia del acero y la frialdad empaña el color azul de los ojos.

¡Dios mío! Hay que acabar con esta gentuza porque sino dentro de poco los tendremos acá. Nos van a

robar hasta en nuestras casas. Mano dura se necesita. Y no tanta política.

¿Pudiste sintonizar la radio, Enfys? Yo hace dos días que no puedo escuchar nada. Parece que los rusos y los americanos quieren guerra ¿A vos te parece? Después de todo lo que pasó. Otra guerra en Europa ahora que recién estaban saliendo de tanta destrucción y penuria.

Antes de que Enfys pueda responder es Asunción quien restablece su autoridad oral en ese recinto.

Sí, algo escuché. Pero no te preocupes. No pasará nada. Los alemanes no están en condiciones de meterse en ningún lío y sin ellos de por medio... Los rusos y los americanos no van a llegar tan lejos... Ya verás.

Ilse se da cuenta de que es un dardo para ella pero lo deja pasar, se para resuelta a cumplir con la tarea que la trae a este momento y a este espacio.

Voy a verla.

Ve, ve... ¡Qué mujer!

Enfys pone la masa en un molde y se acerca a Asunción mientras abre la puerta del horno.

¿Y pensás que será para hoy?

A mí me parece que le va a costar tener la criatura, está muy triste y eso no es bueno.

Es Rosita la que habla. Asunción gira con brusquedad y le clava la mirada. El aire de la cocina se espesa.

No lo sé pero si sé que la madre tiene que estar tranquila y sentirse acompañada así que aquí estamos.

Ahora son Enfys y Rosita quienes se miran. Entre ellas parece existir una complicidad amorosa. Un

conocerse íntimo. Una confianza vieja amalgamada en historias antiguas, en confesiones silenciosas. La mirada de Rosita da coraje a Enfys. La arroja a la arena de lo que es necesario decir aunque sea con medias palabras. Enfys descubre que la pregunta tiene que ser formulada. A pesar de su tono suave es clara e inquisitoria.

¿Y tu hijo no vino a verla?

Aprovecha Rosita el momento de duda de Asunción y remata como quien no quiere la cosa.

Al Vicente hace más de una semana que no lo vemos.

Asunción baja la mirada a la sábana que está planchando. Toca con la palma para calibrar la temperatura, da media vuelta y va hasta la cocina a buscar otra que esté caliente. Todo en ella es prisa pero las palabras no encuentran el aire suficiente, se le estrañulan en el pecho y necesita una pausa. Se detiene, aspira por la boca ese aliento que se le resiste.

Pero... Vicente se ha ido a hacer unas gestiones. Y de paso a comprar mercaderías. Pero... si casi no tenemos nada en el almacén. Los de la estancia han arrasado con la harina, el azúcar... Parece que este año hay muchos corderos para esquilarse, tres comparsas han tenido que contratar, me lo dijo el administrador el otro día. De esto es de lo que vivimos, ¿no? Si no vendemos...

Rosita y Enfys nada acotan. Se detienen un momento en lo que están haciendo; una el pan, la otra los pañales. A Asunción le resulta intolerable ese silencio cargado, peor que la más áspera de las discusiones.

Esta chica, pobrecita... y yo estoy aquí para ayudarla en todo lo que pueda pero la honra la debe

cuidar la mujer. Ya sabéis que los hombres no se controlan y tienen sus necesidades... Bueno, bueno, Rosita, fíjate en la estufa del pasillo...

Tendrías que hablar con el muchacho, insiste Enfys.

Ya veremos... Ya veremos cuando vuelva. Ahora hay que pensar en la niña. ¿Qué tal el ensayo de los villancicos? ¿Han ido todos los niños?

No todos, con este tiempo y el barro que hay por los caminos...

De pequeña en mi pueblo la Navidad era la época más bonita del año. Todos los niños nos juntábamos, salíamos a la calle a cantar...

Ilse vuelve a la cocina. Se acerca a Rosita y saca un pañal del fuentón. Con el índice y el pulgar sostiene la tela.

Tenés razón. Falta, pero hay que estar atentas. ¡Rosita! Esos pañales no se ven muy limpios.

Rosita protesta que sí, que están limpios, que hace más de una hora que los está restregando.

Asunción percibe en el tono de Ilse un atentado a su autoridad. No puede permitir la intromisión desmesurada de Ilse. Ella podrá saber muchas cosas porque es una mujer preparada. Incluso sabe que estudió en Buenos Aires pero esta es su casa y no puede soportar el desafío que implica que esa mujer contradiga sus órdenes o ponga en cuestión sus procedimientos ahí en su propia casa, en su cocina. Esos pañales estaban guardados en el baúl que ella trajo de España. Son los pañales que usó para sus hijos, los que lavó una y otra vez antes de ponerles alcanfor para que no se estropeen ni se los coman las polillas. Cómo se atreve Ilse a intervenir en sus decisiones y frente a Rosita que es su

empleada, qué va a pensar de su patrona si se somete a los caprichos de la partera. Le va a perder el respeto y no existe cosa peor en la relación con los empleados que la pérdida de respeto. Asunción trata de contener toda esa furia que se le amontona en la garganta. No es momento de generar discordia. Se necesitan. Solo hay que dejar muy claros los límites.

¡Están muy limpios! Y saca un pañal del fuentón. Lo extiende con sus dos manos. Les estamos dando una pasada en lejía pero son los que usé para mis hijos y estaban bien guardados.

La desinfección es muy importante, Asunción.

Como te contaba. La gente nos daba algunas monedas y así comprábamos castañas, para calentarnos las manos... Siempre hacía un frío que pelaba. Podríamos cantar algún villancico, ¿no?

Los ojos de Enfys parecen despertarse de un largo letargo. La música es su mundo. Esa tradición que trajeron sus padres de Gales es casi su única ancla a la vida. Cantar es hablar con Dios, es el olvido de la soledad, de los días iguales hechos a fuerza de trabajo, la quinta, la leña, la casa, los animales. Si no fuera por la música más valdría no haber nacido, no haber visitado esta tierra en la que Dios nos puso quién sabe por qué. La voz de Enfys ya se carga de la melodía de la vida.

Aprovechemos y ensayemos el último que estuvimos cantando. ¿Te acordás, Ilse? El de la virgencita...

Ilse toma el acordeón. Las manos se suavizan en el contacto con el instrumento. Se sienta y lo apoya en las rodillas. Empieza unos acordes. La cocina, isla tibia en la que se cobija el desamparo de las mujeres, se pone en movimiento. Un primer acorde, largo. Solo para probar el tono. Otro y otro hasta encadenar las notas, signos sordos en la soledad de la partitura

comienzan a despertar en el encuentro de Ilse y el acordeón. Y ahora es la voz de Enfys que se acopla... *la virgen se está peinando... entre cortina y cortina... los cabellos son de oro...* Asunción plancha. Enfys la invita a acompañar. Es un villancico de su tierra... *y los peines de plata fina...*

Vamos Rosita. Vos también.

La mujer niega con la cabeza pero ya está Enfys a su lado, ya dirige con las manos ese coro improvisado... *pero mira cómo beben los peces en el río...pero miran cómo beben por ver a Dios nacido...* Asunción ya está de vuelta en España, tiene seis, ocho, diez, doce años. Son las calles del pueblo. La que lleva a su casa sube la cuesta. Escucha las campanas de la iglesia...*beben y beben y vuelven a beber...* La voz de madre que la llama... *los peces en el río por ver a Dios nacer...* Sus hermanos arman el pesebre y ella corre y corre para que le dejen poner la última pieza, ese Jesús desnudo... *la virgen lleva una rosa, en su divina pechera...* Ya llega, entra a la casa. El hermano mayor, ese que la quiere tanto se ríe y tiene en la mano al Jesús desnudo...*que se la dio San José, antes que el niño naciera...* y la agarra entre sus brazos, le da dos besos enormes mientras le pone la figura en la mano... *la virgen va caminando y va caminando solita...* Solita está ahora en el barco, solita de todo, de madre, de hermano, de calle y de pueblo... *y no lleva pá'compañía que el niño y su manita...*

Elena

Decidí quedarme más tiempo. Hasta marzo son las tareas de preproducción así que convencí a mi equipo de que puedo trabajar desde acá. Por ahora tengo que escribir el guión. Esta vez tenemos un mejor presupuesto y podemos contratar gente para la búsqueda de locaciones.

Estoy revisando unos documentos sobre la huelga de los inquilinos en 1907. Es un episodio muy peculiar y me interesa por el protagonismo que tuvieron las mujeres y los niños. Las condiciones de los conventillos eran deplorables. Habitaciones de no más de tres por cuatro donde se hacinaban familias enteras. Representaban para los propietarios un gran negocio. Un dato curioso: en el año 1900 una pieza era más cara que un departamento en Londres o en París.

Los propietarios exigen el desalojo de los morosos. Son las mujeres las que ponen al frente de la resistencia puesto que son las que permanecen en las casas mientras los hombres soportan largas jornadas de trabajo. Rechazan a la policía, a las órdenes de Ramón L. Falcón, con escobas y baldes de agua caliente. Niños y niñas recorren las calles enarbolando escobas para barrer a los caseros.

El 23 de agosto de 1907 en San Telmo, Miguel Pepe, un chico de quince años cae muerto por un disparo policial. Las mujeres convocan a numerosas y multitudinarias marchas por las calles de Buenos Aires.

Separo algunas fotos de mujeres y niños con escobas en el conventillo de las Catorce Provincias situado en Piedras entre Cochabamba y Garay y que albergaba a más de doscientas familias.

Decido que necesito aire. Hace calor y salgo a caminar. Esta mañana, Matilde me preparó el desayuno con pan hecho por ella misma. Me acordé del molino. Le pregunté pero ella no sabía nada de molinos. Claro, Matilde es bastante más joven que yo y el molino dejó de funcionar cuando yo era una nena. Me vanaglorio de ser una persona que sabe la edad que tiene, que no la niega. Una persona que reconoce que está en el umbral de la vejez, inevitable y cruel, agazapada en los pliegues del devenir imparable. Sin embargo a veces palpo un presente en el que los aconteceres de mi pasado son imágenes superpuestas, como si no existiera una línea que va del pasado al futuro y todo estuviera contenido a cada segundo sin cronología. Defectos de mi profesión en la que puedo aglomerar imágenes de diversas épocas y transformarlas en presente o hay algo de eso en nosotros mismos que somos uno con los otros, padres, abuelos, hijos y nietos. ¿De qué materia estamos hechos? Sólo de tiempo con fecha de caducidad o vivimos la eternidad en ese instante a instante en el que condensamos padres e hijos en nosotros mismos.

Agradecí el pan a Matilde. Hace mucho que no veía tanto cielo. Hace mucho que no levantaba los ojos al cielo.

Caminé casi dos horas y me sentí muy bien. Hay muchas cosas que no reconozco. Bordeé el camino que va del pueblo al empalme con la ruta principal. Identifiqué la vieja cervecería, el correo. Un edificio cuadrado, de techo plano, poco conveniente para una zona de nevadas abundantes. Por esas fatalidades

burocráticas parece que los planos se enredaron y éste es el modelo de la ciudad de Rawson, sobre la costa. Debe ser cierto porque al correo de Rawson lo corona un magnífico techo a dos aguas. Los edificios de esta parte del pueblo están abandonados. En algún momento se pretendió orientar su emplazamiento hacia esta dirección y por eso se construyeron el hospital y el correo. El proyecto no tuvo éxito y hoy quedan estos restos desperdigados. Las paredes de la cervecería todavía mantienen cierto encanto. Son de ladrillo y quedan desdibujadas algunas letras. No me acuerdo cómo se llamaba. Tengo que averiguarlo. Entre los restos dispersos, seguramente cobijo de vagabundos y de jóvenes de fiesta hay botellas de cerveza, cenizas y profilácticos.

2

Las mujeres en la cocina están cada una en su tarea. Ilse revisa el instrumental del maletín. Asunción continúa planchando. Enfys va al horno para controlar la cocción del pan. Rosita termina de enjuagar los pañales. Se escuchan las gotas que golpean las chapas de zinc y el viento que de tanto en tanto arrecia. El sol ya se escondió. Una claridad taciturna inunda el espacio. Rosita enciende el farol y lo cuelga en el cielo raso. La luz ilumina los rostros de las mujeres. Se escuchan unos quejidos que vienen de la pieza donde está Margarita.

Ilse se para en un solo gesto. Se escucha la voz de Margarita que parece querer decir algo. Las otras mujeres se apresuran a ir a ver a la chica pero Ilse ya les corta el paso, se adelanta y exclama “ya voy yo, ustedes se quedan en la cocina”.

Imposible rebelarse al tono de Ilse. Enfys y Asunción se sientan a la mesa y miran a la mujer desaparecer en el pasillo.

¡Qué carácter! Es Enfys quien habla.

Trata a todo el mundo así. Helmut no dice ni mu cuando está con ella. Tendrías que verlo. Cuando viene solo al bar es otra persona. Conversa con todos, cuenta chistes. Es muy gracioso con ese acento alemán que tiene. Y no te cuento cuando se toma alguna copita de más... ¡Hasta canta! Los muchachos del dominó le hacen bromas y él siempre les sigue la juerga. No

quiero ni imaginarme las cosas que le dirá cuando llega a la casa.

Pobre hombre. Por eso no está nunca en la casa.

Asunción agrega que ella ha escuchado que los hijos cada vez vienen menos a verla. La excusa es el trabajo pero ella, que los conoce bien desde pequeños, sabe que ahora los dos que viven en Esquel se han comprado coche así que no les sería tan penoso venir-se algún domingo.

Pero no, les digo que hace por lo menos dos meses que no los veo por aquí.

A Enfys no le gusta demasiado el tono de Asunción. Esa manía que tiene de saber todo de todos la incomoda. Siempre le tuvo miedo. Sabe que la lengua puede ser más peligrosa que una enfermedad o que un golpe. Ella misma se ha sentido en boca de todos y sabe lo que se siente. Una cosa es hacer una broma sobre el carácter de Ilse y otra muy diferente es meterse en su intimidad. Este asunto de los hijos es delicado y Enfys sabe que Ilse lo sufre con intensidad. Es cierto que los chicos ya no quieren venir tanto pero esto es porque se han ido acostumbrando a la vida de pueblo, al contacto con otros jóvenes de su misma edad. En Esquel hay cine, se hacen bailes... otra vida. Ella los entiende. Ella también se hubiera quedado en Esquel o se hubiera ido más lejos si hubiera tenido coraje cuando le pasó aquello...

Bueno, Asunción, Ilse también sufrió mucho en su vida. Vos sabés que ella está muy sola.

¿Y yo qué? ¿Qué sabes tú lo que es sufrir?

Claro que sabe lo que es sufrir y mucho peor ese sufrir a solas. Pero qué le va a contar a Asunción de su pelea con los recuerdos de lo que hubiera podido ser su

vida. Ahora ya cumplió treinta y nueve años y se acuna en la indiferencia de los días que pasan. Cuidar a su madre. Ocuparse de la chacra. La rutina adormece los sentidos y eso es bueno.

Prefiere no contestar nada. Busca el bolso y saca el tejido. Asunción la observa de reajo. Enfys es para ella una caja en la que no puede hurgar. Un pozo del que le gustaría sacar toda el agua. Sabe que ha vivido toda su vida en una chacra con sus padres y hermanos: dos varones y tres chicas. Que todos formaron su familia menos ella y eso que todavía es muy bonita con esa piel tan blanca y siempre tan arreglada. Sabe que tuvo varios pretendientes. Se acuerda de uno que estuvo en su hospedaje más de un mes esperando vencerla. Desde la costa venía. Fue por él que supo de la existencia de esa familia. Después, cuando se murió el padre se vinieron con la madre a vivir al pueblo, ahí la conoció. Fue muy amable y cariñosa cuando murió su Eusebio, Dios lo tenga en la gloria, no quiere acordarse de Eusebio, mejor está donde está. Pero Enfys se le resiste. Asunción sabe que tiene algo con Rosita. A veces las ha visto charlando muy animadas y cuando ella se acerca se callan o hablan de otra cosa.

Se acerca a Enfys. Le arrebató el tejido.

¡Qué bonita lana! No sabía que también tejías.

Sí, pero hace tiempo que lo había dejado. Ahora que mi madre está enferma llego a la noche tan cansada que me siento y me duermo. Me gustaba mucho tejer...

Enfys toca ese tejido que tiene guardado desde hace casi veinte años. La manta que había empezado a tejer para su bebé.

Era un día de primavera luminoso. Los manzanos estaban en flor desde hacía unos días. Cantaba

una canción de cuna galesa mientras hilaba la lana que su padre le había traído. Un vellón precioso y no podía haber llegado en mejor momento. Ella sabía para qué iba a usar esa lana que además hilaría muy suave, muy fina para el contacto con su bebé. Le dio miedo de sólo pensarlo pero ella sabía que estaba ahí en su vientre y que eso le daría fuerzas. Hilaba y cantaba aunque no sabía muy bien de dónde había sacado esa canción. Pensó en preguntarle a su madre pero le dio miedo de que ella pudiera sospechar algo.

Siente que no puede cantar ninguna otra cosa y menos los himnos de la capilla. El cuerpo le pide esa melodía una y otra vez y ahora que está sola en la casa...

Conoce a Juan desde los ocho años, cuando la mandaron a la escuela. Ya sabía leer y escribir pero en galés. Casi no hablaba español y los chicos se reían de ella. En esa época vivían en una chacra que estaba a una legua del pueblo. El maestro había estado en la casa y convenció a sus padres de que era necesario que los chicos aprendieran el español y se educaran en los valores de la República Argentina. Todas las semanas venía hasta que el padre se decidió a mandarlos. Estaba harto de escuchar los sermones del maestro y para sacárselo de encima mandó a los tres más chicos. Los hermanos estaban contentos de salir de casa. Enfys estaba muerta de susto.

Llegaba a la escuela y se quedaba en un rincón del aula, la cabeza en el cuaderno. Había unos quince chicos de edades diversas. El maestro les enseñaba con entusiasmo la geografía y la historia nacional. Colgaba mapas, señalaba la provincia de la que él venía, allá arriba. Les contaba de los ríos inmensos y marrones tan diferentes de las aguas transparentes y frías de esta región. La voz del maestro dictaba nombres de

provincias, de montañas, de generales y de batallas. Enfys aprendía rápido pero pocas veces levantaba los ojos del cuaderno.

Sí le gustaba cuando sacaba la guitarra. Cantaba las canciones patrias pero también otras de su tierra. Poco a poco se fue animando a participar animada por el maestro que le decía que tenía una voz preciosa.

Cuando empezó a cantar también se dio cuenta de la mirada de Juan. Rosita lo traía todos los días, se despedía en la tranquera y se quedaba mirando hasta que entraba en la escuela.

Enfys

¿Cómo vas a ser mi chiquito? Fuerte como tu papá. Me vas a mirar como lo hace él, con pocas palabras pero tan hondo, tan hondo que siento que las piernas no me sostienen.

Vas a ser muy feliz. Yo te lo prometo. Y te voy a mostrar todos los lugares que me hizo conocer tu papá. Primero, la cascada en el cerro Bayo. La primera vez que me llevó casi nos descubren. Salimos muy temprano porque hay que ir a caballo hasta el Río Manso. Yo les dije a mis padres que iba a visitar a los Williams porque hacía un mes que no venían al culto. Mi madre no quería saber nada y mis hermanos querían acompañarme pero yo ya lo había pensado todo.

Mi hermano me ensilló la yegua mansa. Protestaba, que cómo me iba a ir sola, que en dos días terminaban la esquila y me acompañaba. Que era muy lejos. No sé cómo logré convencerlos. No, sí lo sé. Pasar un día entero con Juan, sin escondernos, verlo, tocarlo. Hasta le pedí la biblia a mi padre para poder leer algún versículo con la familia. Con todas las recomendaciones me dejaron ir. Mi madre hizo pan para que les llevara y yo solo pensaba en besarlo.

Desde que me había enamorado de Juan mi mundo se había reducido a evadir la casa y la familia para estar con él sin que nadie sospechara nada.

Nos encontramos en el vallecito de la rinconada. Lo vi venir y creí que me podía morir en ese momento, de felicidad.

En ese momento entendí, así de golpe, por qué Dios me había puesto en esta tierra. Apuré a la yegua.

Juan sonreía y me llamaba a los gritos. Nos besamos. Le mostré la biblia de mi padre. Me la sacó de las manos.

“Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo que se plantó; tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de luto y tiempo de gala; tiempo de amor...”

Me miró despacio, cerró la biblia y me besó. Me subí a su caballo y dejamos la yegua en el vallecito. Trotamos despacio.

Al mediodía llegamos a la cascada. Hacía calor. Juan se desvistió y se tiró al agua. Yo me quedé en la orilla. Nunca había visto a un hombre desnudo. Lo vi salir del río y abrazarme. Yo grité al contacto del frío del agua. Me desabrochó la blusa. Yo no dije nada, detenida en la orilla, detenida en el tiempo, lo dejé hacer.

Cuando nos dimos cuenta el sol se escondía por detrás de la cordillera. Llegamos al vallecito de noche.

Apenas subí a la yegua escuché la voz de mi hermano que me llamaba. Acá estoy, le contesté sintiendo el corazón en un puño. Juan desapareció entre los maitenes.

Mentí como lo había hecho el día anterior, y esa mañana. Que los Williams no estaban en la casa y como me preocupé fui hasta el puesto de arriba para preguntar. Que finalmente me dijeron que estaban en el pueblo... que a la vuelta como ya era tarde me perdí.

3

Enfys, te has quedado en la luna.

Ay sí. Estoy muy cansada y acá se está muy bien.

¿Cómo va lo de tu madre?

No muy bien, tiene unos dolores horribles. Los calmantes no le hacen efecto. La semana que viene la va a llevar mi hermano a Esquel, parece que hay un médico nuevo que es muy bueno, a ver si le puede dar algo para que no sufra tanto.

Tienes que cuidarte. Te veo pálida y muy delgada.

En las vacaciones creo que va a venir mi hermano con la familia. Los chicos están muy grandes y quieren venir a ver a mamá así que voy a aprovechar a irme aunque sea una semana a la playa. Viste que nosotros tenemos mucha familia en la costa y a mí me encanta el mar.

Te hará bien tomar un poco de calor. Pero, Ilse ¿qué haces ahí parada?

Nada, nada.

Te has quedado como traspuesta. Ven, siéntate con nosotras un rato. Encenderé la radio.

Asunción se levanta y va hasta el estante donde está el aparato. Logra sintonizar una emisora. Se escucha un tango con interferencias. Da vueltas al dial.

“¿Por qué venía a buscarla? ¿Acaso ella no sabía que había otra mujer en su vida?”

Un portazo la volvió a la realidad. Los pasos ya no se oían. Adivinaba a ese hombre frente a su casa mirando hacia la ventana...

—¡Por favor, no me lleve más lejos! Le parecerá extraño que una mujer como yo que lo ha seguido hasta aquí tenga miedo de la noche, del mar, de usted.

El hombre se volvió hacia ella y Amelia sintió en la oscuridad su aliento, unas manos potentes la agarraron y la acercaron más y más a él.

—¡Déjeme!

—No, no puedo. Es lo que más quiero en el mundo.

Sus besos ardían. Amelia se sintió desvanecer pero igual le dijo.

—¿Y Ercilia San Román? ¿Qué significa Ercilia San Román en su vida?

—Siento tu cuerpo contra el mío. El aliento de tu piel es más fuerte que la noche. Mi deseo es más fuerte que la noche y no lo calma el mar. Abrazame, abrazame fuerte. Deja que tus dedos se hundan en mi piel...”

Se pierde la señal. “*Palmolive, el suave jabón de belleza presenta su teatro Palmolive en el aire.*”

Pero Asunción, dejá quieta la radio.

Lo siento, Ilse, es que se va la onda. ¿No ves? Ahora no agarra nada. Le dije a Vicente que tenemos que comprar otro aparato. A mí me gusta mucho escuchar las cosas que pasan en el mundo y con este artefacto me lo paso renegando. Esta radio la trajimos de Buenos Aires. Fue un regalo de mi tía Angustias así que imaginá los años que tiene. Me hace mucha

compañía pero hace unos días que casi no puedo escucharla. Me he perdido Los Pérez García toda la semana. ¿Tú lo escuchaste, Enfys?

Sí, a mamá la entretiene pero lo que más le gusta es Sandrini. Felipe la vuelve loca. A mí me parece un poco afectado pero a ella le encanta. Por un rato hasta se olvida de la enfermedad. A mí me gusta el cine.

Poco cine hay por acá.

Cállate, Rosita. Enfys aprovecha cuando va a Esquel.

Sí, Rosita. Es lo que más me gusta. Hay días, creo que son los miércoles en que pasan tres películas. El mes pasado, cuando acompañé a mamá por unos estudios vi una película preciosa: “El ladrón canta boleros” con Mario Clavel.

Mario Clavel canta bonito. Anda Enfys, cántanos una canción.

Para esta película compuso este bolero, a ver si me acuerdo...

Abrázame así... que esta noche yo quiero sentir... de tu pecho el inquieto latir cuando estás a mi lado...

Asunción toma la escoba y baila. Rosita se ríe. Ilse se sienta. Parece muy cansada. Mezcla Lysoform con agua mientras observa por la ventana. Sólo queda un resplandor en la montaña. Piensa en Helmut. En la despedida áspera. Casi no hablan. No sabe cómo se instaló entre ellos esa distancia.

Abrázame así que en la vida no hay nada mejor... que decirle que sí al corazón cuando pide cariño...

A veces se queda mirándose al espejo y no se reconoce. No tiene que ver con el paso de los años. Es innegable que la piel está más arrugada, el pelo con

canas, aunque todavía luce una melena envidiable. En algún momento se le escapó algo del calor de la vida.

Abrázame así que en un beso te voy a contar el más dulce secreto de amor que hay en mi corazón...

En qué momento se volvió esta Ilse que está sentada con la espalda rígida y las manos heladas. Eso es, las manos heladas fueron el síntoma. Hace tiempo que las siente así.

Acércate a mí que esta noche vivamos los dos la más linda locura de amor...

Abrázame así...

Elena

Para los emigrantes el viaje comenzaba en el momento en que partían de su pueblo natal para dirigirse a los puertos. La partida solía ser un acontecimiento colectivo, en el que eran protagonistas grupos de parientes y paisanos que se dirigían al exterior de acuerdo a un itinerario prefijado.

Madre contaba que hizo el viaje desde el pueblo al puerto en carro. Tenía un pariente que transportaba el aceite de oliva que se producía en la comarca en tinajas. Se compadeció de esa criatura huérfana y se ofreció a llevarla sin cobrarle un centavo.

Madre contaba que el olor del aceite de oliva le hacía acordar de ese viaje de dos días. El pariente era buena gente y la acompañó hasta el puerto, incluso esperó que el barco zarpara para ir a depositar las tinajas. Le dejó unas pesetas para que se comprara algo cuando llegara allí.

Desde mediados del siglo XIX el medio de transporte hacia los puertos fue el ferrocarril, y los barcos a vela fueron siendo reemplazados por los vapores.

Madre subió al Cabo de la Buena Esperanza sola. Llevaba un pequeño baúl y una valija de cartón. En la mano la foto de tía Angustias y tío Agustín.

El extraordinario impulso que la navegación transoceánica recibió durante toda la segunda mitad del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial fue el vehículo, no sólo técnico-material sino también económico de la gran emigración europea hacia el

Nuevo Mundo. Los progresos en la navegación contribuyeron a la integración del mercado mundial uniendo a mercados muy distantes entre sí, alimentando el flujo creciente de personas y mercaderías a medida que decrecían los costos de transporte.

La revolución de los transportes marítimos provocó una reducción sostenida de los costos de los pasajes: en 1885 el precio del pasaje entre Nueva York y Hamburgo era de 8 dólares, y esta suma era a menudo inferior a la que debían pagar los emigrantes por el transporte a los puertos atlánticos.

Bajos costos y rapidez de los viajes transoceánicos permitieron ampliar el área de reclutamiento de los emigrantes agregando a las tradicionales regiones de emigración Europa del norte, las zonas de Europa oriental y mediterránea. También hicieron posible, sobre todo a comienzos de este siglo, una nueva forma de emigración, la emigración pendular o golondrina, una emigración temporaria pero con destinos transoceánicos.

Los emigrantes se dirigían a los distintos puertos según la cercanía respecto de sus lugares de origen y a las facilidades que las distintas compañías ofrecían. Partían mayoritariamente de Génova, Trieste, Nápoles, El Havre, Burdeos, Hamburgo, puertos españoles.

Madre salió de Cádiz.

La emigración masiva fue un negocio muy lucrativo para las compañías de navegación. Los armadores lograron obtener bajos costos de transporte reduciendo la tripulación, sirviendo comida de escasa calidad, ofreciendo a los emigrantes espacios reducidos y precarias condiciones de higiene a bordo. Los testimonios de los protagonistas y de los médicos y funcionarios destinados al control sanitario ofrecen una imagen dramática del viaje, acechado por enfermedades e incomodidades.

Madre compartió un camarote con dos mujeres que viajaban con tres niños: dos bebés y otro de unos tres años. Lloraban todo el tiempo.

Las precarias condiciones de las naves llevaron a las autoridades de los diversos países a regular los aspectos sanitarios del viaje, concentrando su atención en los requisitos que debían cumplir las naves, para evitar la aparición y difusión de enfermedades infecciosas. La voluntad de los gobiernos por garantizar buenas condiciones sanitarias contrastaba con los intereses de las compañías de navegación. Para las compañías, el objetivo era el de embarcar el mayor número de pasajeros, sin respetar las disposiciones legales. El viaje se transformaba para los emigrantes en una pesadilla de gentío, de malos olores, de exceso de frío o de calor, según las estaciones, y más en general de intolerable promiscuidad.

Madre se quedaba en cubierta la mayor parte del tiempo. El hedor de la tercera clase le daba náuseas.

Los buques que desembarcaban emigrantes en el puerto de Buenos Aires, aparte de la tercera clase, disponían también de una confortable segunda -los inmigrantes eran definidos por la ley argentina como aquellos que llegaban en segunda o tercera clase- y una lujosa primera clase. En la tercera viajan la mayoría de los emigrantes; la segunda en cambio tiene características menos definidas, emigrantes que han hecho fortuna y se pueden permitir un viaje más cómodo, pequeños comerciantes, y el clero. En la primera están los ricos argentinos de regreso, y luego franceses, españoles, brasileños. A éstos deben agregarse los médicos de a bordo, los oficiales, los sacerdotes. Siguen el mismo itinerario pero constituyen trayectorias paralelas, divididas entre sí por un abismo social. Durante el viaje, los pasajeros de primera y de segunda son preservados rigurosamente de las incursiones de los de tercera, mientras que a ellos les está permitido, y con poco riesgo, irrumpir en el otro territorio.

Madre sólo comió pan. Cualquier otra cosa que se echara al estómago la hacía vomitar. Madre siempre contaba que en esos veinte días que duró el viaje se mantuvo en una suerte de somnolencia, entre la vigila y el sueño de la que sólo salía para masticar los pedazos

de pan que la mujer con la que compartía el camarote le obligaba a tragar a fuerza de sorbos de agua azucarada.

Las diferencias sociales se hacen evidentes desde el momento del embarque en los buques. Edmundo De Amicis ha dejado un dramático testimonio de ello en su libro Sull'Oceano. Dice De Amicis: "El contraste entre la elegancia de los pasajeros de primera clase, los guardapolvos, las sombrereras, junto a un perrito, que atravesaban la multitud de miserables: rostros y ropas de todas partes de Italia, robustos trabajadores de ojos tristes, viejos andrajosos y sucios, mujeres embarazadas, muchachas alegres, muchachones achispados, villanos en mangas de camisa. (...) Como la mayor parte habían pasado una o dos noches al aire libre, amontonados como perros en las calles de Génova, no podían tenerse en pie, postrados por el sueño y el cansancio. Obreros, campesinos, mujeres con niños de pecho, chicuelos que tenían todavía sobre el pecho, la chapa de metal del asilo donde habían transcurrido su infancia, (...) sacos y valijas de todas clases en la mano o sobre la cabeza; fardos de mantas y colchones a la espalda y apretado entre los labios el billete con el número de su litera. (...) Dos horas hacía que comenzara el embarque, y el inmenso buque siempre inmóvil. (...) Pasaban los emigrantes delante de una mesilla, junto a la cual permanecía sentado el sobrecargo, que reuniéndolos en grupos de seis, llamados ranchos, apuntaba sus nombres en una hoja impresa (...) para que con ella en la mano, a las horas señaladas, fuera a buscar la comida a la cocina.

3

Ya es noche cerrada. Las horas van pasando y la cocina parece cada vez más aislada del mundo. Como un arca que viajara por esos territorios austeros. La vida se encierra en ese recinto hecho de calor de leña, de mujeres en la espera de la otra vida. Esa criatura que vendrá a este espacio delimitado en una geografía áspera pero que será acunado por manos ávidas de calor.

Asunción va a cerrar la puerta de adelante del almacén. Hay que estar atenta a los posibles desmanes. Esta es una tierra hospitalaria tal como lo ha sido con ella, con su marido que en paz descansa y con los otros vecinos que conforman este atisbo de pueblo, este ir armando casas, calles en un desorden que todavía no logra resolverse en espacio catalogado con nombre propio y lugar en la cartografía del país, pero en la ola inmigratoria todo viene junto, como el agua que llega a la playa desde la profundidad del mar y trae sustento y desastre.

Se acuerda del Batuque, el pobre perro debe estar hambriento. Con este ir y venir del negocio, más la llegada de Margarita a la mañana y algunas otras preocupaciones relacionadas con el hijo que ha desaparecido hace días, se olvidó de la pobre bestia. Ahí está acurrucado en la puerta, hecho un ovillo negro.

Vamos Batuque, adentro, pero te portas bien y te quedas bien quietito aquí en el almacén. Ahora te traigo tu comida. El perro la mira y va a instalarse al lado de la estufa del almacén de la que aún sale un aire

cálido. No pierde de vista a Asunción. Conoce todas sus rutinas y espera sabiendo que ya vendrá con los restos de la comida.

La voz de Ilse llega desde la cocina.

Rosita, andá y ayudala a que camine por el pasillo.

Nunca había escuchado eso y tuve tres hijos, piensa Asunción mientras busca los restos del mediodía que ha dejado en el patio de atrás. Esta Ilse que es tan mandona y se cree que lo sabe todo. Hay veces en que me pone negra. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no mandarla a donde habría que mandarla. Pero bueno, paciencia, si algo no viene bien con la criatura supongo que ella sabrá mejor que nosotras qué hacer pero qué mujer, Dios del amor hermoso, estos alemanes se creen que se llevan el mundo por delante y claro si son los que siempre empiezan las guerras.

Batuque ven, aquí está tu comida, pobrecillo con todo este jaleo me había olvidado de ti.

El perro se acerca al plato moviendo la cola. Asunción le hace una caricia en la cabeza y vuelve a la cocina. Ve en el pasillo a Rosita que hace caminar a Margarita pero no se detiene. No quiere interferir en las órdenes de Ilse sólo por no echar más leña al fuego, por Margarita que la pobre no puede más del susto. Esto de parir... Y se acuerda de su Vicente, su único hijo varón y el más pequeño. A Vicente le falta sangre, resolución... salió al padre... dónde estará ahora... Ay qué pena por Margarita pero tendrá que ponerlo en vereda. Como que hay Dios que se casará con ella.

Oye, Ilse ¿qué es esto de hacer caminar a la niña?

Caminar acorta la primera fase del parto. Facilita el descenso del niño y se puede reducir el parto hasta en una hora.

Si tú lo dices...

Ilse

Cuando nació mi primer hijo yo no sabía nada porque nadie me había enseñado nada ni en Hinojo ni en Alemania. Helmut consultó a la madre de una amiga que era partera. Cuando ya fue el tiempo del nacimiento la buscamos en un carro de dos ruedas tirado por caballos, o mulas, y en el trayecto se salió una rueda y volcamos. Yo caí sobre la goma y no me hice nada.

La partera era una mujer horrible. Se llamaba Frau Lutz. Había estudiado en Alemania como instrumentista de cirugía, tenía alguna práctica y se había traído de allá el material de trabajo. Vivía con su hija y su yerno. La hija también esperaba familia para esos días. La madre estaba muy preocupada porque la embarazada tenía algunos síntomas de eclampsia. Ella sabía que no sólo podía morir su hija sino también el niño por nacer, entonces decidió operarla en la casa. Lo hizo bajo la luz del farol mientras su marido, subido sobre ella, la sostenía para que no se moviera porque la intervención fue sin anestesia. Le hizo una cesárea ¡Y se salvaron ella y su hijo!

El mío no nació tan pronto. Mientras la partera estaba con nosotros no dejaba de lamentarse por lo que pudiera pasarle a la hija. Decidió ir a verla y me dio algo para apurar el parto. Parece que el chico no estaba maduro y trabajó con sus manos hasta que nació mi hijo Helmut. Como estaba desgarrada decidió coserme así no más.

Cuando nació mi hija estábamos en un campo cerca de Junín de los Andes así que me llevaron al pueblo porque había una mujer que tenía una especie de lugar para atender a las parturientas que venían del campo. La mujer tenía en su patio una gran jaula destartalada de madera y alambres donde guardaba sus gallinas. Con ellas preparaba unas “ricas sopas”, único alimento que les suministraba a sus pacientes, porque consideraba que debían estar a dieta. Todos los días se detenía ante la jaula gallinero y miraba a las aves con satisfacción mientras decía “Son para mis clientas”. Yo miraba esa jaula, esos pobres animales sin plumas ¡Me daban tanto asco, no podía pasar ni un bocado!

Estuve una semana esperando hasta que nació mi hija Hanna. La higiene era terrible. Cuando hacían las camas, por ejemplo, sacudían las sábanas, las tiraban al suelo y luego las colocaban nuevamente. Debajo de la cama había una bacinilla que nunca se limpiaba ¡Era un horror!

Le hice prometer a Helmut que el próximo hijo, si venía, lo tendríamos en casa y que nos pondríamos a estudiar y practicar los mejores métodos. Conseguí enciclopedias de medicina que me mandaron de Buenos Aires. Fui varias veces a Junín a charlar con el pastor sobre la necesidad de atender a las mujeres en el campo. Se ve que fui muy convincente porque me consiguió el pasaje y alojamiento para que fuera a Buenos Aires a hacer estudios en el Hospital Alemán.

Llevo anotados todos los niños que ayudé a traer a este mundo. Primero en el campo allá en Junín y ahora acá. El hijo de Margarita va a ser mi niño número ochenta y tres.

Mi primera experiencia fue con la mujer del puestero. Fue bastante larga la cosa: desde las cuatro de la tarde, toda la noche, hasta el mediodía siguiente.

Este puesto estaba a unas dos leguas de la casa. Yo iba y venía entre la parturienta, la cocina, mis hijos, pero al final todo salió bien. Esa ayuda también contribuyó a que nos acerquemos un poco más a la gente que vivía por allí, cosa bastante difícil para nosotros “los gringos”. Así nos llamaban y todavía a veces lo escucho por acá pero siempre tuvimos buenas relaciones con los empleados. Muchas veces nos obsequiaron con un pescado, un huevo de ñandú o algún animalito encontrado en el campo.

Me acuerdo de la segunda vez. La mujer de un peón había dado a luz a su séptimo hijo, justo cuando su marido se había ausentado para ir a buscar un arreo a la veranada. No me habían podido avisar antes porque los chicos no habían podido enlazar un caballo así que me enteré recién a los tres días cuando me contaron que la criatura estaba casi muerta. Además, a la familia se le habían terminado los víveres. Un puma les había matado todas las gallinas.

Era de noche pero yo me hice ensillar un caballo y me acompañó un peón porque Helmut no estaba. Encontré un bebé chiquito y desnutrido, sano pero casi muerto de sed. La madre estaba muy débil y no tenía leche. Le suministré una taza de agua con sal a cucharaditas. El chico se repuso a ojos vistas. Había llevado para los otros chicos pan y algunos chorizos de nuestra matanza del invierno. ¡Pobres criaturas! A pesar de los años que han pasado todavía esa primera imagen de la miseria y el abandono que se esconde en estas tierras está presente y por desgracia se sigue repitiendo. En aquel momento me sentí afortunada y me prometí no quejarme más de mis condiciones de vida. Les dejé unas bolsas con arroz, arvejas, harina. Emprendimos la vuelta. Me sentía insegura porque literalmente no veía nada. Mi caballo, acostumbrado a esos campos,

chapoteaba en mallines, saltaba por encima de las matas espinosas. Yo solo pensaba en mantenerme en la silla y andaba como ciega. Me di cuenta de que nosotros “los civilizados” tenemos la vista arruinada.

El parto más difícil en el que haya intervenido fue el de una vecina, allá en Junín. Eran los encargados de un campo lindante con el nuestro. Hacía ya más de cinco años que se habían casado pero ella no lograba tener hijos. Ya no eran tan jóvenes así que este bebé que venía había sido muy esperado. Las contracciones duraron tres días. Era un martes y nosotros teníamos visitas pero me llamó el marido y, como yo ya había preparado todo, los dejé solos. El miércoles a mediodía volví a casa y volví a salir esa misma tarde. La pobre mujer estaba exhausta y en un estado lamentable. A las siete de la tarde pensé que la criatura iba a nacer pero recién ocurrió a las tres de la mañana. Casi no tuve fuerzas para saludar al robusto varoncito, y encima ocurrió lo que temía: con la placenta tuvimos las mismas dificultades. La familia siempre piensa que cuando nace la criatura todo ha terminado y es motivo de alegría. En realidad ahí comienza el verdadero problema, por lo menos para la partera. Después de pasadas tres horas pude decir por fin se ha salvado la madre.

La volví a visitar luego de unos días. Ya estaba de pie. Su madre, que durante todo el parto se interponía con opiniones y consejos poniendo en duda mi obstetricia, me agradeció lo que había hecho y se disculpó por su actitud debida a las circunstancias y al temor de que algo pudiera sucederle a su hija y tuvo que reconocer que se hubiera muerto de no mediar mi intervención.

En ese momento, por más que todo se había resuelto bien, llegué a la conclusión de que el oficio de partera no es un trabajo para cristianos y casi perdí las ganas de seguir ejerciéndolo.

Asunción

Ay mi niña que estás tan sola. Como yo. Aunque tenía marido me parece que estaba más sola que tú.

Y no sabía nada de estas cosas, por lo menos tú eres una chica educada y con más mundo. A mí me habían puesto a los doce años en un barco para venir a vivir con unos tíos que nunca había visto. ¡En América! Yo que nunca había salido del pueblo. Mis padres habían muerto por la peste de gripe y también dos de mis hermanos.

¡Hala! Hay un tío en América y la chiquilla puede hacerse un porvenir. Acepta recibirla. Hasta manda el dinero para el pasaje. Les vendrá bien para que ayude en las faenas de la casa. Por aquí no hay futuro, si no alcanza ni para nosotros qué haremos con dos más. En América estará mejor.

Lloré como no lo había hecho nunca. Ni cuando se murieron mis padres uno primero y al mes el otro, ni cuando murieron mis hermanos. Hasta ahí por lo menos había un pueblo, gentes que me saludaban por la calle. Parientes que me conocían, una tierra en la que me reconocía. Canciones que me consolaban, hasta la vaca que teníamos en casa era mi familia.

Y de golpe me ponían sola en un barco con miles de desconocidos que íbamos hacia ninguna parte.

Seguí llorando en el barco lo que sumado al vaivén constante hizo que llegara a Buenos Aires una niña escuálida que casi no podía ponerse de pie.

Tío Agustín y tía Angustias estaban allí esperándome. Tío Agustín se me acercó, me miró fijo y supe que nunca me iba a gustar ese hombre calvo y con un bigote que olía a ajo. Yo era muy niña pero tenía la intuición del superviviente a flor de piel.

4

Margarita apoyada en el hombro de Rosita continúa arriba y abajo. Sus rasgos jóvenes están marcados por la preocupación. Le pregunta a Rosita cuánto más debe seguir. Rosita se encoge de hombros pero Ilse atenta a todos los movimientos le dice que la ayude a acostarse.

Hace dos años que Margarita llegó a Lago Blanco. Viene del norte. Quería irse del pueblo, conocer otros lugares. Se había quedado sola y la ahogaba la pacatería de aquella sociedad conservadora. Nada movía las estructuras. Cada persona nacía y moría dentro del parámetro social y de clase en el que le había tocado ver el mundo. Ella veía los cambios que se desarrollaban en el país y quería participar de alguna manera.

En el instituto se había hecho amiga de Celia, una chica como ella, pobre y huérfana. Se pagaba los estudios trabajando para una tía lejana que tenía una mercería en La Rioja. Cuando se recibió, Celia se fue a Esquel.

¿Dónde queda eso? Le preguntaba Margarita.

En Chubut, allá en el sur. Venite conmigo. Necesitan maestras porque están construyendo escuelas en los lugares de frontera para que no se queden los chilenos y otros extranjeros con nuestras tierras. Vamos a enseñar los valores de la patria. ¿No escuchaste a Perón? Traete a tu mamá. Nos dan casa y el sueldo es bueno.

Intentó hablar con la mamá. Le contaba de los cambios que había en el país. Que ahora los pobres podían aspirar a más. La hacía escuchar los discursos de Evita en la radio.

Vio mamita, esta señora habla de nosotras. Podemos tener más y usted descansar que ya trabajó mucho en esta vida. Mire el mapa. Ve, esto es Chubut, acá se fue Celia. Podemos ir en tren. Nos pasan los pasajes.

¡Ay m'hijita! Usted tiene acá un puesto en la escuela pa' qué irse tan lejos. ¿Y los animalitos? ¿también los vamos a llevar en ese tren?

No se ría de mí. Dice Celia que el lugar es hermoso. Hay bosques, lagos. Mire la foto, qué bonito. En este pueblo me ahogo.

No sea desagradecida. Tenemos techo y usted tiene un trabajo bueno. Me parece que hay demasiados pajaritos en esa cabeza.

La imagen de la mamá dando de comer a las gallinas se le viene a la cabeza. Ese ritual que se repetía dos veces al día, acompañada de Sombra, el perro. Le hablaba a cada una por su nombre. Venga, Negra, usted no me comió hoy. Córrase, usted, Toña, no sea angurriente que hay pa' todas, eh Malona qué me dice usted, lindo día ¿no?

La piensa hoy a punto de parir a su hijo. La piensa ahí, a su lado, arropándola como la arropaba de chica, como arropaba a sus animalitos, como arropaba al mundo. Le falta la cobija ancha de la mamá.

Margarita quiere ese hijo. Lo va a arropar como la mamá hacía y lo va a llevar a la escuela con la cabeza bien alta.

Ella no va a ser como Raselda, la protagonista de la novela de Manuel Gálvez. No va a renegar de

su hijo ni de sus ideas. Sí, está asustada porque esto del parto le duele mucho y le da miedo que algo le pueda pasar al hijo. Pero ni por un instante pensó en deshacerse de él. Todo lo contrario. Ella va a ser una madre orgullosa y si Vicente no se casa con ella no importa. Lo quiere pero también sabe que es un tiro al aire, todas esas ideas de libertad son una excusa para no hacerse responsable de nada. Doña Asunción lo ampara siempre pero Margarita sabe que así y todo puede confiar en ella.

Se acuerda de Raselda. Fue el cura del pueblo quien le dio la novela al segundo año de estar en el Instituto en La Rioja. Había vuelto para pasar las vacaciones con su madre y ya no iba a la iglesia. En verdad, aunque nada de esto le había contado a su madre, ya no creía demasiado en pecados ni en castigos divinos.

Ese día el padre se le acercó en la plaza. Ella estaba con sus amigas que nunca habían salido del pueblo y querían saber todo. Cómo era la capital, y eso de estudiar, si había chicos lindos, si había ido a algún baile, qué era lo que estaba de moda. Comían helados de pistacho y vainilla a la sombra porque a pesar de la hora el calor era agobiante.

El padre la llamó aparte. Le dijo que le extrañaba que no fuera a misa con su madre. Le recordó lo mucho que le gustaba cuando era pequeña estudiar el catecismo y la emoción con la que había tomado la comunión. Él la había ayudado a irse a estudiar para maestra a la capital. Le había conseguido la pensión en lo de doña Mercedes, una señora muy caritativa que no le cobraba nada dado que su madre con el trabajo de planchadora no estaba en condiciones de solventar sus estudios. La ayudaba en las tareas de la casa. Lo de estudiar y ser maestra estaba muy bien. Lo aprobaba pero había que estar atenta a las tentaciones

y sobre todo a todas esas ideas liberales que sólo podían llevar a la mujer al pecado y a la perdición. Ella era una buena chica, él lo sabía pero salirse de la senda de Dios era muy peligroso. Como mujer tenía el deber de ser recatada. El título de maestra le daría la posibilidad de ayudar a su madre. Con ese sueldo podrían vivir tranquilas y en paz siempre amparadas por la santa religión que era el cobijo del que nunca había que apartarse.

A ti que sé que te gusta mucho leer te doy este precioso libro. Tómallo como un regalo de alguien que confía mucho en ti.

Ella se lo agradeció. Le prometió que iría a misa, que lo que pasaba era que la mamá no se encontraba demasiado bien, le dolían mucho los huesos de las manos así que ella ahora que estaba estos días de vacaciones planchaba por ella y además hacía algunos arreglos en la casa, unas cortinas que se iban deshinchando, el gallinero necesitaba unos cambios en el alambre, pero que sí, que ni bien terminara con estas tareas urgentes que aliviarían a la mamá iría a misa, y a charlar con él como cuando era niña y él le contaba de la virgen y de Jesusito y ella se quedaba horas escuchándolo y limpiaba el manto de la virgen del valle y le pedía por ella, por su madre, por su perro Sombra y también pedía para que su papá volviera.

Margarita

Agarré el libro. Les dije con la mano chau a las chicas y corrí a casa. Era la primera vez que el padre me daba una novela. Hasta ahora siempre habían sido pasajes de la biblia. Lecturas de esas con mucha moraleja. Mucho cielo para los buenos y cantidades de infierno para los malos. Yo lo adoraba al padre. Por él había ido a estudiar. Gracias a él ahora veía el mundo de otra manera aunque no fuera la que él quería. Me prometí que el domingo iría a misa y que mientras estuviera en el pueblo todas las tardes pasaría un ratito a verlo y le llevaría esas tortas fritas que hacía la mamá y que a él tanto le gustaban aunque se hiciera el reticente y enseguida me hablara del pecado de la gula.

La mamá dormía la siesta. ¡Pobre mamá! Tenía treinta y ocho años pero parecía una vieja de sesenta. Sombra también estaba viejo. Se me ovilló a los pies en el banco del patio y me puse a leer La maestra normal de Manuel Gálvez.

Fue un domingo de febrero, el último de aquel mes, cuando Julio Solís llegó a La Rioja.

La mañana, serena, tibia, dulcemente plácida, anunciaba un día de calor. El sol comenzaba a salir, y una luz apenas azulada, que no era aún la decisiva claridad del día, llenaba el ambiente. Las montañas aparecían lejanas y vagas.

Acababa de llegar el tren. La locomotora, como cansada del largo viaje, daba sus últimos suspiros. Los pocos pasajeros bajaban. Un hombre de aire tosco, medio dormido aún, con el

chaleco y los botines sin prender, se refregaba, con los gordos dedos, sus ojos soñolientos.

Otro viajero, desperezándose, estiraba los brazos, sacudía las piernas, bostezaba con todo el cuerpo. Se veían por la abertura de una ventanilla -cuya oscuridad acentuaban las paredes del vagón, suciamente emblanquecidas de polvo- pantalones que se movían de un lado a otro, apresuradamente, entre valijas y cajas.

En el andén, fuera de los cocheros y changadores, no había casi nadie. Solís, mientras bajaba, comparaba esta estación triste y solitaria, -estación de capital provinciana- con aquellas estaciones bulliciosas de las comarcas agrícolas, que vio al comenzar su viaje.

Muchachos harapientos y sucios, ofreciéndose con insistencia humilde y pegajosa para llevarle las maletas, se amontonaban a su lado. Entregó a uno sus dos valijas y las hizo subir a un carruaje.

Solis llegaba a La Rioja para curarse de una enfermedad. Era tísico y un médico amigo le había aconsejado cambiar los aires de Buenos Aires por los de otro espacio más seco y caluroso para sus pulmones.

Se hospedaba en la pensión de Doña Crispula. Yo también había llegado a La Rioja pero venía de un pueblo pobre. Los muchachos harapientos descriptos por Gálvez eran casi mis iguales. Nadie se me acercó para llevarme la valija de cartón atada con una cincha que llevaba en la mano. Me enojé con esa mirada de Solís llena de desprecio. Después intenté entenderlo. Era cierto que en el año que el escritor situaba a su personaje la devastación del terremoto todavía debía ser muy evidente. Yo había llegado más de veinte años después cuando muchas de las edificaciones habían sido reconstruidas.

Tampoco me gustó que tratara a la mayor parte de los personajes como chismosos y feos. Doña Mercedes me trataba como una hija y en su pensión los huéspedes eran muy amables. Había un señor que se llamaba Reinaldo Funes. Estuvo casi un año. Investigaba sobre la historia de los caudillos de La Rioja. Cuando supo que estudiaba para maestra, todas las tardes, dedicaba un rato a explicarme lo importante que era conocer la historia. Yo, como maestra, tendría que enseñar a mis alumnos los hechos más importantes de nuestra patria para que pudiéramos constituirnos como un pueblo con una identidad propia. Y me hablaba de las luchas por la libertad, de los valores de nuestros hombres y también de nuestras mujeres.

Me gustaba mucho conversar con Don Reinaldo.

Ahora yo estaba ahí, en el patio de la casa peleando en mi cabeza con Gálvez pero no podía dejar el libro.

Coincidimos en los azahares.

A mí también me gustaban mucho esos versos de Joaquín V. Gonzalez:

*Yo soy el bardo de mis amores
Que errante y solo salgo a cantar
De mis montañas y de mis flores
Y de mis huertos de blanco azahar
Rioja querida nativo suelo
Novia llorosa de ausente amor
Azahares y ruinas...*

Durante toda una semana me apuré en ayudar a la mamá con el planchado, la casa y las gallinas y todas las tardes a la hora de la siesta me sentaba en el banco del fondo, al lado del gallinero a leer la novela. Sabía que a la mamá no le gustaba demasiado verme así como adentro del libro, como ella decía.

La mamá no sabía ni leer ni escribir. Sólo su nombre y algunas cuentas pa' que no se aprovechen en el almacén. Se había criado en el campo y había venido a Nonogasta a trabajar en la casa de una señora a los doce años.

Yo no había leído ninguna novela. Hacía dos años que me había ido a La Rioja a estudiar en el Instituto y sólo tenía tiempo para las tareas que me daban los profesores y ayudar a la señora de la pensión.

Comencé a vivir la historia de cada uno de los personajes. Podía ser Solís pero también doña Crispula, su hija Rosario y hasta las guanacas, las Gancedo. Cuando apareció Raselda ya no pude dejar de sentir como ella, dejar de mirar con sus ojos. La acompañé a la escuela ese primer día de clase, escuché el discurso del director y padecí todos los tormentos de su tarea como maestra: la observación de la señora Regente, las dificultades para dirigir su clase. Yo también creía que no iba a poder con todos esos chicos que iban a ser mis alumnos.

También me enamoré de Solís. Lo esperé todas las noches con Raselda en el patio de la casa. Finalmente viví la desesperación del embarazo, la muerte de Mamá Rosa. Los malos consejos de Amelia y de Plácida:

Y entonces sentía odio contra Amelia, contra Plácida, contra su madre, contra Solís, contra ella misma. Todos estos seres eran los culpables de su perdición. Y recordando algunas frases que oyera a don Nilamón, imaginó aún otro culpable: la clase

de enseñanza que había recibido en la escuela. Aquella tarde que se confesó, vio el poder de la religión. Ahora pensaba que si ella hubiese sido una verdadera creyente, se habría, quizás, salvado.

Yo no iba a terminar como Raselda, abandonada, en un pueblito perdido cerca de los Andes del que ni siquiera se decía el nombre.

Yo iba a estudiar mucho, mucho para ser una buena maestra. No iba a entregarme a ningún hombre. Yo ya sabía de estas cosas. Había esperado toda la vida que mi papá volviera hasta que me di cuenta de que mi papá no estaba ni iba a estar. Yo había visto la tristeza en los ojos de la mamá y esa vergüenza cuando yo, de chiquita, le preguntaba dónde estaba el papá, por qué no volvía el papá.

Ese verano me prometí pasar por la iglesia todos los días, aunque fuera sólo un ratito y acompañar todos los domingos a la mamá a la misa. Pero también ese verano descubrí cuántas cosas se podían vivir leyendo novelas.

5

Rosita ayuda a acostarse a Margarita. Le susurra unas palabras de cariño y le acaricia la cabeza.

Acostate. Mirá acá traje unos paños calientes. Que no los vea la Ilse. Son para que no se te enfríe y apelocone la criatura.

Te quiero mucho, Rosita. Gracias.

Qué gracias ni gracias. Acá estamos para ayudarte. Todo va a estar bien y cuando empiecen las clases después de la Navidad ya vas a estar para dar clases, a vos que te gusta tanto estar ahí en la escuela. Porque yo te veo cuando vos les enseñás.

¿Me espías?

Sí, me gusta verte. No sos como el otro maestro que había antes. Ese les gritaba a las criaturas. Y los tenía a todos derechitos y calladitos todo el tiempo. Parecían estaqueados en el banco los pobrecitos.

Estás exagerando, Rosita. El maestro no era malo. Lo que pasa es que pensaba distinto y además ya tenía ganas de jubilarse.

Capaz que tenés razón. Pero con vos se los ve contentos a los chicos.

¿Qué dicen de mí en el pueblo, Rosita? Seguro que vos escuchaste, no me mientas.

La gente habla siempre. Vos sabés, este es un pueblo chico, seguro que andan diciendo cosas de vos.

Pero vos no tenés que hacer caso. Lo que vos hiciste no tiene nada de malo, al contrario, vos estás trayendo la vida y eso es bueno.

Gracias, Rosita.

El Batuque se asoma a la puerta.

Vení, Batuque pero que no te vea la Ilse. Esa se pone furiosa si te ve por acá. Ni bien veas que se asoma por la puerta vos te metés debajo de la cama.

El Batuque parece entender y Margarita sonrío. Rosita sabe mirar. Rosita sabe.

Rosita

La chica está muy asustada. La embarazada no tiene que pasar sustos. Es bueno que no salga de la casa de noche, no debe transitar por lugares apartados, piensa pero no dice nada.

Un hijo es siempre bienvenido pero hay situaciones que pueden ser peligrosas. Las mujeres no tienen que casarse jovencitas. No está bien tener guaguas muy niñitas, los huesos son blandos, no están firmes. Cuando las niñitas dan pecho ahí se le va toda la fuerza y se vuelven enfermizas.

Cuando llega el parto la mujer se abre como un canal, su cuerpo y su espíritu se abren. Hay que tener cuidado. No hay que dejarla sola. Si ella está solita puede venir un espíritu malo y hacerle daño a ella y al niño. A veces le toma la cabeza y la vuelve loca, también las pueden hacer sufrir mucho para que salga la guagua.

La mejor forma para que salga la criatura es que las mujeres se achullunquen mientras se le soba la espalda. Después hay que apretar la guata para que salga la placenta y si no sale hay que ayudar con la mano. Se le da hierbas medicinales en tomas calientes para que suelte la sangre que queda apelotonada y si quedan restos de placenta para que no le quede adentro.

La placenta dice muchas cosas, dice todo lo que le va a pasar, dice cómo va a ser el niño, cómo va a ser su carácter, así uno ya está preparada. Después hay

que enterrarla debajo de un árbol para que le dé protección al chiquito y fortaleza física.

Hay que tener cuidado con la comida. Hay que separar los alimentos fríos de los calientes. Si comen cosas grasosas, con mucho condimento o que estuvieron al sol les sube el calor, el ácido y da colitis, las guaguas salen con su carita roja, con pintas rojas. Las cosas muy heladas no son buenas tampoco. Pueden dar pasmo, se aprieta la guata, se sube la sangre a la cabeza y se le produce el enfriamiento del estómago y le dan calambres como tullimiento de las manos o los pies.

6

Me quedo a acompañarte un ratito más. Mirá, escuchá a esas dos. La Enfys, con lo poquita cosa que parece. Escuchá, yo la conozco bien. Tiene garra pero no la muestra siempre. Anda por la vida como con miedo pero tiene garra. Yo te lo digo.

Margarita asiente. Las dos mujeres se callan y escuchan.

Asunción, tenés que hablar con tu muchacho.

¡Qué quieres que le diga!

Se tiene que casar con esta chica. Vos sabés lo mal que lo va a pasar como madre soltera. ¿Adónde va a ir?

Yo no sé nada. A mi me cae muy bien Margarita. Ya sabes que cuando vino la tuve en mi casa hasta que le terminaron la casa en la escuela. Pero no sé porque Vicente debería....

Sí que lo sabés.

En la habitación las voces llegan nítidas. Rosita mira a Margarita. Le agarra la mano.

Margarita no dice nada. Se siente acompañada y segura. Esas mujeres que están ahí son su familia. Se acuerda de cuando llegó a Lago Blanco. La mamá había muerto hacía dos meses cuando le salió el nombramiento. Quería irse de Nonogasta. En La Rioja había aprendido muchas más cosas de las que le enseñaban

en el Instituto. Sacaba libros de la biblioteca y los leía a escondidas, a la noche. Esa primera novela que le había dado el padre la había arrojada sin remedio al mundo de las letras. Y ahora en ese instante en que la vida la trascendía en ese hijo que pedía salir al mundo se le vino a la cabeza esa poesía de Alfonsina...

yo soy la loba, quebré con el rebaño y me fui a la montaña, fatigada del llano yo tengo un hijo fruto del amor, de amor sin ley, yo no pude ser como las otras casta de buey, libre se eleve mi cabeza, yo quiero con mis manos apartar la maleza...

Es brava la Enfys. El Vicente va a volver. No es malo. Vos sabés. Vos tampoco sos tonta. No es mal muchacho. Yo lo vi crecer. Volverse hombre. Bueno, es un decir. Pero vos vas a ver, se va a volver hombre.

Ya lo sé, Rosita. No te preocupes. Ahora tengo que pensar en mi hijo. ¿Va a ser sano, cierto? Decime que va a ser sano.

Claro que va a ser sano... y fuerte.

A mí me han enseñado que la mujer debe mantenerse intacta hasta el matrimonio, como lo he hecho yo y todas las mujeres que no quieran poner en boca de todos sus nombres. Estas chicas, también...

Tienen razón, Asunción. Pero también... estas chicas que vienen del norte... Las ayudan para que puedan estudiar y progresar... pero algo hay en la raza que no piensan, no hay caso. Yo vi varios casos allá en Junín. Por lo menos tres. Y se tuvieron que volver a su casa, con la criatura y sin trabajo...

Ella no se iba a volver al norte. Había encontrado su lugar. Lo supo el día que llegó.

Se vuelve a ver con ese vestidito azul que le había hecho la mamá. La valija que le había regalado doña Mercedes y llegando en tren a Esquel. Cuando

abrió la puerta del vagón un viento frío y puro la estre-
meció. Por suerte, Celia la esperaba.

¡Qué hacés vestida así! Te dije que acá hacía frío.
Toma, ponete mi saco. Yo ya estoy más acostumbra-
da. No te vas a enfermar ahora que llegaste hasta acá.
Triste lo de tu mami. Lo siento mucho. Vamos, vamos.
Lo primero que hacemos es pasar por supervisión así
te dicen dónde tenés lugares vacantes. Vas a ver qué
lindo que es todo esto. Yo te voy a prestar algo de ropa
hasta que puedas comprarte. Estoy muy contenta de
verte. ¿Qué tal el viaje?

Celia viene para Navidad. Se lo prometió. Ya le
compró un montón de cosas para la chiquita. Celia in-
siste en que va a ser una nena y ella va a ser la madrina.

En la cocina, Enfys parece decidida a convencer
a Asunción.

Yo sé que le tenés cariño y va a ser tu nieto. Qué
alegría más grande tenerlo acá cerca, poder verlo cre-
cer. Tus otros nietos están lejos y no van a volver a
vivir acá.

No hagás caso a lo que dice la Ilse. Yo te voy a
ayudar. Si el Vicente no vuelve lo criamos juntas. Na-
die le va a hacer daño. ¿Te duele?

No, ahora no. Me gusta que estés cerca, Rosita.
Me siento tranquila con vos y el Batuque. Dejalas que
griten. Se preocupan por mí, ¿no?

Bueno, bueno... Ya veremos, ya veremos. Rosi-
ta, ¿trajiste la gallina? ¿Dónde estás, Rosita?

Acá, con la Margarita. Ya voy. Tranquila, ya
vuelvo.

Estoy bien. Andá. El Batuque me hace compañía.
¿Qué gallina?

La gallina, doña Ilse, la gallina para hacer el caldo para la Margarita. Sí, ya está muerta. Falta terminar de sacarle las plumas. Ahora yo voy.

¡Ni se les ocurra traer ese animal acá!

Pero Ilse... un caldo de gallina es lo que más recompone y es liviano.

¡Pero qué sabrás vos! Si traen la gallina, me voy.

Mujer. No te pongas así.

Me pongo como me pongo porque estoy harta de las supersticiones. La madre tiene que comer otra cosa, más nutritiva. Ya le prepararemos algo cuando llegue el momento. Yo doy las órdenes.

Ilse, mira que eres terca. Dios ha puesto a las gallinas en el mundo para que podamos hacer esos caldos que resucitan a un muerto. Ya lo decía mi madre.

¡Las gallinas están en este mundo para poner huevos! No quiero escuchar más. Voy hasta mi casa a dejar algo de comida para Helmut. De paso tomo un poco de aire. No creo que se apure el parto. Cualquier cosa cuelgan el farol.

Ilse, llévate este poncho que hace frío.

Asunción le tiende un poncho de Castilla. Ilse lo toma y le agradece. La mano de Ilse tiembla.

Las mujeres quedan mudas unos instantes mirando a Ilse salir. En el último momento Enfys corre a la puerta y le pregunta si quiere que la acompañe.

No, gracias. En un rato vuelvo.

No te preocupes. Descansá unas horas.

Nunca la había visto tan alterada. Tú, Rosita, ¿sabes qué le pasa?

¿Yo? No sé nada. Pero tiene como una rabia adentro. No es con nosotras. La rabia que tiene es de ella. Se va a enfermar esta mujer si sigue así.

Rosita toma la gallina y le termina de sacar las plumas. Asunción la abre y le saca las vísceras. Trenza los intestinos después de lavarlos con agua y vinagre. Troza el ave. Enfys teje junto al fuego. El viento calmó y la noche es clara.

Asunción

A mí los caldos de gallina de mi tía Angustias me salvaron la vida. Los primeros días en esa ciudad tan chata y húmeda los pasé en la cama. Me había dado una fiebre muy alta. Mi tía Angustias se quedó a mi lado durante una semana hasta que pareció que salía de ese pozo de delirio en el que me había sumergido. Solo recuerdo de esos días el rostro de la tía Angustias al lado de mi cama en los pocos momentos en que la fiebre me daba tregua. Me traía caldos de gallina, yemas con oporto que yo apenas podía tragar. Creo que lo que me salvó de morirme fueron sus manos y su voz.

No me fui para el otro mundo sólo por seguir escuchando la voz de mi tía Angustias y sentir sus manos sobre la frente.

Empecé a dar una mano en las faenas de la casa. Tía Angustias me trataba como a una hija. Por suerte tío Agustín no estaba mucho porque era viajante de comercio.

Yo escuchaba el coche que lo dejaba en la puerta y me ponía a temblar por dentro. Abría la puerta, apenas saludaba a tía Angustias y me llamaba a los gritos.

¿Dónde está la niña? Que venga a dar un beso a su tío. Me acariciaba el pelo y me daba unos besos que me llenaban de vergüenza. Te he traído un regalo. A ver que te vea. Ya estás hecha una señorita. Abrelo, ¡qué esperas! Siempre era un vestido de niña

que ya me iba pequeño. Póntelo para que te vea. Tía Angustias permanecía de pie, la mirada fija y los puños apretados.

Ya había cumplido catorce años y las manos de mi tío eran cada vez más calientes y húmedas. Mi tía observaba en silencio lo que ocurría.

La mejor salida que encontró fue buscarme un marido para sacarme de la casa. Se llamaba Eusebio, tenía ya treinta años y nos traía el pedido del almacén de Don Leónidas. Era el hermano menor.

Mi tía Angustias habló con Don Leónidas y preparó la boda. El almacén no daba para todos y mi tía le ofreció a Eusebio la posibilidad de empezar otra vida. Tenía algunas joyas que había heredado de su abuela. Las vendió y nos dio el dinero para que nos vayamos lejos. En la Patagonia tenía un hermano que nos podría ayudar a instalarnos. No me gustaba Eusebio. Casi no hablaba y olía muy mal.

En una semana se arregló la boda y el viaje. Como siempre se estaba de luto, ni me acuerdo quién se había muerto pero el luto era sagrado, mi tía me hizo un vestido gris y me dio un tapado con unas pieles y un sombrero porque el sombrero era obligatorio.

Tía Angustias me regaló dos baúles con el ajuar que había preparado cuando todavía era una niña ayudada por todas las mujeres de la familia: dieciocho juegos de sábanas de hilo y algodón con sus respectivas fundas, ocho manteles con una docena de servilletas, siete toallones de baño y otras tantas toallas chicas, cuatro docenas de toallas higiénicas bordadas con su inicial, cubre bandejas, seis frazadas, mantelitos para mesa chica, individuales, veinticuatro repasadores, tres camisones de hilo blanco para el parto, con botoncitos acá, docenas de bombachas de seda y raso

bordadas, enaguas, tres mañanitas de lana y una de encaje, saltos de cama. Todo estaba sin usar.

Cuando mi tío volvió todo estaba listo para la boda. Vi las miradas que se cruzaban pero mi tío no pudo decir nada ante lo irremediable del asunto. Incluso me llevó del brazo al altar. Es como una hija para mí, decía a todo el mundo, y se me va tan lejos. Menos mal que soy viajante, igual uno de estos días me llego por allí. Y miraba desafiante a mi tía.

El día de la boda me volvió la voz y proclamé que si el novio no se bañaba y prometía hacerlo con regularidad no me casaba.

¡Pobre Eusebio! Fue un buen marido.

Elena

Organicé mi tiempo de trabajo por las mañanas. Esbozo ideas y sobre todo me planteo preguntas. Quisiera no centrar el documental en la inmigración llegada a Buenos Aires. Están los galeses que establecieron sus colonias, primero en la costa chubutense y luego en la Colonia 16 de octubre y los chilenos que cruzaban la cordillera a principios del siglo veinte para establecerse por estos lugares. Esta semana me voy a ocupar de volver a escuchar unas entrevistas a pobladoras que me acercaron dos investigadoras de historia oral de la Universidad del Comahue. En las voces siempre encuentro más que lo dicho. Los tonos, los silencios, los acentos. Me parece que la experiencia particular amplía la comprensión de los procesos. Instala el discurso en un mano a mano. Encarna, en el sentido de la carne, del cuerpo, la abstracción del relato histórico.

Por la tarde me dediqué a husmear en las cosas de Madre. Nunca fuimos muy cercanas. A través de los años pudimos establecer una relación de respeto y afecto cordial pero siempre hubo silencios que ella se apuraba a llenar con gestos y palabras. Yo no tengo su energía ni su alegría. Heredé el humor melancólico de Padre.

El almacén se cerró hace casi veinte años. Después de mucho insistir logramos que Madre lo dejara. Primero pensamos en traspasarlo y que Madre continuara con el hospedaje. Fue imposible convencerla así

que simplemente se cerró. En el almacén todavía hay algunas botellas de manzanilla la Revoltosa. Fue Padre quien compró un cargamento de esta bebida. Ninguno de los parroquianos pareció apreciar ese gusto y ese aroma tan ajenos a estas tierras. Destapé una de las botellas. El corcho se deshacía y tuve que armarme de paciencia para que los pedazos no contaminaran la bebida. No tenía el color original. Se había puesto oscura, pero el aroma era el de antes. Me serví una copa. Antes de probarlo pensé en la Magdalena de Proust. Ese bollo que le permitió sumergirse en su infancia y escribir casi de un tirón una obra que es clave en la literatura del siglo veinte. Acerqué la copa a la boca. El gusto se sentía áspero. Tomé un sorbo. Costaba tragarlo pero me gustó. Esperé que algo ocurriera. Nada. Otro sorbo y nada. El paladar se iba acostumbrando y parecía apreciar los tonos fuertes de esa bebida generosa. Con la copa en una mano y la botella en la otra volví a la casa. Entré en la habitación de Madre. Una ventana da a la cordillera. Corrí las cortinas. Me senté en su cama. La luz daba directamente en el retrato colgado en la pared de enfrente. Una carbonilla que le había hecho un viajante de comercio aficionado al arte. Madre está muy bella. Debe tener unos veintitantos años. La mirada es limpia. Tiene un collar de perlas y el cuello relajado. Abro el cajón de la mesita de luz. Una caja roja y dentro los anteojos de Padre y su reloj Omega. Al lado un misal con hojas de papel de biblia. Varias estampitas de comuniones de niños que no conozco.

Yo no conozco a Madre. Sí sé su historia, su venida a Argentina, su casamiento con Padre. Madre hablaba mucho. Madre contaba muchas cosas de su vida y de las de los otros. Madre hablaba y cantaba pero yo siento que esa no era Madre. Había otra que me hubiera gustado conocer. Pero es tarde, ahora está

muerta. Están todas muertas: la madre que hablaba, la madre que cantaba, la madre que callaba. ¿Mis hijos tendrán la misma sensación que yo tengo ahora? Seguro que sí. Ellos tendrán registro de dos o con suerte tres madres de la madre que yo fui.

Parece que la manzanilla La Revoltosa hacía su efecto. Volví a la cocina, la copa en una mano, la botella en la otra. Eran las seis de la tarde y hacía calor. Salí al patio. Recorrí la cortina de álamos que separa este terreno del vecino. Fui hasta la bomba de agua. Todavía funcionaba y el agua salió limpia. Vi a Padre llenando un balde para jugar al carnaval. A Vicente acercarse a Lucía y tirarle el agua sobre la cabeza. A Lucía gritar como loca y agarrar de los pelos a Vicente, a Padre reír y apurarse a llenar otro balde para Lucía. Yo me sentía muy cerca de Padre cuando era chica. Me iba con él al almacén mientras Madre se ocupaba de los pensionistas. Lo miraba despachar a los clientes, jugar al dominó con los amigos, descargar las bolsas de harina, yerba, azúcar. Sus movimientos eran medidos. Tenía un trato calmo y amable con todos. Nunca lo escuché gritar. A veces, cuando tomaba alguna copa de más, aparecía el Eusebio que cantaba zarzuelas y que a mí y a mis hermanos nos hacía mucha gracia pero siempre se lo veía un poco disminuido en compañía de Madre: hablaba menos, casi no se reía y bajaba la cabeza casi con dolor. Cuando lo veía así me apuraba a pedirle algo que lo sacara de ese estado. Lo hacía salir al patio para buscar una gallina que se había escapado del gallinero, le pedía que me arreglara una muñeca que había perdido un ojo o le mostraba la composición que había hecho en la escuela para que me ayudara a corregir los errores de ortografía. Estas estrategias empezaron a espaciarse cuando mis intereses adolescentes se concentraron en otros objetivos. Padre se aislaba cada vez más en su mundo y yo

no estaba ahí para ocuparme de él. Andaba perdida en mis descubrimientos amorosos. En las sensaciones extrañas en presencia de ese chico que me gustaba. Pasaba tardes enteras con mi hermana, el catálogo de Gath y Chaves entre las manos, eligiendo vestidos y sandalias que nunca nos comprarían, a dónde iríamos arregladas así. En el espacio de nuestra niñez y adolescencia había campo, ríos, lagos, caballos que demandaban ropa práctica y sin sutilezas.

6

Margarita se durmió arrullada por la presencia de Rosita y el Batuque a los pies de la cama. Parece que el parto no es inminente. Según Ilse no va a nacer esa noche pero que todo va bien. En la cocina, Enfys teje. Decidió no volver a casa esa noche. Su hermana está allí con la madre y prefiere quedarse a hacerle compañía a Asunción. Piensa en la cazuela de gallina que va a cocinar Rosita, ya la ve borbotear sobre la cocina. El aroma se expande en ese ambiente cálido, espanta los pensamientos oscuros. Ese olor la ancla a la vida, a lo inmediato, a las tripas despiertas.

Rosita aprovecha la retirada de Ilse y calienta los paños para volver a ponérselos en el vientre de la chica. Ella va a hablar con el Vicente. Ese muchacho es como su Juan y ella se promete que esta vez las cosas van a salir bien. Observa a Margarita que respira tranquila. Le acaricia el pelo negro como hubiera sido el de sus hijos.

Piensa en el Juan. Ella había parido dos criaturas que no llegaron al mes. Habían nacido sin fuerzas para esta vida. La primera fue una hembra. Le había puesto Isabel como la abuela que era ñaña allá en Temuco. Todo lo que ella sabía se lo había enseñado la abuela Isabel. De chiquita la acompañaba a juntar los yuyos al campo. Hay que respetar al cuerpo, le decía, ves, forma parte de la naturaleza como todas las cosas de este mundo, las plantas, los animales. Cuando tengas tus guaguas, a las mujercitas les vas a enseñar todo

lo que yo te enseñó. Para que sean sabias y no anden por ahí por la vida sin rumbo. Ves, esto es quillay. Sirve para hacer una infusión y se le da a la embarazada para apurar las contracciones.

Pero su Isabel nació con una debilidad para vivir. No lloraba y tenía los ojos como apagados. Rosita supo en el momento en que se la puso en el pecho que no iba a vivir mucho. La envolvía con la manta que había tejido al telar la abuela Isabel. Le susurraba canciones de cuna para que se quedara en este mundo. El Ramón estaba en la esquila. Volvió a la semana sin terminar la campaña. Quería ver a su hija.

Rosita

El dueño de la comparsa nos ofreció llevarnos a Jacobacci donde había hospital y médico. Yo le dije que no. Si la guagua tenía que quedarse con nosotros lo iba a decidir ella. Nosotros sólo podíamos esperar, darle el tiempo para que supiera lo que tenía que hacer. Al mes se fue. Era una mañana de noviembre. El Ramón se había levantado al amanecer para hachar leña. Cuando volvió con los palos yo estaba con la Isabel muerta en mis brazos. Me había despertado un gritito como de animal asustado. La guagua dormía al lado de la cama de nosotros, en un catre que le había hecho el Ramón. Me levanté de un salto pero yo sabía que la Isabel no estaba. El Ramón se quedó ahí parado con los palos. Yo sentí que él también se iba con la Isabel. No dijo nada. Dejó los palos al lado de la cocina y salió. Yo dejé a la Isabel en el catre, la tapé bien con la manta y le dije que estaba bien, que yo la respetaba si no quería quedarse. Le pedí que le dijera a la abuela Isabel que la extrañaba mucho y que la cuidara.

Fui a buscar al Ramón. Vi que había ensillado al Mancha. Me quedé sentada al lado del corral hasta que lo vi volver. Se bajó del caballo. Yo me di cuenta de que había llorado pero no le dije nada. Traía unas maderas de ciprés. Yo fui a buscar a mi comadre que vivía con el Alcides, mi hermano. Cuando me vio llegar sola corrió a abrazarme. Nos vinimos para la casa, mi comadre, los chicos y el Alcides que estaba en la quinta.

El Ramón le hizo el ataúd y la enterramos al lado de los sauces, atrás de la casa. Yo sentía como que no estaba ahí. Pensaba todo el tiempo en las ovejas que se le habían enceguecido a mi papá. Siempre nos contaba de cuando llevaba un arreo de hacienda lanar por allá por el Nahuel Huapí, las llevaba de Cholila para Chile. Para hacer más corto el viaje y para no ir hasta Junín las pasaba por acá pero en el arreo se le fueron enfermado de conjuntivitis o algo así, se contagiaban y se iban quedando ciegas. El paso bordea en muchas partes el lago y las ovejas se sometían al lago. Se iban para el agua y se ahogaban. Llegó a Chile con un arreo de diez ovejas. Y allá las curó un hombre que sabía de estas cosas.

Yo veía a las ovejas sometidas al lago y me iba con ellas al agua. El agua era clara y fría. El agua me calmaba los ojos y yo seguía más adentro, más claro, más profundo para sentir el alivio en los ojos y más adentro de los ojos por atrás y por abajo. No me resistía, quería quedarme ahí, flotaba con las otras, limpia, tranquila.

Anduve así bastante tiempo. Me levantaba, prendía el fuego, ponía la pava, hachaba leña, después me iba para lo de Doña Asunción. El Ramón se volvió a la comparsa. Yo le insistí en que se fuera igual ya no había nada que hacer. Yo llegaba al boliche, ayudaba a la Doña a lavar las sábanas de las piezas, a matar las gallinas, a pelar las papas. La Doña me hablaba despacio y todos los días me dejaba un plato de comida para que me llevara a la casa pero yo no estaba sobre la tierra. Yo estaba en el fondo del lago, cuando intentaba salir a la orilla los ojos me volvían a doler y a picar así que volvía a someterme al lago.

Mi comadre vino un día cerca de la Navidad, me llevó a empujones hasta donde estaba enterrada la

Isabel. Me arrodilló en la tierra que ya había empezado a verdear. Las frutillas estaban maduras. Me dijo que la Isabel estaba bien. Que la vida es así. Que hay que seguir viviendo para los que nos quedamos por acá. Que tenía un hombre bueno y trabajador que andaba como alma en pena. Que se podía poner a tomar para ahogar esa pena. Que yo era una mujer fuerte y tenía que ayudar al Ramón. Que iban a venir otros chicos. Que a ella misma se le habían muerto dos...

Mientras me hablaba se me aflojaba el frío del agua del lago donde me había sumergido todo ese tiempo. Empecé a llorar. Las lágrimas estaban calientes y empecé a ver. La tierra ya no tenía las marcas de la pala. Unos pastos verdes y tiernos se mezclaban con las frutillas. Junté las frutas. Me levanté y abracé a mi comadre.

7

¡Rosita! Trae la gallina. Vamos a preparar una buena cazuela. Aprovechemos antes de que vuelva Ilse. ¿Qué te parece Enfys?

Muy bien. Yo te ayudo. ¿Cómo la hacés, vos?

A mí me enseñó un viajante que venía cuando mi marido aún vivía. Venía de Chile y tú sabes que el plato es de ese país. Mira, te cuento.

Rosita trae la gallina y comienza a cortarla.

Rosita, ¿cómo está la niña?

Bien, creo que va a dormir toda la noche. Ahora no le duele nada. El Batuque se quedó con ella.

Bien, vamos Rosita, vamos a mostrarle a Enfys lo que es una verdadera cazuela chilena. Mira, Enfys, tú puedes pelar las patatas. Rosita ve al almacén y trae unas cinco grandes.

Primero hay que trozar la gallina. Debe ser una gallina tierna para evitar que la cazuela salga muy grasosa. Ya tenemos agua caliente así que la ponemos a sancochar con un poco de sal. Cuando esté tierna le agregaremos las patatas, pondremos también una lata de arvejas, unas zanahorias y una taza de arroz.

Asunción ha trozado la gallina y la pone en la olla. Rosita termina de pelar las papas.

Mientras esperamos que se cocine me ayudas a mirar estos catálogos quiero pedir algunas cosas para

la Navidad. Algunas cosas para los niños. Espero que este año puedan venir todos. El año pasado estuve muy sola con Vicente. Elena quería que me fuera a Esquel a pasar las fiestas con ellos. Sabes que su marido no puede moverse del negocio para esas fechas porque es cuando más trabajan. Lucía podría haber venido pero ahora que ya ha hecho amigos la habían invitado a una fiesta en la rural. Tuve ganas de obligarla a venir a vernos pero luego pensé en mí, en que nunca había tenido la oportunidad de ir a una fiesta y bueno, pensé que estaba bien que aproveche su juventud. Tú la conoces y sabes lo revoltosa y contestona que es, si la hubiese traído la tendríamos todo el santo día haciendo morros. Yo tenía dos viajantes así que no me pude mover. No son tiempos para cerrar, tengo muchos gastos...

Mira qué mono este vestido. A ti te quedaría muy bien.

¿A dónde querés que vaya con ese vestido?

No sé pero todavía eres joven. Podrías salir un poco más, encontrar alguien para que te haga compañía. Un buen hombre...

Ay Asunción, no sabés lo que decís. Mirá estos trajecitos están muy bien de precio y acá tenés juguetes para tus nietos.

¡Rosita! ¿Has puesto las patatas?

Sí doña.

Entonces ven, quiero regalarte algo para estas Navidades. Ven, elige.

Rosita se acerca a la mesa y se sienta. La luz del farol colgado del techo dibuja un círculo sobre la mesa. Los catálogos muestran “corpiños y trusas para mujeres modernas”, ríen y se hacen bromas sobre la oportunidad y ocasión para llevar tales prendas. Se detienen

ante una oferta de sábanas y toallas de primera calidad, algodón importado. Asunción anota en una hoja los números de los productos que va seleccionando. Mañana enviará por correo los pedidos: una docena de repasadores, un par de zapatos marrones número treinta y siete para ella, un camión de madera reforzado en los ángulos para su nieto Santiago y un juego de collares y pulseras de fantasía para su nieta Julia. Rosita eligió una pañoleta de pura lana con dibujos búlgaros.

A Vicente, si aparece antes de las Navidades y se hace cargo de lo que le corresponde, le dará parte de mis ahorros para que pueda independizarse con Margarita.

¿Y para el niño, o niña que nacerá allí y que será el hijo, o hija de su Vicente?

¡Rosita, pon la mesa! Te quedas a cenar y si quieres a dormir. Ya es muy tarde para que vuelvas a tu casa.

Gracias, doña.

Tú te lo mereces, Rosita. Me haces mucha compañía. Voy a buscar una botella de vino.

Rosita y Enfys se miran. Enfys le muestra la manta que está tejiendo.

¿Te acordás de esta lana?

Sí.

Ahora la voy a terminar. Ya es hora ¿no?

Sí, ya es hora.

Asunción vuelve con la botella. Mira y huele la cazuela.

¡Para revivir a un muerto! Le agrego el arroz y ya está. Rosita, ve a traer a Margarita. Aunque sea que tome un poco de caldo. Antes de que vuelva Ilse.

Asunción

Nos casamos un veintiocho de junio. En el festejo que se organizó después de la ceremonia en un restaurante de un paisano del tío de Eusebio yo me dediqué a observar a mi marido. Se había afeitado, peinado y vestido con un traje negro. Se veía distinto del Eusebio que yo veía subir y bajar cajones en el almacén. Casi no habíamos hablado pero tenía unas maneras suaves. Su mirada no era como la de tío Agustín. Empecé a sentir que me había portado muy mal con él.

Esa tarde tía Angustias me había encerrado en la pieza. Me sentó en la cama y me pidió que la escuchara bien y hasta el final sin interrumpirla.

Asunción, tu sabes que te quiero como a una hija. Me hubiera gustado mucho que te quedaras aquí conmigo, que te casaras y yo pudiera seguir cerca de ti pero eres una chica despierta y sabes que eso no es posible, no necesito explicártelo. Los hombres son a veces como bestias y hay determinadas circunstancias de las que no es posible volver. Eusebio es un buen hombre, puedes estar segura de que yo no te dejaría en manos de alguien que pudiera hacerte daño. He hablado con él y está muy contento de casarse contigo. Es tímido y tú eres muy avasallante. Debes comportarte y hacer un esfuerzo para acercarte a él. Sé que te tratará bien y es trabajador. Tú déjalo hacer y verás que la vida de casada puede ser agradable.

Por ahora se quedarán en una pensión cerca de aquí hasta que pase un poco el invierno así que nos seguiremos viendo y me contarás cómo te va. Mientras tanto Eusebio terminará los trámites de traspaso del negocio allí en el sur. Parece que es un lugar muy bonito y estoy segura de que tendrás una buena vida ¿Me prometes que harás todo lo posible para que este matrimonio funcione?

A mí se me había puesto una cosa en la garganta que no me dejaba pasar palabra pero le iba diciendo que sí con la cabeza.

Bueno, ahora a ponerte bien guapa y a ser feliz. Será una bonita fiesta. Don Leónidas no ha reparado en gastos, hasta ha contratado una orquesta típica a la que le ha pedido que toque unos pasodobles de su tierra.

Tío Agustín quiso bailar conmigo la primera pieza. Sentí de nuevo ese aliento caliente y la mano en la cintura que acercaba demasiado mi cuerpo al suyo. Eusebio se interpuso, calmó pero decidido miró fijo a mi tío.

Creo que esta primera pieza me corresponde a mí bailarla con mi esposa.

Me sonrió y me enlazó la cintura. Me sostenía con determinación y me miraba a los ojos. No dejó que bailara con nadie más esa noche y se mantuvo a mi lado todo el tiempo.

Vi la cara sonriente de mi tía Angustias y el ceño fruncido de tío Agustín. Me sentí en buenas manos.

La pensión era la casa de una señora viuda amiga de mi tía. Estaba en la calle San José a dos calles de la Avenida de Mayo. Eusebio conocía bien la ciudad así que todas las tardes me llevaba de paseo.

Recorriamos la calle Corrientes con sus teatros y marquesinas. Tomábamos algo en los cafés de la Avenida de Mayo. Eusebio quería llevarme a ver una zarzuela pero yo lo convencí de que teníamos que ahorrar, que ya volveríamos para ir al teatro. A donde sí íbamos era a la biblioteca municipal. Al principio no entendía qué era lo que tenía a Eusebio tan metido en los libros, yo apenas sabía leer y escribir y nunca había visto libros en mi casa. Eusebio me contaba que allá en su pueblo, en Asturias, su padre le había enseñado a leer, le había transmitido ese amor por la letra impresa. Le decía que los hombres tenían que cultivarse, que en los libros estaban las ideas que harían cambiar al mundo. Una sociedad donde todos fueran iguales era posible si los hombres se lo creían y en los libros se encontraba esa posibilidad. Los ricos quieren que los pobres seamos unos burros para dominarnos pero esto va a cambiar, tienes que entender cómo funciona este mundo, Asunción. A la noche, en la cama, Eusebio desplegabamos un planisferio y elegía un país, me hablaba de su clima, de su gobierno, de cómo era la gente que lo habitaba. Yo lo escuchaba y viajaba con mi cabeza: la tundra rusa, los pastos secos, el horizonte ancho, los hombres a caballo; Jamaica, palmeras y playas, negros explotados por los productores de caña de azúcar, temperatura media anual 28 grados; y así Europa, el Lejano Oriente, África y las Américas que eran nuestro hogar, en detalle, hasta el extremo sur donde iríamos a vivir pronto. En el comedor de la pensión había un aparato de radio y como estábamos situados bastante cerca de los estudios de las emisoras más exitosas teníamos un abanico considerable de opciones. La dueña de la casa era la que imponía sus gustos y horarios. Para mí era una novedad así que me gustaban todos los programas. Eusebio a veces se disgustaba por el tono chabacano de ciertas emisiones y se encerraba con sus libros.

Después yo iba a la pieza y le cantaba alguna de las canciones de moda. Los tres meses que estuvimos en la pensión me ensancharon los ojos y por primera vez me sentí apaciguada, serena. Dejé de estar al acecho de las desgracias.

El quince de septiembre tomamos el tren en Constitución. Eusebio quería ir solo y que después, si todo estaba en condiciones iría yo. Ni hablar, a mí no me dejaba sola, ahora era mi marido y yo lo acompañaría, sin rechistar, allí donde la suerte nos llevara. Entre los paquetes, baúles y maletas que llevábamos yo cargaba un aparato de radio que me había regalado tía Angustias.

8

Ilse saca del horno la carne con papas. La deja sobre la cocina con un repasador para que la comida se mantenga tibia. Sabe que Helmut no va a volver pero esos gestos cotidianos le calman los nervios. Es cierto que Helmut se fue con dos peones para cuidar la hacienda de los ladrones pero Ilse sabe que él busca excusas para no estar en la casa. Prefiere la intemperie y la compañía de sus empleados que la de ella. Desde que los chicos se fueron lo ve cada vez menos. Siempre hay un trabajo que lo aleja del pueblo. Un puestero que toma licencia, un arreo que es necesario supervisar. Cuando está en la casa se ocupa de papeles. Ilse se exaspera pero no sabe qué decirle.

Va a su habitación. Antes de volver a La Leonesa tiene que hacer algo, tiene que encontrar las fuerzas para seguir. Abre el armario. En el fondo, detrás de las sábanas almidonadas, las toallas con las iniciales bordadas, las frazadas que saca en invierno, está la cajita de música. Le da cuerda, la bailarina parece dudar antes de ejecutar ese círculo mínimo, pero arranca como siempre, las manos en alto, las palmas enfrentadas. Ilse sigue el movimiento, una vuelta, otra, y otra... El corazón se aquieta, la respiración llega más hondo. Ahora tira del cajoncito. La bailarina se tambalea un poco pero retoma el ritmo. Saca la hoja de papel que está cuarteada en los pliegues, amarilla. La despliega...

12 de junio de 1917

Querida mía,

Hoy pudimos salir un rato de las trincheras, parece que los rusos se replegaron aunque lo más probable es que se preparen para otra ofensiva. No importa, esta tregua nos dejó un respiro. Nos escapamos al pueblo más cercano. Encontramos las calles vacías y las casas abandonadas. Buscábamos comida. No habían dejado nada pero en una de las casas, detrás de una cómoda laqueada, único mueble de la habitación, encontré esta cajita de música. Me hubiera gustado poder comprártela con mi sueldo en un comercio de la ciudad pero ahí estaba. Pensé que la habrían dejado por deficiencias de su funcionamiento pero cuando le di cuerda, la bailarina y la música aparecieron. Por unos minutos, mientras duró la cuerda, pude abstraerme de la guerra, de los próximos movimientos, de los rusos que nos acechan, del frío de las trincheras...

Espero que llegue a tus manos.

Siempre tuyo. Franz

Ilse vuelve a meter la carta en el cajoncito y la caja de música en el armario al fondo detrás de las sábanas almidonadas, de las toallas con las iniciales bordadas y de las frazadas que saca en invierno.

Tiene que volver a La Leonesa. Echa unos palos en la cocina. Cierra el tiraje para que el fuego dure más y sale.

La noche es fresca pero el cielo está sin nubes. La luna sube por el este. Es luna llena. Es casi verano según el almanaque del hemisferio sur pero el aire que corre es frío, de nieve. La carta que escribió Franz está

datada en junio, casi verano en el hemisferio norte. Y ella va por la trinchera en que se volvió la vida desde que regresó de Alemania hace más de veinte años. Ella no es nostálgica, es realista y práctica. No pudo quedarse allá, la guerra había destruido todo y no se sabía cuánto tiempo más duraría. Se subió a un barco, llegó a Buenos Aires, después a Hinojo. Conoció a Helmut. Era hermoso y tenía muchos planes. La besó sin importarle que los estuvieran mirando. Eso le dio vergüenza pero le gustó. También le gustó que quisiera irse de Hinojo, al sur. Tenía ambiciones y consiguió trabajo en una estancia cerca de Junín. Le dijo que sí con entusiasmo cuando le salió el trabajo. Se casaron en Hinojo pero como ella sabía que se iba para siempre estaba contenta de librarse de los padres, de las normas rígidas, de los preceptos del pastor. Los primeros años fueron buenos, llenos de cosas nuevas: su casa, hizo cortinas, tuvo a sus tres hijos mientras viajaba a Buenos Aires a estudiar, armó una quinta, cosechó frutos para hacer mermeladas, conoció la nieve, aprendió a andar a caballo. Se metía en la cama a la noche agotada pero se abrazaba a Helmut con ganas ¿En qué momento se le instaló esta desazón, este vacío que la hizo volver a la cajita de música olvidada en un baúl estropeado por los viajes y el paso del tiempo?

La luna sube por el este redonda y perfecta.

9

Las mujeres comen en la cocina. Margarita no tenía ánimos para levantarse así que le llevaron un caldo a la pieza. Ahora están de sobremesa.

La puerta se abre. Las mujeres se sobresaltan. Es Ilse.

¿Ya estás de vuelta? Ven, siéntate y come algo.

¿Cómo está la chica?

Muy bien. Duerme. Ahora tú me haces caso a mí. Te sientas y comes.

Ilse obedece.

Rosita le hace un gesto a Asunción y se levanta para servir un plato a Ilse. Mucho arroz con verduras y un poco de pollo. Enfys le sirve un vaso con vino. Ilse come.

Las cuatro mujeres están sentadas a la mesa. La luz del farol se refleja en los bordes de los platos y en el fondo de los vasos. La noche entra por la ventana, negra y diáfana.

Se escucha el crujir del fuego en la cocina. Asunción no tiene clientes esa noche. Se acerca la Navidad y es un tiempo en que los viajeros prefieren estar más cerca de casa. Esta mañana se fue Don Artemio, un viejo cliente, amigo de su marido. Hace más de quince años que viene a La Leonesa tres veces al año. Lleva varias firmas importantes de alimentos y bebidas.

La primera vez lo sorprendió una nevada y tuvo que hospedarse una semana hasta que el temporal lo dejó seguir su itinerario hacia Bariloche. Se quedaba discutiendo de política con Eusebio hasta las tantas, copitas de por medio. Don Artemio es peronista de la primera hora como le gusta alardear aunque en estos tiempos esté prohibido el partido y tenga que aguantar a estos milicos de pacotilla, sabe que el general va a volver, le repite a Asunción, se lo extraña a Eusebio, él si que sabía conversar, ya van para cuatro años que se nos fue, usted sabe cuánto lo apreciaba, doña Asunción y aquí me tiene para lo que necesite, usted me llama y me pide lo que quiera, le deseo una feliz navidad y nos vemos en marzo.

Las voces de los dos hombres llegaban a la cocina donde Asunción escuchaba la radio. Eusebio aceptaba que las condiciones de vida de la clase trabajadora habían mejorado mucho con el gobierno de Perón, eso era cierto pero no podía admitir la simpatía de Perón por las ideas nacionalistas, los trabajadores debían unirse sin fronteras. Tampoco le gustaba el lujo de Eva ni la proximidad de su gobierno con Franco. Don Artemio retrucaba, el general era el único que podía poner freno a la oligarquía conservadora, su plan era innovador y vos tenés que ver cómo Evita ayuda a los pobres, de verdad, nuestro pueblo necesita ver que alguien que viene de abajo como ellos puede aspirar a otra vida, educarse, tener salud...

Asunción bajaba la radio. Disfrutaba de las charlas sobre política, después repasaban las jugadas de los últimos partidos de fútbol, a veces se colaba el recuerdo de alguna pelea importante, los libros, los avances de la ciencia, las experiencias familiares. Desde la cocina, Asunción volvía a reconocer a ese Eusebio que le desplegaba mapas y libros en la pensión

de Buenos Aires. Desde la llegada a La Leonesa, a un ritmo casi imperceptible, su marido se apagaba. Ella lo notó enseguida. Los primeros años demandaron un esfuerzo agotador. La casa era una pocilga como ella había sentenciado el día que tomaron posesión. El dinero de la tía Angustias solo alcanzó para comprar los materiales pero Eusebio tuvo que hacer las reparaciones él mismo mientras ella, codo a codo, trabajaba a la par y paría tres hijos. Cuando las cosas se acomodaron ya era tarde. Eusebio se había amoldado a esa vida del día a día, catorce horas de arreglar techos, pintar paredes, calcular gastos, esperar clientes, jugar con los niños, atender la quinta. No había espacio para las utopías, la pesadez del cansancio borraba todo pensamiento. La cama sólo era un espacio para reponer fuerzas, los sueños y el amor fueron desterrados por años de ese territorio. Por eso, Asunción, a distancia y en silencio, agradecía a Don Artemio.

Rosita levanta la mesa y lava los platos.

Creo que lo mejor es que nos recostemos un rato. Hay camas para todas. Rosita, tú ve con Margarita. Ilse y Enfys en la pieza del lado.

Enfys decide quedarse un rato más en la cocina. Ella apagará el farol cuando vaya a acostarse. Quiere aprovechar a tejer un poco más. Hace mucho que no se siente tan tranquila.

Ilse levanta el acordeón, su maletín y se deja acompañar por Asunción. No dijo una palabra desde que volvió a La Leonesa.

Enfys

Fue Rosita la que vino a decirme que habían matado a Juan.

Rosita era la única que sabía de nuestra relación y además la aprobaba. Insistía en que había que mestizar estas tierras. Ahí estaban los rubios con los rubios pariendo cada vez niños más débiles. Y los indios pariendo cada vez criaturas más tristes y resignadas. Hay que mesturarse, repetía Rosita. Hay que mesturarse.

Hacía más de un año que nos veíamos a escondidas. Mi mamá sospechaba algo y no me perdía pisada. Se daba cuenta de que Juan venía a la casa más por mí que por mis hermanos. Apreciaba a Rosita y no quería enemistarse con ella prohibiéndole la entrada a la casa a su hijo, pero bajo ningún concepto aceptaría esa relación.

Hay que ser educado y amable con todos los vecinos, me decía, pero no hay que olvidar que somos distintos. Esta gente tiene otra cultura, muy diferente a la nuestra.

Mi mamá quería que me fuera a la costa con su familia. Allá había buenos muchachos y más oportunidades, insistía.

Yo la dejaba hablar. Con Juan teníamos planes. Y ahora que sabíamos lo del hijo quería apurarse a juntar algo más de plata. Nos iríamos a Chile por lo menos por un tiempo. Yo ya estaba escribiendo la

carta que dejaría a mi familia y después Rosita se ocuparía de limar las asperezas.

Cuántas veces le había dicho que no anduviera solo con el arreo. Él se reía y me decía que así le daba tiempo para pensar en mí sin nadie que lo distrajera con conversaciones. Yo me enojaba y me quedaba con la angustia apretada en el pecho hasta que tenía noticias de su vuelta.

Yo estaba en la cocina pelando manzanas para hacer una tarta. Ese año habíamos tenido una cosecha abundante. Vi a Rosita que tomaba el camino que viene directo a la casa. Mamá estaba en la quinta y me sorprendió que no fuera a saludarla. Me pareció que trataba de evitar el contacto. Mamá la saludó con la mano. Rosita entró en la cocina y me abrazó. Se cayeron al piso las manzanas que estaba pelando. Me quedé sin aire. Sabía que algo horrible le había pasado a Juan.

Tenemos que salir de tu casa. Vení. Dejá eso.

Salimos. Rosita le dijo algo a mamá que se quedara tranquila, que me necesitaba un rato para que le hiciera un favor.

Caminamos en silencio hasta la casa de Rosita. Yo pensaba en las manzanas caídas en el piso y quería con toda mi alma no llegar nunca a la casa de Rosita. Seguir caminando así, detrás de las pisadas de Rosita, la mirada en los talones que se apoyaban y se levantaban, un, dos, un dos, un dos... No había más cielo, ni sol de marzo, ni manzanas por el piso. Sólo las pisadas de Rosita, un dos un dos un dos...

Cuando llegamos a la casa yo me negué a parar. Había que seguir caminando. Mientras yo pudiera mantenerme detrás de Rosita un dos, un dos... todo estaría bien. Daría la vuelta para volver a las

manzanas en el piso, a la tarta de manzanas, al gusto ácido y dulce que se deshace en la boca, a la quinta, al arroyo detrás de los álamos donde dejábamos la cerveza refrescar, al olor del pan recién sacado del horno, a la crema batida en el momento en que se vuelve manteca, a las voces de mis hermanos que se iban acoplando en los himnos.... un dos, un dos, un dos...

Rosita me agarró de los hombros y me hizo parar. El mundo se deshizo. Ahí, sobre la cama de Rosita estaba Juan, muerto.

10

Las mujeres descansan. Ilse se durmió abrazada al acordeón. Asunción ronca sin tapujos en su pieza. Rosita dormita en la cama al lado de Margarita. El Batuque recorre el pasillo y se detiene en cada una de las puertas abiertas. Llega a la cocina. Enfys lo ve y lo llama.

Vení. Acá hay unos huesos para vos.

Le pone en un plato las sobras de la cena. El perro se acerca.

Enfys teje. La imagen de Juan tendido en la cama de Rosita vuelve a su cabeza. Se ve ahí, en esa pieza humilde, incapaz de hacer un movimiento. Las manos en la cara, los ojos cerrados. Entra gente y saluda a Rosita. Alguien reza. Ramón trae el cajón. Lo ayudan a poner el cuerpo de Juan. Rosita la sienta en un rincón, le trae un vaso con grapa. Se lo pone en la mano, le levanta el brazo hasta la boca. Enfys siente que hay un velo entre ella y lo que sucede en esa pieza. Mejor aún, le parece que los movimientos que hace la gente que entra y sale, las voces que escucha, no son reales. Un sueño del que despertará de un momento a otro con la boca seca y amarga. Irá a la cocina. Morderá una manzana y ese gusto a podrido, a pozo ciego, a barro, no estará más en la boca.

Se ve con las manos sosteniendo a su hijo que recién empezó a crecer ahí adentro. Rosita se le acerca, le agarra la mano, descorre el velo que ella se inventó

para amortiguar la caída a esa otra vida: sin Juan y con un hijo. Rosita le dice que mire, que abra los ojos.

Hay que mirar la muerte de frente para que nos encuentre despiertos. Ves, ahí está el cuerpo de Juan pero él ya no está.

Quise apartar los ojos pero Rosita me obligó a seguir mirando. Rosita me dijo que abriera bien grandes los ojos.

Me sostenía con fuerza y me repetía.

El Juan ya no está ahí. Vos tenés que seguir. No hay remedio. Yo te voy a ayudar. Ahora te despedís y nos vamos a tu casa. Tenés que descansar. Vos te llevás al Juan vivo, al que tenés, ese va a estar siempre con vos.

Rosita me acompañó hasta mi casa. En la puerta me abrazó y me dijo que ella tenía que volver a velar al Juan, a estar con el Ramón, mañana vendría a verme.

Elena

Saqué una mesa al patio y me siento todas las tardes un rato. Me interesaron mucho las entrevistas a pobladoras de la región del Comahue. Las grabaciones no son muy buenas pero tienen la singularidad del detalle, la sintaxis particular de cada voz. Me impresionó una mujer que había tenido nueve hijos siempre sola, el hombre se iba todos los años al otro lado del lago para trabajar en un aserradero y pasaba casi seis meses ausente, cuando volvía se encontraba con otra criatura. “Después vino el camino, cuando la Nancy, mi nena más grande ya tenía unos diez años, antes era así, el primero fue el más bravo, después ya sabía cómo era la cosa.” En el momento de la entrevista tiene más de setenta años. Vive en la ciudad y sus condiciones de vida son buenas. Los hijos crecieron, algunos estudiaron, tres se murieron de chicos. Se siente tranquila y acompañada. El marido se jubiló y todavía hace algunas changas en el barrio, como albañil, jardinero, para estar ocupado, siempre fue muy trabajador, repite varias veces esta frase. Cuando le preguntan si extraña algo de aquella época dice que no, que desde que pudieron venirse a la ciudad todo fue mejor. Tuvieron suerte, el dueño del aserradero lo puso de encargado al marido en un secadero, lo querían mucho, era muy trabajador y honrado y tenía muy buen trato con la gente. El trabajo aparece en todas las entrevistas, la búsqueda de sustento alcanza a todas las clases sociales y organiza el mapa migratorio de cada individuo, de cada familia. Me gusta también Colette, llegó de

París en 1914 para casarse con un estanciero, conocido de un conocido lejano. Ella trabajaba en un burdel, muy concurrido por artistas y gente de clase, se apura a aclarar, yo era muy bella y podía elegir a los clientes, ahora con casi ochenta años no le importa contar su historia, al contrario, exagera el acento francés y adorna el relato con detalles que a veces no resultan creíbles, mezcla fechas y personajes. Me gustan los relatos de vida que muestran con claridad la ficción con la que construimos nuestros recuerdos. Ese hiato entre la realidad y la literatura es patrimonio esencial de la constitución de cada persona. Cada vez busco menos la verdad de los hechos, una perspectiva me basta, un detalle, una imagen, Colette en la Patagonia abre todas las noches uno de sus baúles traídos de París, se pone un vestido distinto cada día de la semana, se perfuma, se maquilla y espera al marido para ofrecerle juegos eróticos, placeres del cuerpo que restablecen el calor y los sentidos en esa geografía seca. Colette restituye humidades, trabaja con la lengua, las manos, la boca. Afuera el viento, la nieve. Adentro Colette, el cuerpo dispuesto, el vino, el estallido del sexo.

Leo, tomo algunos apuntes. Cuando Matilde termina el trabajo prepara el mate y compartimos la charla.

Hace once años que está en la casa. Consiguió ese trabajo por Rosita. De Rosita sí me acuerdo y quiero verla. Matilde me cuenta que se fue a Temuco. Allá tenía familia y un pedazo de tierra. De vez en cuando sabe algo de ella. Está grande pero parece que está bien.

Matilde se ocupa de la casa, de hacer las compras y de cocinar. Yo la dejo hacer. Me habla de Madre, de lo buena persona que era y de lo contenta que estaba con ella. Yo adivino detrás de la conducta de Matilde la presencia de Madre. Esa mezcla de disciplina y cordialidad que siempre supo imponer a sus empleados.

La primera vez que la invité a sentarse conmigo y la animé a hablar, me confesó su preocupación por perder ese trabajo. Quería saber qué pensaba hacer yo con la casa, si me quedaría y por cuánto tiempo para ir buscándose alguna otra cosita. Tenía miedo de quedarse en la calle y no se sentía con fuerzas para ir a ofrecerse por ahí, no tenía edad para trabajos muy duros.

La tranquilicé. No sabía lo que iba a hacer pero me ocuparía de ella. En principio me quedaría hasta marzo y después ya veríamos. Le agradecí su preocupación por Madre.

Me cuenta de la última época. Yo hacía casi dos años que no la veía. La llamaba al menos una vez por semana. Siempre era el mismo diálogo. ¿Estás bien? Sí ¿cuándo vienes? No puedo Madre. Tengo mucho trabajo. Bueno, bueno, todo va bien. Un beso, Madre y cuidate. Sí, sí, un beso.

Decidimos limpiar la quinta. Entre medio de los yuyos aparecieron algunas plantas de cebolla y zanahorias que dejamos crecer. Plantamos lechugas y rabanitos. Todos los días por las mañanas me ocupo de regar. Me gusta ver el agua que penetra la tierra. También plantamos flores nuevas en las macetas. Es muy agradable sentarse en este lugar.

Me pregunto por qué me costaba tanto venir cuando vivía Madre. Mientras estuvo Padre los visitaba por lo menos una vez al año. Mis chicos pasaban unas semanas con el padre en Esquel, yo aprovechaba y pasaba unos días en La Leonesa. Ernesto traía a los chicos y lograba quedarse el fin de semana. Madre adoraba a Ernesto y hacía lo imposible para retenerlo. A mí, al principio me molestaba esa complacencia con mi ex marido pero con el paso del tiempo su presencia me resultó inofensiva. Cuando se enteró de la muerte

de Madre me llamó. Se ofreció a ayudarme, si quería, con la venta de la casa. Suponía que yo querría deshacerse lo más pronto posible de esa propiedad. Yo también creí, en un primer momento, que la mejor solución era vender la casa. Ahora ya no estaba tan segura. Por lo menos quería tomarme esta pausa de unos meses antes de tomar una decisión.

Veo a Matilde que se acerca con el mate y trae una caja con papeles y fotos. Encontró esta caja en el cuartito de atrás. Esta semana decidimos revisar el galpón del fondo, sacamos todo lo que ya no tenía utilidad. Hoy Matilde revisó esa pieza que está al lado del galpón en la que se fueron acumulando herramientas, muebles viejos, cajones. Le pedí que avisara a sus amigos o conocidos para que vinieran a ver lo que había y a llevarse todo lo que pudiera servirles. El resto sería para tirar.

Pone la caja sobre la mesa y me pasa revista de cada objeto encontrado y del nombre de la persona que se lo llevó. Ningún nombre me resulta familiar. Yo nací en este pueblo y viví hasta los doce años. Acá fui a la escuela primaria. Tuve amigos. Ahora me doy cuenta de que con el apuro de estar lejos de Madre también perdí contacto con mis vínculos de infancia. Ese tiempo de mis primeros doce años de vida no sólo contenía a Madre, aunque para mí ella llenara hasta el borde los espacios y se derramara más allá, presencia absoluta, implacable. Entre los pliegues de Madre se habían desarrollado otras formas, otras imágenes paralelas. Al alejarme de Madre también me fui de otros que habían sido parte de mi infancia. A los doce años corté amarras conmigo misma como había hecho Madre al subirse al Cabo de Buena Esperanza para venir a esta parte del mundo.

11

Enfys se despierta sobresaltada por el ladrido del Batuque. Se quedó dormida con el tejido entre las manos. Mira por la ventana y no ve nada. Le abre la puerta al perro para que salga. Lo escucha ladrar de nuevo y sale.

La noche está tranquila. No hace frío. Camina hasta la bomba de agua. El perro se le acerca moviendo la cola.

¿Qué pasa Batuque? ¿Viste un fantasma? No pasa nada. Vení, vamos adentro.

Enfys vuelve a la cocina y va al pasillo. Las mujeres duermen. Se acerca a Margarita. La escucha respirar tranquila.

Pone un palo en la cocina y la pava con agua para hacerse un té. No quiere dormir. Ese silencio acompañado por el sueño de las otras mujeres le gusta. Desde que su madre enfermó siempre está en sobresalto.

Vuelve a la lana y a la habitación en que velaban a Juan. Cuando Rosita la dejó en la puerta de su casa se quedó ahí, no sabía qué hacer. Su hermano salió, o su padre. Los recuerdos se mezclan. Entró en la casa. La familia estaba en la mesa cenando. Les contó lo que había pasado, se disculpó y se encerró en la pieza. Escuchaba las voces, la puerta que se abrió, los hermanos que salían. La madre fue a verla, le preguntó si quería comer algo, quería saber más detalles, dónde había sido, cómo estaba Rosita, quién lo había encontrado.

No sé, no sé, no sé. Finalmente la madre se calló. Miró a Enfys y sintió su pena. Hubiera querido abrazarla, sentirla en su pecho como cuando era un bebé, cantarle hasta que se durmiera calmada en los brazos de mamá. Un llanto apretado le cerraba la garganta pero no pudo disolver la distancia que las separaba.

Voy a ver a Rosita. Quedó comida caliente en la cocina.

Enfys

Me hundí. En los ojos de todos los que me rodeaban veía la mirada de Dios que me acusaba y con toda la razón. Había sido castigada y me lo merecía.

Me enfermé. Pasé más de veinte días en cama con fiebre. Mis padres preocupados consiguieron que viniera un médico. Cuando entró en la pieza pidió que me dejaran a solas con él para que me revisara. Mientras me auscultaba me preguntó si sabía que estaba embarazada. Le dije que sí.

¿Y tus padres lo saben?

No.

¿Y el padre del chico?

Se murió.

Sabés que esto no se puede esconder. Dentro de poco se te va a notar.

Yo no puedo tener este hijo.

Te voy a dar algo para la fiebre y para que estés tranquila pero tenés que hablar de esto.

Les dije a mis padres que era una de estas fiebres estacionales y que con la medicación se me pasaría.

Rosita venía a verme todos los días. Cuando la fiebre empezó a disminuir me sacó de la cama. Convenció a mamá para que nos dejara ocuparnos de la quinta, que eso me haría bien. Estábamos en otoño y

el trabajo no era tan duro. Yo no decía nada y obedecía. Había vuelto a ser la chica tímida, la de antes de Juan. Rosita me hablaba mientras sacábamos yuyos.

Vos no querés tener ese chico, ¿no? ¿Estás bien segura?

Yo asentía y afirmaba que sin Juan no había chico. Yo no podía tenerlo.

Cada mañana era el mismo ritual y la misma pregunta y la misma respuesta.

Pasó un mes y un día sentí algo que se deslizaba entre mis piernas, ahí en la quinta entre las plantas que se resignaban al otoño y crecían apenas en el ritmo decreciente de la estación. Vi sangre y algo más pero aparté la vista. Rosita se apuró a cavar hondo.

No volvimos a la quinta. Estábamos en mayo y cayó la primera nevada.

12

Enfys se quedó dormida en la silla. Se sacó los zapatos y el Batuque le lamió los pies.

Un grito la saca del ensueño. Se levanta de golpe y va hasta la pieza de Margarita pero no, es Ilse quien viene por el pasillo.

Me desperté. ¿Qué hora es?

No sé, las dos o las tres de la mañana.

¿Y vos? ¿No dormís?

No, me quedé tejiendo. Vení que te preparo un té. El agua todavía está caliente.

¿La chica duerme?

Sí, hace un ratito fui a la pieza. Respira muy tranquila.

Las dos mujeres se sientan a la mesa.

Pegaste un grito, ¿estabas soñando?

Me parece que sí. No puedo dejar de pensar en Helmut, seguro que lo veía con un tiro en la cabeza.

Ya va a volver. Las malas noticias vuelan, si algo malo hubiera pasado ya lo sabríamos. Escuchá cómo ronca Asunción, parece una locomotora.

Tenés razón. Helmut también ronca pero se parece más a... a ver... es como un motor de auto que no alcanza a arrancar. Empieza a hacer ruido y se para en una especie de suspenso. A veces me da miedo porque parece que se queda sin aire. Al

rato arranca de nuevo. Me despierta pero también me tranquiliza.

Va a volver. No te preocupes.

Voy a buscar el acordeón. Podemos cantar alguna cosa ¿no?

Dale. Cerramos las puertas para que no se despierten.

Ilse busca el acordeón mientras Enfys entorna las puertas de los cuartos. Vuelven a la cocina y se acomodan cerca de la estufa.

En el sueño que tuve no estaba Helmut. Ahora, cuando agarré el acordeón me acordé. Estaba mi abuela Greta y había lobos.

¿Lobos?

Sí, lobos. Mi abuela era una campesina alemana venida de Rusia. Nos contaba de allá, en las riberas del Volga cuando la nieve congelaba los campos durante la mitad del año, de las manadas de lobos hambrientos que se comían rebaños enteros. La imagen de los lobos se me aparece en sueños ¡Pobre abuela! También nos contaba de los osos blancos y las bandas de cosacos y tártaros que caían por asalto sobre las aldeas.

Qué mal que lo pasaron los abuelos.

¿Y los tuyos? ¿ya nacieron acá?

Mis abuelos vinieron de Gales. Creo que mi abuelo tenía unos quince años cuando llegó. Venía con unos parientes. Llegaron a la costa. ¿Te imaginás? Venían a cultivar la tierra y se encontraron con el viento y pura pampa seca.

¿Sabés qué hacía mi abuela cuando llegaba un paisano que no conocía? Nos empezaba a gritar: “Ihr

kínder, under des bett, ihr kínder, under des bett”. Quería decir “vamos, chicos, debajo de la cama”. Todavía me parece escucharla. Creía que eran los cosas que nos iban a robar. Te voy a tocar una polkita que me enseñó.

Ilse se deja ir en el ritmo de la polka. Hay alegría y determinación en esa música.

¿Te gusta?

Muy bonito.

La abuela se ponía a tocar el acordeón en verano en el campo, allá en Hinojo y se sabía que era el momento de la pausa. Todos se acercaban y mientras picaban algo acompañaban el ritmo. A veces la extrañó mucho. El último tiempo no sabía si estaba en Alemania, en Rusia o en Argentina. Tanto buscar un lugar para vivir tranquila...

Yo extrañé mucho cuando nos vinimos de la costa. Estábamos muy solos acá. Yo tenía seis años y casi no hablaba el español. No sabés la vergüenza que tenía cuando me mandaron a la escuela. Soñaba que me subía a un caballo y galopaba y galopaba... Veía a mi abuelo en la chacra que me saludaba y me llamaba pero aunque yo apuraba el animal cada vez estaba más lejos. Después me acostumbé pero a veces todavía tengo el mismo sueño.

Te toco otra, bien movida, para que no nos pongamos tristes.

Ilse

Acababa de cumplir catorce años cuando viajé a Alemania. En la colonia nos eligieron a los más despiertos para que conociéramos la patria de los abuelos. Se corría el riesgo de que la tercera generación no pudiese conservar los valores y la identidad que tanto habían atesorado los primeros inmigrantes primero en Rusia y ahora en Argentina. Nunca me había sentido tan feliz. Yo quería ver mundo, aprender música. Nos acompañaban dos pastores y la madre de una de las chicas.

Tomamos el vapor Vigo hasta el puerto de Hamburgo. Desde ahí viajamos a Berlín. Nos hospedamos en una pensión y todos los días teníamos cursos de música, de historia, de literatura. Íbamos a museos. La puerta de Brandenburgo era mi lugar. Se respiraba en el aire el esplendor y la gloria del reino imperial guillermino. Pasamos los primeros meses extasiados ante cada edificio, cada concierto al que íbamos. No podía existir en el mundo otro lugar más refinado y culto.

A los pocos meses, en junio, un nacionalista serbio asesinó al archiduque Fernando heredero del trono austríaco.

En julio Austria declaró la guerra a Serbia. Rusia movilizó las tropas de las fronteras con Austria y Alemania para ayudar a Serbia.

Alemania declaró la guerra a Rusia y a su aliada Francia.

Los alemanes invadieron Bélgica para entrar a Francia.

Seguíamos los acontecimientos con cierto temor pero convencidos de que la poderosa Alemania saldría aún más grande y orgullosa. Se decía que en unos pocos meses todo estaría terminado y aplastados los enemigos del imperio. Los jóvenes se apuntaban en masa para ir a luchar.

Gran Bretaña, que protegía la neutralidad belga declaró la guerra a Alemania y Austria en agosto.

Pasaron los meses y el clima de euforia inicial fue perdiendo estridencia. Ya no se veía tan cerca el fin de la guerra. Todo parecía detenerse en un estado de tensión cada vez más confuso. Con la llegada del invierno se agravaron las condiciones de los soldados en las trincheras.

Los muertos eran tangibles y se contaban por miles.

Franz, mi querido Franz. Mi primer amor fue enviado al frente ruso. Lo había conocido en las clases de música. Hubo miradas. Paseos agarrados de la mano. Besos suaves y promesas de amor eterno. Una carta y una cajita de música.

Al segundo año de estar en Berlín, el horizonte era oscuro e incierto. Nuestros padres nos reclamaron asustados por nuestra suerte. Ya estaba bien. No podían seguir viviendo con la incertidumbre de nuestra situación a más de catorce mil kilómetros de distancia. Las noticias llegaban atrasadas, enredadas y sobre todo cubiertas de sangre y espanto.

Vuelta atrás. Berlín, Hamburgo, Buenos Aires, Hinojo. Otra vez la colonia, la calma atroz, los campos eternos. La desolación de la muerte de la abuela Greta.

Cuando me recuperé del viaje y acepté lo irreversible de la situación fui al cementerio a visitar a la abuela Greta. Me senté en el pasto y le ofrecí un concierto de tres horas. Besé la cruz y le pedí con toda el alma que me ayudara a salir de Hinojo.

Elena

Pasé Navidad con Matilde y su familia. Hubiera preferido estar sola pero ella insistió tanto que, como siempre, la dejé hacer. Logré convencerla de que hiciéramos la fiesta en La Leonesa. Trajo a su hijo, la mujer y los nietos. Cocinamos un chanco en el horno de barro. Digo cocinamos pero en verdad fue Matilde quien lo adobó, encendió el fuego y desde las cinco de la tarde controlamos el proceso instaladas en el patio.

Era un día caluroso. Hablé con mis hijos. Julia estaba en el bar. En esa época del año tenían mucho trabajo. Se había ido a España hacía tres años, después de la crisis. Ella trabajaba bien como sicóloga pero la empresa en la que estaba el marido había cerrado. Dejaron de lado el proyecto de tener un hijo y se embarcaron en este revés migratorio como tantos otros argentinos. Por algún contacto se hicieron cargo de un “chiringuito”. Hacían turnos de más de doce horas.

No dije nada. Agregué otro éxodo más a mi lista de exilios propios y ajenos. Santiago se iba a Uruguay con unos amigos. Desde que se había separado parecía haber vuelto a sus veinte años. No volvería hasta después de las fiestas. Quería que fuera con ellos. Este hijo mío se parece mucho a Vicente, mi hermano.

Las cosas que habían quedado de Vicente estaban en la caja que Matilde me trajo de la pieza que habíamos vaciado. Estaba llena de polvo y había

quedado arrumbada en un baúl. Ese baúl lo había traído Madre de Buenos Aires con el ajuar que le había regalado Tía Angustias.

Me di cuenta de que en esa pieza Madre había ido abandonando las pertenencias que no se atrevía a regalar o tirar. Supongo que una vez depositadas en ese cuarto no las vería más pero al mismo tiempo sabría que no habían desaparecido de su vida. Contrastaba el desorden, el óxido y la tierra de esos objetos con la pulcritud y austeridad de La Leonesa. Madre no estaba aferrada a la cualidad afectiva de las cosas aunque registrara con memoria y detalle la procedencia de todo lo que estaba en la casa. Esta actitud estaba más ligada a un afán de control sobre lo material de la existencia que a un apego nostálgico. Recuerdo las peleas con Padre cuando se empecinaba en guardar algún artefacto que ya no funcionaba alegando su posible uso futuro.

Sentí un sobresalto al pensar que había hecho vaciar y desaparecer en una tarde la memoria tangible de Madre. Como si hubiera esparcido sus reliquias, como si la hubiera vuelto a enterrar.

Me quedaba la caja de Vicente y todavía tenía los otros cuartos de La Leonesa.

Rosita

Fue cuando murió mi segundo hijo que llegó el Alcides con el Juan. Lo trajo todavía con la sangre del parto. Yo quería saber qué había pasado y de quién era ese chico.

Mi comadre se había vuelto a Chile con los hijos. Era en esa época en que empezaron a correrlos a los chilenos. Los gendarmes se habían venido a instalar con la orden de desalojar a todos los chilenos que ocuparan tierras para dárselas a los argentinos. Como el Ramón había nacido acá nosotros no tuvimos problemas pero la comadre estaba cansada de pelear. Tenía mucho carácter y los enfrentaba pero llegó un momento en que no pudo más.

Tenía que cuidar los alambrados de noche para que no vinieran a instalarse en su tierra. Metía a los chicos en los hoyos de los postes para que no se los tapasen. Así, un tiempo largo. Yo la aconsejaba que no peleara con los milicos, que ellos tenían la fuerza. Me daba miedo que pudiera aparecer muerta cualquier día por ahí. Mi hermano, el Alcides se había ido para una estancia en el sur. Le mandaba una platita y de vez en cuando aparecía pero ella estaba muy sola para esa lucha y los milicos se aprovechaban.

Un día se le prendió fuego la casa. Ella había ido a ayudar a una Doña que le daba algunas changas de costura. Mi comadre cosía y tejía al telar muy bien y muy prolijito. Era muy conocida en la zona y le daban

trabajos importantes. Esa vez se casaba la hija de esta Doña, en una estancia cerca del río. Se había ido a la mañana bien temprano para poder volver en el día. Los chicos por suerte estaban en la escuela. Los vecinos intentaron apagar el fuego pero la casa era toda de madera. Cuando volvió no quedaba casi nada.

Capaz que es cierto y fue un accidente, con esas construcciones pasaba pero en el fondo pensamos que habían sido los milicos con algunos pobladores que ellos apañaban. Mi comadre hizo la denuncia pero todo quedó en la nada. Esos días, después del fuego se vino a vivir con nosotros y yo la veía que se me ponía flaca y enferma. Te vas a morir, le dije, y tus chicos van a quedar solos y para qué, por un pedazo de tierra, por orgullo nomás. Vos sos buena con la costura y el telar, andate para otro lado, sabés que vas a tener trabajo. No porfiés porque con estas gentes no se jode. Qué te creés, que vos vas a poder con ellos.

Por suerte pude comunicarme con el Alcides. La vino a buscar y la convenció para que se fuera a Temuco. Allá teníamos familia. Se instaló bien. De tanto en tanto me manda alguna cosita.

El Alcides seguía allá en el sur pero venía por la zona. Yo sabía que tenía una mujer al otro lado del río. Doña Asunción me había contado que había estado comprando vicios en el almacén y que andaba con ella. Una chiquita muy joven, me dijo. Yo anduve averiguando y me enteré que era la hija de un puestero. No dije nada. Me gustaba que el Alcides se pasara por mi casa y sabía que si le decía algo se me iba a enojar y de seguro no lo veía más.

Me lo dejó al Juan y se fue.

Después yo fui a ver a los padres de la chica. Quería saber qué había pasado y no quería tener

problemas con esa gente. Me recibió la madre. Tenía otros ocho hijos. El puesto era muy pobre, casi una tapera y por ahí andaban las criaturas con los mocos colgando y casi desnudos. Me contó que la Alicia, así se llamaba la chica, había tenido la guagua sola. El río estaba muy bravo y no pudieron cruzar por el paso. El Alcides se fue para arriba más de cinco leguas para poder vadearlo. Cuando llegó, la Alicia estaba tirada en el catre, se había ido en sangre y el chiquito lloraba. Nos trajo a la Alicia para que la enterremos. Yo le pregunté qué iba a hacer con la criatura, usted ve que acá no podemos alimentar otro chico. Se subió al caballo y, con el bebé en brazos, desapareció.

Volví varias veces al puesto a llevarles algo de ropa, un poco de harina. Iba siempre con el Juan.

13

Mirá, Ilse, ya empieza a amanecer. No hay ni una nube.

Las dos mujeres se paran a observar el cielo.

Los ronquidos de Asunción llegan nítidos a la cocina. Las dos mujeres se miran y ríen.

La locomotora sigue a todo vapor. Parece que va a explotar.

¡Ay Ilse! Que duerma así seguimos acá tranquilas.

Asunción ronca y sueña. Está en Constitución a punto de tomar el tren que la llevará allá, al sur. Eusebio le cuenta lo hermoso que es el paisaje. Y el negocio no está mal. Suben al tren. Cargan valijas y cajas. Los tíos se van achicando en el andén. Asunción levanta la mano. Lloro y siente alivio.

El tren atraviesa barrios de casas bajas, avenidas, calles de adoquines. Después las calles son de tierra y las casas van menguando hasta desaparecer. Ahora es el campo verde sin límites. Tan ancho que parece un mar y ondula como el agua del océano.

Está en el barco en cubierta aferrada a Eusebio. Hay mucha gente que mira el cielo pero ella mantiene la vista en el brazo de su marido. A lo lejos cree adivinar una bandada de gaviotas que gritan y se acercan. Se tiran en picada sobre los pasajeros y les pican las manos, las caras, los ojos. Nadie se mueve. El graznido veloz de los pájaros se mezcla al traqueteo del

tren. Respira y mira por la ventanilla. No hay más verde. Sólo gris, gris, gris...Pasa un animal. Nunca había visto una cosa así. Se da vuelta para preguntarle a Eusebio y se encuentra con la cara de tío Agustín. Eusebio se quedó en el barco que zarpa del puerto. Le tira besos desde la proa. Grita, que no se vaya, que no la deje sola otra vez. El tren va por el fondo del mar. Ahora todo es azul. Los peces se acercan a las ventanillas y los pasajeros les dan almendras. Una señora de la primera clase se le acerca y le da un cucurucho de papel de estraza. En las pupilas de la dama ve a Eusebio. Mira a un ojo y al otro. Vicente la llama. ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre! Lo busca en los camarotes de segunda, en los de tercera. Le pregunta al maquinista del tren. ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi niño? Articula las palabras pero ningún sonido sale de la garganta. Golpea el timón, el pecho del capitán. El tren se detiene en una estación. Baja. Está otra vez en el pueblo. El hermano la toma de la mano. Recorren los campos, llegan hasta el mar.

Asunción se da vuelta en la cama. Respira tranquila.

Ilse y Enfys están en el patio. En silencio disfrutan del fresco del amanecer. El rocío les moja los pies. Ilse vislumbra su casa. Poco a poco las formas de la tranquera se vuelven nítidas. Los álamos pierden el aspecto difuso de la noche.

Elena

Cuanto más leo, más escucho entrevistas y más veo fotos, el trabajo se me hace más complicado. Se me abren, como las muñecas rusas, mundos dentro de mundos. Instalada en La Leonesa he perdido la perspectiva del centro y la periferia. Pienso en Madre, la venida de Buenos Aires a la Patagonia debe haber sido una segunda migración casi tan dura como la primera. A principios del siglo veinte esta región todavía era un territorio desconocido e inhóspito. No hacía tantos años que se había terminado la Campaña del Desierto y que la Patagonia había comenzado a poblarse lentamente de blancos. Los primeros colonos llegaron principalmente de Chile, luego empezaron a llegar familias del puerto de Buenos Aires: italianos, franceses, alemanes.

Madre contaba ese viaje en tren y luego en auto. La inmensidad de la tierra seca le hacía acordar a su viaje en barco. Un mar de polvo, me decía, pero no tenía miedo, venía con tu padre. Cuando llegamos al almacén nos recibió el hermano de tía Angustias. Parecía un pordiosero. No sabes la roña que había por todas partes. Yo me había prometido no llorar nunca más así que entré al negocio, le pedí al tío unos cubos y unos trapos. Tu padre trataba de calmarme, de que esperara hasta el otro día. Me puse firme. Por lo menos limpiaría el cuarto que nos tocaba y la cocina, que yo no comería nada salido de esa pocilga. El tío ya tenía todo preparado para irse en el mismo coche

que nos traía. Escupía todo el tiempo y no nos dijo más que algunas palabras sobre la escritura, que dónde estaba, que le dolían todos los huesos y se quería ir de ese lugar de mierda para volver a su tierra, que ya tenía el pasaje para el barco que salía la próxima semana. Mientras seguía escupiendo rabia y salivas rancias subió sus pertenencias al coche, le hizo una seña al chofer con muy mala hostia. El muchacho que nos había traído desde Bariloche se despidió de nosotros, yo pensaba que tenía que quedarse a dormir, descansar después de ese viaje por esos caminos tan duros. Se lo dije, quédate a dormir y mañana sales temprano. El tío lanzó otro escupitajo y se subió al coche, nos vamos, dijo. El chofer se encogió de hombros. Conocía al tío y sabía que no tenía opción. El coche arrancó y partieron. Tu padre y yo quedamos ahí parados en la puerta de La Leonesa hasta que vimos desaparecer la nube de polvo que dejaba el coche.

Trato de no ponerme ansiosa. Necesito dejar que las historias se elijan ellas mismas. Tengo tiempo. Qué extraño es decir esta frase: tengo tiempo. La Leonesa empieza a marcarme su ritmo.

Me voy a tomar unos días para ocuparme de la casa. Conseguí un pintor para darle una lavada de cara y un techista que va a reemplazar las tejas rotas. Todavía no decidí qué hacer. Ernesto me llama todas las semanas, me cuenta de las conversaciones que tiene con nuestros hijos e insiste en aconsejarme sobre las mejores soluciones para la casa y para mi vida. Lo escucho y agradezco en silencio ese espíritu protector que me hizo poner dos mil kilómetros de distancia treinta años atrás.

La decisión de dejar a Ernesto se gestó a partir de mínimas discrepancias. Yo no tenía argumentos de peso para irme. O eso creía. En esa época los

argumentos de peso hubieran sido los de Madre: infidelidades, malos tratos, problemas con la bebida, vanidad. Ernesto no tenía ninguno de estos atributos. Era gerente de una barraca dedicada a comercializar la lana y otros productos del campo. Trabajador, práctico, alegre, cariñoso.

La quinta va a toda marcha. Ya comimos lechugas y algún rabanito. Plantamos berenjenas y morrones.

Revisé la caja con las cosas de Vicente. Estaba la escopeta con la que cazaba liebres, heredada de Padre. Varias novelitas de cowboys. Los documentos, fotos y no mucho más. No pude tirar nada.

Hablo con Santiago todos los días. Le cuento de los rabanitos, de Matilde, de los trabajos de la casa. Se ríe mucho y dice que no me reconoce.

¡Mamá, ¿vos plantando rabanitos?! Me cambiaron la madre. Volvé antes de que sea demasiado tarde. Es un viaje de ida. Ni bien arregle unas cosas voy a verte.

Pienso en Madre. Cuando murió Vicente tenía mi edad.

Rosita

Criamos al Juan como si hubiera sido nuestro hijo. El Ramón dejó de salir con la comparsa para quedarse más cerca de la casa.

Creció rápido el muchachito. Ni bien tuvo entendimiento yo le conté quiénes eran los verdaderos padres y de vez en cuando todavía íbamos al puesto de los abuelos. Después les perdimos el rastro porque se mudaron para el otro lado del lago.

Se me hacía el remolón para ir a la escuela pero me puse firme con él y con el Ramón que lo consentía siempre. Lo acompañaba hasta la tranquera y no me iba hasta que veía que formaban para saludar a la bandera.

Desde los ocho años que conocía a la Enfys. Me acuerdo cuando me contó que había llegado otra chica a la escuela.

Es una galensita que canta lindo, me decía, pero no habla nada. Los chicos se le ríen.

Vos tenés que tratar bien a las chicas. Que no me enteré yo que andás por ahí jorobando a tus compañeras. Un hombre respeta a las mujeres. Me entendió, ¿no?

Sí, mami. Es linda la galensita.

Vamos para la casa que tiene que ayudar a su padre.

Me gustaba ver a los dos cuando domaban un potro. Sin nada de violencia. El Juan se le acercaba y le hablaba. Yo veía los ojos del caballo y sabía que lo estaba escuchando.

Me enojé cuando dejó la escuela. Estuve más de un mes sin hablarle y al Ramón tampoco. Al final lo vi tan bueno y tan trabajador que me resigné.

La Enfys se fue unos años. La llevaron a la costa para que siga estudiando. Cuando se volvieron a encontrar no se separaron más. Enseguida la trajo a la casa. Yo sabía que no lo iban a aceptar al Juan. No eran mala gente, incluso yo ayudaba a la mamá de la Enfys y nos pasábamos buenos ratos charlando. Pero seguro que no querían un peón para la hija y encima de otro color. La vida es así y no vale la pena empecinarse en que sea como uno quiere. Yo pensaba que mi Juan iba a sufrir cuando se sintiera despreciado. Los convencí para que no dijeran nada y esperaran un poco. A esa edad el corazón anda de acá para allá. Capaz que se le pasaba el enamoramiento. Pero no. Tuve que aceptar que el muchacho la quería de verdad y para toda la vida a la Enfys. Así me lo dijo, para toda la vida.

Cuando supe que venía un chico se me ocurrió que podían irse un tiempo a Chile. Mi comadre los iba a recibir. Mientras tanto las cosas se podían acomodar. Y después ya se vería.

Hacia una semana que el Juan se había ido a la veranada. Iba a traer unos arreos de la estancia. Era buena plata.

Un paisano vino a avisarle al Ramón que traían al Juan, muerto. Le habían pegado un tiro y se habían llevado el ganado.

Elena

Con su fiel compañero indio Toro, el audaz e ingenioso jinete enmascarado de la llanura inició su lucha por la ley y el orden en el temprano oeste de los Estados Unidos. En ninguna de las páginas de la Historia se puede encontrar a un mayor campeón de la justicia. Vuelven a nosotros ahora esos emocionantes días de ayer ¡Desde el pasado viene como un trueno al galope del gran caballo Silver! ¡El llanero Solitario cabalga de nuevo!

Me divertí mucho leyendo las novelitas de vaqueros de Vicente. Me acordé de Padre cuando le recriminaba que se pasara el día metido en esas historias, tenía que leer libros interesantes como sus hermanas, esas éramos Lucía y yo, contagiadas desde muy temprano por Padre y su prédica en favor de la lectura. Todos los meses recibíamos un paquete de libros: la colección Robin Hood con sus tapas amarillas, Selecciones, que sobre todo leía Madre y para Padre historias de viajes. Me viene a la memoria la primera edición de Kon Tiki, esa expedición que realizó un navegante noruego para demostrar que la Polinesia podría haber sido poblada por habitantes de Sudamérica. El libro era de tapas azules y contenía fotos de los navegantes en la balsa, barbudos y vestidos con unos taparrabos. Vicente se escondía en el galpón del fondo con sus novelitas. Cuando lo descubríamos íbamos a contarle a Padre para ponerlo en evidencia pero no conseguíamos ningún castigo ejemplar como hubiéramos querido. Padre era incapaz de pasar el límite de

esas recriminaciones que más se parecían a una velada decepción que a cualquier tipo de castigo.

En la caja también había unas fotos. Las saco y las coloco una al lado de la otra sobre la mesa. En todas está sonriendo. Están amarillas y carcomidas en los bordes. Hay una en que está con otro muchacho en la orilla del lago, sostiene con orgullo dos ejemplares de truchas mientras levantan la bota de vino. Hay una con Padre: la misma frente ancha, los ojos entornados, el gesto blando.

Me hubiera gustado compartir más tiempo con Vicente. Había conservado algo de la esencia de la infancia. Una mezcla de inconsciencia y seducción que resultaba encantadora. Tenía la alegría de Madre y la liviandad de Padre. Lucía y yo fuimos “las de las cosas claras”, las que nos propusimos metas y aplicamos nuestra voluntad a cumplirlas sin devaneos, ni pérdidas de tiempo, seguras de que la vida se construye con esfuerzo y trabajo. Muchas veces arrasamos con todo, volvimos a empezar, trabajos, familias, con una seriedad que ahora, vista a la distancia, en presencia de estas fotos y de las novelitas de vaqueros, me resulta patética. Algo nos perdimos del dejar hacer del mundo sobre nosotras.

Mi hijo Santiago tiene rasgos de Vicente. Se deja moldear por el azar. Esta particularidad de su carácter que me generó tantos dolores de cabeza, tantas charlas trasnochadas sobre la ineludible necesidad de estudiar, de esforzarse, de conseguir un trabajo, de ser responsable. Dictados esculpido a fuego en la memoria transmitida por cada uno de los exiliados de su propio centro, como una planta arrancada de sus raíces y que solo puede crecer sostenida por apoyos exteriores, guías que le permitan desarrollarse, débil pero de apariencia lozana.

Sigo tomando apuntes. Me parece que empieza a asomar un atisbo de idea. Trabajar sobre historias concretas de mujeres. Superponer los itinerarios migratorios, de Europa a Buenos Aires, de Buenos Aires al interior, Patagonia, de Chile a Argentina, y de vuelta del interior a Buenos Aires, de Buenos Aires a Europa, lo pienso como una partitura, hay pausas, desplazamientos de sonidos, los barcos, los trenes, los aviones, los pies. Un acorde, Colette, la francesa, un silencio, la estancia, la geografía, otras notas, la huelga de los inquilinos en Buenos Aires, la mujer que parió nueve hijos sola, pausa, los suburbios de las grandes ciudades... Una estructura cíclica o con la cadencia de la marea, sube y baja pero nunca se detiene. Situar-se en el siglo XX es sólo una acotación operativa. El flujo merma en algún momento de la historia y luego retoma, constante. Los mismos factores empujan a una gran parte de la humanidad a moverse: violencia, hambre, frustración, amor, familia, trabajo...

14

Rosita se despierta. La claridad penetra la pieza. Tarda unos segundos en recomponer su aquí y ahora es ese cuarto de La Leonesa: Margarita en la cama de al lado, el Batuque a los pies.

Se levanta, se acerca a la chica.

Estoy bien, Rosita.

¿Cuánto hace que estás despierta?

Hace un rato. Me cuesta acomodarme con esta panza. Mirá, mirá cómo se mueve.

¿Te duele?

No, ahora no. Tuve alguna contracción pero como no se repitieron me quedé quieta y se me pasó.

¿Tenés hambre?

La verdad que sí.

Te traigo algo.

No, me voy a levantar. Voy a la cocina. Estoy cansada de estar en la cama.

Rosita la ayuda y recorren el pasillo. Se escuchan los ronquidos de Asunción.

La doña duerme como chanco.

No me hagás reír que me hago pis.

Andá al baño, yo voy a ver qué hacen las otras.

Rosita entra en la cocina. Ilse lee un libro y Enfys prepara unas tostadas sobre la plancha.

Buen día.

Hola, Rosita. ¿Dormiste bien?

¿Cómo está la chica?

Bien doña Ilse. Fue al baño y ahora viene.

¿Y Asunción?

Parece que la doña estaba cansada. Escuchen.

Rosita abre la puerta. El sonido sube hasta el límite del ahogo. Una pausa en suspenso, un segundo de silencio para después arremeter en un grave que desciende hasta hacerse un gorgoteo irregular y otra vez para arriba...

Las tres mujeres se tapan la boca. Rosita cierra la puerta y desatan la carcajada.

Margarita en el baño se mira en el espejo. Tiene un cuerpo menudo. Los rasgos de la cara son suaves. Se ve desaliñada, sucia. Vuelve a la pieza en puntas de pie para no despertar a Asunción. Saca del bolso una muda de ropa y vuelve. Se desviste y se toca las venas azules del vientre. Se lava y se peina. Que su hijo la encuentre bonita y limpia. Como se la encontró Vicente en el mismo pasillo y ella saliendo del baño.

La casa de la escuela estaba en malas condiciones y por fin había aparecido una cuadrilla de obreros enviados por el Ministerio para hacer las refacciones. Le pidió una pieza a Asunción mientras los albañiles hacían el trabajo y se instaló en La Leonesa. Margarita había conocido a Vicente cuando venía a hacer las compras, charlaban un rato sobre la escuela, el tiempo, el trabajo. Eso era todo.

La otra maestra con la que compartía la casa se apuraba a arreglarse cuando veía que la chata de Vicente levantaba polvo en el camino que llevaba a la escuela. Se deshacía en simpatías. Vicente le seguía la corriente. Se dejaba seducir, la invitaba a dar una vuelta. Margarita los observaba desde el aula y no entendía esos juegos de miradas, de caricias solapadas, de empujoncitos amables. Salía al patio y la llamaba para que viniera a hacerse cargo de los chicos. Después la retaba, le decía que la gente iba a pensar cualquier cosa, que ella tenía que comportarse.

Ay, Margarita, no seas tan seria. No pasa nada. Es divertido y además es un lindo muchacho, ¿no? Como para vos. Yo tengo mi novio allá en Catamarca y el año que viene nos casamos. Pero ¿vos? Te vas a quedar para vestir santos. De todos los que se ven por acá, éste es el mejor partido. Tiene negocio propio. Te tenés que aguantar a la madre pero bueno, doña Asunción es buena gente. Dale, seguro que si le hacés unos ojitos lo tenés comiendo de tu mano y ahí lo cazás. Te vas a quedar soltera y amargada. Ahora sos una linda chica pero cuando te des cuenta se te pasó el cuarto de hora y ¡sin marido! Mirá que debe de haber otras que le han echado el ojo porque los hombres como Vicente no abundan por estas tierras. Son todos unos roñosos ignorantes y en un santiamén se te casa con otra y vos mirando detrás de los vidrios, sola y vieja. Tenés que reaccionar, Margarita. Te lo digo por tu bien. ¿Vos no te diste cuenta? Cuando trae el pedido estira los ojos para ver dónde andás vos. A mí me charla y me festeja las gracias pero te está buscando para verte. Date cuenta.

Ella le explicaba que estaba en la escuela para cumplir una misión. Que estaba más que agradecida de la vida que tenía y que no necesitaba ningún marido, ni ningún hombre cerca.

Pero se daba cuenta de que le agarraba una rabia exagerada cuando lo veía con su compañera. Y esa rabia no tenía que ver con el trabajo, o con que los chicos se quedaran un rato, solos.

Margarita

Hacía unos días que estaba alojada en La Leonesa cuando me encontré a Vicente así de golpe, muy cerca, cuando yo salía del baño.

Asunción me había dicho que estaba haciendo compras y que por unos días iba a estar afuera. Fue un alivio pensar que no me lo iba a estar encontrando todo el tiempo por ahí pero también sentí algo así como una decepción. No entendía lo que me pasaba. No estaba acostumbrada a esas confusiones dentro de mí. Había salido con algunos muchachos en La Rioja. Incluso hubo uno que me parecía agradable. Fuimos a bailes, me dio unos besos y me dijo que le gustaba mucho. Me halagaba porque era un muchacho de buena familia y quería presentarme a sus padres. Yo no quise. En ese momento estaba terminando el Instituto y me parecía que me ahogaba un poco pensar en un novio. Los mandatos que imponía el noviazgo le restarían tiempo a mis intereses inmediatos. Veía a muchas de mis compañeras abandonar los estudios y dedicarse de una manera exagerada a conquistar ese futuro marido.

Lo que me pasaba con Vicente era nuevo. Cuando me lo encontré cara a cara a la salida del baño me asusté. Nos quedamos los dos sin decir nada. Yo buscaba palabras para romper ese silencio que me rebotaba en el cuerpo pero era como si hubiese perdido la capacidad de hablar. Sentía el corazón que me latía en la cabeza y las manos que me temblaban.

Me dijo Madre que vas a estar un tiempo viviendo acá, hasta que terminen los arreglos ¿no?

Le contesté que sí. No era yo la que hablaba. Era una voz ajena. Me sentí tonta, parada en el pasillo, los pelos mojados, una toalla en una mano y la ropa sucia en la otra. Me miré los pies descalzos y por primera vez me vi con los ojos de un hombre. Hubiera querido estar arreglada, peinada, con mi mejor vestido, seductora, y esa apariencia a medias, que era la mía, me torturaba, me dejaba sin fuerzas. Yo, que había imaginado tantas veces mi encuentro con Vicente, inevitable en esa casa que era la suya, había bajado la guardia, había caído en la trampa de la rutina doméstica. No había vuelta atrás, esa imagen que yo me hacía de mí misma desde la perspectiva de Vicente quedaría grabada en su cabeza.

No me acuerdo qué más dije pero sí que me escurrí hasta mi habitación como un perro apaleado que busca refugio. Me senté en la cama y esperé que mi cuerpo se calmara. Quería pensar con tranquilidad, volver a mi vida de antes en la que yo tenía el control sobre mí misma. Se me vino a la cabeza la historia de Raselda, el personaje de la primera novela que había leído allá en mi pueblo. Me di cuenta de que estaba enamorada de Vicente y me asusté.

Elena

Hoy recibí la visita de un posible comprador de la casa. Lo había mandado Ernesto aunque yo no le había confirmado mi decisión definitiva. Por educación lo hice pasar, le mostré el almacén, lo invité a tomar algo fresco en el patio. Hacía mucho calor.

Me habló con entusiasmo de las posibilidades que le veía a la propiedad. La zona se estaba consolidando como un destino turístico de alta gama. El lugar en que estaba situada La Leonesa era un punto estratégico: a pocos kilómetros de lagos y ríos con abundante pesca y reducida afluencia masiva de turismo. Se podría establecer un lodge para pescadores extranjeros y el edificio en su conjunto le pareció de un encanto vintage muy acorde con los objetivos de su proyecto en la región. Me hizo una oferta.

Le dije que lo pensaría y que si me decidía me pondría en contacto. Siguió hablando un buen rato más. Quería que se fuera. No me interesaba para nada el mundo de los negocios turísticos, ni el de la pesca, ni el de los acaudalados clientes que tenía en Estados Unidos. Volví a odiar a Ernesto como en los mejores tiempos de nuestra vida en común.

Cuando vi que subía a su camioneta y tomaba la ruta corrí hasta la casa, furiosa, marqué el número de Ernesto. Antes de que saltara el contestador automático colgué. ¿Qué hacía? Después de más de veinte años de separación reaccionaba de la misma forma ante la

invasión de Ernesto. Nuestra relación seguía intacta. ¿Qué había en mí que me generaba esa furia la actitud de Ernesto? Volví a mi matrimonio y detrás de Ernesto vislumbré la figura de Madre.

¿Pero por qué te pones así con tu marido? Es un hombre emprendedor que quiere progresar y darte lo mejor a ti y a tus hijos. Tú también tienes un carácter.

Ernesto era el marido que Madre hubiera querido tener. La separación de los deseos de madre de los míos fue un largo y duro camino. Al principio no me daba cuenta. Sólo sentía una necesidad de estar fuera del alcance de Madre. No podía ser yo en su presencia. La sombra de todas las imágenes que había depositado en mí se desplegó a golpe de miedos, de situaciones en las que me encontraba a disgusto. Me asustaba esa incapacidad de disfrute de las cosas que en apariencia deberían darme calma y felicidad. Yo quería complacer a Madre, lograr su aprobación, redimirla de los sacrificios pero había otra Elena que asomaba la cabeza, odiaba a Madre y hubiera querido que desapareciera para poder desplegarse.

Fue esa Elena la que decidió irse a Buenos Aires con dos hijos chicos y un futuro incierto. No lo planteé como una separación definitiva. Quería estudiar. Después de terminar la secundaria en Esquel me había puesto a trabajar en lo primero que encontré. Hice de todo un poco, lo que tenía muy claro era que no volvería a Lago Blanco. Las posibilidades de Esquel no eran muchas pero estuve de secretaria en una escribanía, de administrativa en un colegio y así había juntado unos ahorros.

Ernesto no pareció sorprendido, supongo que en el fondo, aunque no lo demostrara, sentía alivio. Yo no era muy buena compañía en esos tiempos. Se preocupó por conseguir un departamento y convenció

a Santiago y a Julia para que me acompañaran sin demasiadas recriminaciones por el desarraigo al que los sometía. Se portó muy bien. Nos hablábamos y él viajaba cuando podía.

Tarde más de seis meses en decirle a Madre que mi decisión de vivir en Buenos Aires y estar lejos de Ernesto no era sólo circunstancial. No volvería a Esquel ni seguiría con Ernesto. Le escribí una carta larga llena de justificaciones y me quedé temblando. Esperaba su respuesta con una angustia imposible de disimular. Justo al mes llegó su respuesta. Sólo media carilla: Querida Elena: supongo que habrás pensado muy bien tu decisión y aunque no la compartas tendrás tus razones tal como me lo expones en tu carta por lo que sólo me queda desearte suerte en tus proyectos... Después pasaba a contarme de La Leonesa, los clientes, el trabajo y Vicente. Se despedía con mucho afecto para mí y para los niños.

Pienso en mis hijos. Cuántas cosas de mí, agazapadas en ellos mismos provocaron y provocan sus angustias y pesadillas. Nadie llega a este mundo sin marca.

15

Margarita entra en la cocina. Las tres mujeres se apuran para ayudarla.

Estoy bien, estoy bien, quédense tranquilas.

Vení sentate, acá tenés pan con manteca. ¿Querés un té?

Prefiero un café con leche pero yo puedo hacerlo.

No, no, después te movés pero ahora tenés que comer algo. Anoche ni te terminaste el caldo que te llevamos.

Yo preparo el café, Enfys. Voy a buscar la leche al almacén.

Después de que desayunes voy a hacerte un tacto para ver cómo está colocado el bebé ¿no tuviste más contracciones?

No, ¿pensás que algo anda mal?

No. Ayer estabas muy nerviosa y es normal que se te produjeran algunas contracciones...

Se oyen puertas. La voz de Asunción que saca al Batuque de la pieza. Vuelve Rosita con la leche.

La doña ya se despertó.

Pero cómo no me despertaron. ¿Cuánto tiempo hace que están levantadas? ¿Cómo estás, mi niña? ¿Qué hora es? Nunca me había pasado esto de quedarme dormida.

No pasa nada, Asunción. Dormías muy tranquila y preferimos dejarte. Ya ves, nos adueñamos de tu cocina. Sentate y tomá algo.

Después, después. No puedo creer que no las haya escuchado. Me visto y vuelvo ¡Rosita! Prepara el desayuno para todas. Hay leche fresca en el almacén.

Vaya a arreglarse que acá está todo en marcha.

Ya vuelvo.

Las mujeres se sientan a la mesa.

Le va costar a la doña reponerse de este trance.

La puerta está abierta. La mañana es clara y llega a la cocina el silencio del campo. Se aspira el olor denso del pasto que se confunde con el pan tostado, el café y la leche caliente. La noche pasó y este nuevo día deshace las sombras que acecharon vacilantes en cada rincón de La Leonesa. El sol limpia y se respira más hondo.

Asunción reina otra vez, enciende la radio, da órdenes a Rosita, sale al patio a darle la comida al Batuque, toma un sorbo de su café con leche, abre la puerta del almacén, traga un pedazo de tostada.

Terminan el desayuno. Ilse lleva a Margarita al dormitorio y le hace un reconocimiento. Todo va bien. El bebé está colocado para salir. Ahora queda ese pujo final, ese abrirse al mundo, ese hacerse dos. Misterio bello y doloroso empecinado en replicarse, repetido y único en cualquier paisaje que contenga la vida.

Margarita quiere salir y caminar. La acompaña Enfys. Ilse quiere volver un rato a su casa, necesita tener noticias de Helmut. Le parece que ve movimientos en su casa. Debe ser su marido que volvió. Si el parto se apura Rosita se pega una carrera y le avisa.

Ilse atraviesa el patio, sale a la ruta y apura el paso.

Margarita y Enfys caminan agarradas del brazo. Llegan a la surgiente. El Batuque las acompaña, mueve la cola, ladra a las gallinas que lo miran con los ojos ausentes mientras picotean la tierra buscando sustento. El sol está alto. Margarita respira ese aire fresco que la alejó para siempre de La Rioja. Vicente sabe que el hijo llega en estas fechas. Esa idea la ronda. No puede entender que justo ahora esté por ahí haciendo ver que está muy ocupado con las compras de La Leonesa. Sabe que Vicente es impredecible. Lo sabe desde el momento en que se dio cuenta de que estaba enamorada, perdida. Fue en ese pasillo cuando ella salía del baño y se lo encontró de frente.

Margarita

Me quedé en la pieza mucho tiempo, en realidad perdí la noción del tiempo. Sentada en el borde de la cama, agarrada a mi ropa sucia vi por la ventana la evolución del sol, iba bajando hasta que se escondió detrás de la cordillera. La voz de Asunción me sacó del letargo. Solté la ropa y sentí mis manos entumecidas por el esfuerzo.

¡Margarita, vamos a cenar! ¿Estás bien?

Sí, ya voy. Termino con unos deberes de los chicos y voy.

Pensé que me iba a encontrar con Vicente en la mesa. De dónde me venía esta especie de espanto, de inseguridad en mí misma que no me dejaba pensar con claridad como siempre lo había hecho. No podía permitirme este estado. Me vestí y me presenté en la cocina como lo había hecho todos estos días. Me disculpé por el retraso, quería seleccionar unos cuentos para mis alumnos y además tenía unas composiciones para corregir y eso no era todo se nos venía el acto de fin de curso y estaba pensando en las actividades, sobre todo juegos para los chicos, no todo es estudiar, yo quiero que mis alumnos sientan que la escuela es un lugar grato... No podía parar de hablar. Mientras desplegaba este discurso sin hilván, ese puro apretarse frase tras otra, veía la cara de Vicente y la mirada directa... seguía hablando... los juegos que había pensado, las invitaciones para las autoridades... y ahora

que la otra maestra se había ido porque parece que se casaba en Catamarca...

Asunción me salvó de continuar con esa catarata de palabras que brotaban sin mi consentimiento.

Bueno, bueno, ahora a comer. ¡Vicente, qué haces ahí sentado! Ve a buscar el pan y trae vino. La damajuana está detrás del mostrador. ¡Margarita, ayúdame con este arroz! Que no se pegue, yo voy a cerrar la tranquera y a avisarle a Don Artemio que la cena está lista. No sé que hace este hombre en el patio con lo frío que se ha puesto el día.

Me aferré a la cuchara de madera y así logré calmarme. Cuando Asunción volvió con don Artemio y Vicente apareció con la botella de vino y el pan, pude sentarme a la mesa sin temblores. Cenamos el arroz con pollo y las natillas de leche escuchando la conversación de Asunción, su monólogo con algunas intervenciones de don Artemio.

Después del postre me disculpé y me apuré en volver a la pieza. Estaba agotada. Me tendí en la cama. Me desperté sobresaltada. Me costó reconocer la pieza de La Leonesa. El cubrecama de flores amarillas. El armario de espejo ovalado. La mesita donde se acumulaban libros, registros de clase, cuadernos. Me levanté y abrí la ventana. El frío de mayo despejó mi cabeza. En el sueño estaban la mamá, Vicente, el cura del pueblo. Yo era Raselda. Solís tenía la cara de Vicente, me besaba sin apuro, la boca, el cuello, me desabotonaba la blusa, botón tras botón, llegaba a la cintura. Los besos bajaban por los hombros, la blusa caía. Yo levantaba la mirada y veía a la mamá en la quinta. Las gallinas habían terminado con las arvejas, los tomates, las acelgas. La mamá las llamaba por su nombre... ¡Negra! ¡Toña! ¡Malona! Salgan de ahí. Qué hacen, vengan para acá. Los ojos ausentes de las

gallinas miraban a la mamá mientras seguían picoteando lechugas. Los tomates se abrían, la mamá corría de un surco al otro de la quinta. ¡Negra! ¡Malona! El cura del pueblo agarraba a las gallinas de las alas. Vicente, Solís, apuraba los besos. El calor de La Rioja. Vicente, Solís, se sacaba la camisa. Yo olía la piel, veía la carne abierta, me abandonaba. Las plumas de las gallinas rozaban mis pies. Eran ásperas, buscaban la sangre, se abalanzaban sobre Vicente, Solís. Abrí la ventana de par en par, busqué el aire de la montaña. El sueño se diluía, respiré hondo. Era yo misma en ese cuarto de la Patagonia. Me desvestí y me puse el camisón. Me dormí con la ventana abierta.

Los días siguientes fueron un juego de escondidas hasta que me fui entregando a mis sensaciones. Las acepté. Vicente me llevaba a la escuela a la mañana. Asunción no decía nada pero yo la veía detrás de la ventana de la cocina cada vez que Vicente se ofrecía a llevarme. Nos quedábamos un rato conversando. Un fin de semana fui con él a Esquel. Mi amiga Celia había tenido su primer bebé y yo iba a ser la madrina. Vicente se quedó con su hermana Elena pero apareció en la fiesta de bautizo. Conocía al marido de Celia así que se las había rebuscado para ir al banco y felicitarlo por el nacimiento. Le contó también que me había traído. A mí me gustaba sentirlo cerca. El marido de Celia era el contador del Banco Nación. Vivían en una de las casas para los empleados de más rango. Mi amiga parecía feliz y me estuvo haciendo bromas toda la noche sobre mi “muchacho”. Que era buen mozo, que era buen cliente del banco, decía el marido. Esa gente es trabajadora y tiene capital. Dale, largale el lazo. ¡Shhhh! Que te va a escuchar. Mirá los ojitos de carnero degollado que tiene. Callate, no me hagás reír. Qué va a pensar. Yo sé lo que piensa ése, te tiene unas ganas. ¡Callate, Celia, qué va a pensar tu

marido, te está escuchando! Cierto, mi amor, que es perfecto para Margarita. A ella le gusta el campo, él vive en el campo. Callate que te mato, ahí viene. Los dejo solitos. ¿Todo bien, Vicente? ¿Probaste el cordero? Es de tus pagos. Cuidá a mi amiga porque sino te las vas a tener que ver conmigo. Es mi hermana. ¿Cierto, Margarita? Me dio dos besos y se alejó. Vicente sonrió y le dijo que se quedara tranquila...

Elena

Hace un mes que estoy en La Leonesa. Me doy cuenta de que nunca, en mi vida adulta, había tenido delante de mí casi dos meses de agenda vacía. La primera sensación fue de vértigo. Acostumbrada a la acción constante, a los horarios perentorios, de golpe se abría ante mí un espacio ancho y ajeno. No presté atención a la solapada entrada de la ansiedad en mi espíritu. Me instalé en la mesa del patio, respiré hondo, miré para el lado de la quinta. Las arvejas crecían sostenidas por las varillas que habíamos enterrado con Matilde. El verde de las hojas era tierno, alguna hoja se movía en esa tarde perfecta. Me levanté de la silla y llegué hasta la primera planta. Observé la nervadura de una vaina. La arranqué y la abrí. Cinco arvejas redondas me contemplaron. Me las metí en la boca, mordí la primera. El gusto era áspero y húmedo. Nunca las había comido crudas. Ese sabor me conectaba a la vitalidad de la tierra. No me resultaba agradable, no tenía la explosión de una frambuesa o de una cereza que despiertan de inmediato los sentidos. Con las arvejas había que perseverar para encontrar en el fondo un placer quieto. Tendría que ver con mi edad en la que ya no hay lugar para lo inmediato, para el arrebatado de cualquier naturaleza. Ahora era el momento de los placeres que se conquistan a fuerza de insistir. La vida todavía está ahí pero no se entrega a mansalva. Es el tiempo en que la atención necesita una voluntad para transformar el entorno en sustancia nutriente.

Las arvejas, verdes, tumultuosas, me llevaron a mi centro. Y ese centro siempre había estado ahí. Se había terminado el tiempo de alcanzar metas, de salir al mundo con la ansiedad de la conquista. Me quedaba un resto y no era para ir a ninguna parte. Tuve necesidad de entrar en la casa para mirarme en el espejo. Entré en la habitación de Madre que ahora, poco a poco, se había transformado en mi cuarto. Miré la habitación a través del espejo. El armario de tres puertas se reflejaba nítido pero yo sabía que no tenía la contundencia de lo real. Toqué la superficie del vidrio, era lisa y fría. Por la ventana entraba la tarde. En ese espacio, todavía impregnado de las decisiones de Madre: su cama, su ropero, sus mesitas de luz, me deshice de toda pretensión y me abandoné. Sentí que los músculos que habían sostenido por más de setenta años reproches, deserciones, hijos, proyectos, padres, divorcios, encontraban su lugar en ese cuerpo adulto, maduro pero hermoso, habitado en toda su extensión por un hálito nuevo, cápsula abierta todavía y hasta el último día a la experiencia inmediata de vivir.

16

Ilse llega a la casa. Ve los caballos desensillados que comen pasto. El corazón le late con fuerza, como antes. Abre la puerta de la cocina y ve a Helmut de espaldas mientras prepara el mate. El hombre se da vuelta al escuchar el ruido de la puerta.

¡Ay, Helmut! Qué bueno verte. ¿Estás bien?

Ilse lo abraza y lo besa como allá en Hinojo hace veinte años. Helmut queda un instante sorprendido y se entrega a las manos de la mujer que le acaricia la cara como si quisiera recuperar la memoria del contacto con esos rasgos perdidos en la maraña de días y años de silencio.

Sí, sí, estoy bien. Recién llegamos ¿Pasa algo?

No, no. Tenía miedo. Pensé que les había pasado algo malo ¿Querés que te prepare algo? Yo estaba en La Leonesa, Margarita, la maestra, está por dar a luz y me fui anoche pero ahora me pareció ver movimiento así que vine de una corrida...

Estoy bien. No te preocupes. Los muchachos ya se fueron para su casa a descansar. No encontramos a nadie pero tampoco perdimos más ganado. Yo también me voy a tirar un rato.

Helmut se suelta del abrazo de la mujer. Termina de preparar el mate. Prueba el agua. Ilse se sienta. Mira la espalda del hombre, los gestos lentos que van de la pava al mate, las botas llenas de barro seco, las

manos curtidas. Piensa que algo del mundo que construyeron juntos todavía existe. Habrá que reconstruirlo y ella, ahora, en esa mañana de verano, la cordillera que entra por la ventana, el bufido de los caballos, sabe que tiene la fuerza para empezar de nuevo. Helmut se sienta con la pava y el mate.

¿Querés uno?

Dale, pero ya me voy. La chica está por tener la criatura y no la quiero dejar sola.

Helmut le acerca el mate. Levanta la vista y mira en silencio a la mujer que tiene en frente. Ella le sonrío. Los ojos azules son los de la chica que conoció hace tantísimos años. Se la ve cansada. Unos mechones de pelo blanco se le escapan del peinado pero es siempre ella. Cuando le devuelve el mate, Helmut le agarra la mano. Debajo de esas pieles ásperas, moldeadas por el trabajo y el tiempo, fluye de nuevo el calor del contacto. Ilse se levanta y sosteniendo la mano de Helmut se le sienta en la falda y lo besa un rato. Después se levanta y corre a La Leonesa.

En la mitad del camino se encuentra con Rosita.

Ya está, doña Ilse. La Margarita se puso de parto. Rompió la bolsa y empezó con las contracciones.

Todo va a salir bien, Rosita.

Llegan a La Leonesa. Asunción está en la puerta, Enfys por detrás muestra una cara preocupada.

Bueno, bueno. A ver. Vos, Rosita venís conmigo así me ayudás. Ustedes dos se quedan acá. Si necesitamos algo les aviso.

Asunción hace un ademán de fastidio e intenta decir algo pero la mirada de Ilse no da lugar a medias tintas.

La partera y Rosita entran en la habitación.

Tranquila, Margarita, déjame que vea cómo viene el parto. Bien, hay dilatación y todo parece venir muy bien. Cuando venga el dolor respirá y pujá. Vos, Rosita, ayudala.

Margarita se siente tranquila. A pesar de esas puntadas espantosas que parecen desgarrarle la carne sabe que su hijita va a nacer bien. Siente su fuerza en cada contracción. La ve abrirse paso dentro de su cuerpo buscando el espacio del mundo. Sostenida por la presencia de Rosita que le acaricia la frente y le murmura palabras venidas de muy lejos, sonidos antiguos que no entiende pero que le entran en el cuerpo y van de Rosita, pasan por su oído, se adentran para alcanzar a la criatura que ya asoma, decidida, atraviesa el canal que la expulsa del limbo húmedo, de la cuna madre para salir a la superficie de aire donde sus pulmones se expanden y descubren un llanto, primer anuncio del despertar en el afuera.

Asunción y Enfys escuchan el sonido desde la cocina donde desde hace más de tres horas no dicen palabra atentas a los movimientos que vienen de la habitación.

Angela

Qué gusto estar en La Leonesa de nuevo. Aunque la abuela haya muerto se siente su presencia por todos lados. Elena me contó que había encontrado una caja con algunas cosas de papá: fotos y novelitas de cowboys. En ninguna estoy yo. Claro, los amigos y la pesca eran lo primero. Me encanta estar unos días con Elena las dos solas.

Ni bien abrí la puerta sentí el mismo olor de mis pocos años, me había olvidado de esa mezcla de madera quemada, de comida recién hecha. Recorrí las piezas y el almacén. Ahí estaba yo corriendo como loca detrás del Batuque. La voz de la abuela ¡ay que esta niña es un demonio, se mete por todos lados, Vicente toma a la niña y llévala a pasear que no me dejáis hacer las tareas! ¡Tú, Batuque, fuera! Mamá estaba en la escuela casi todo el día y cuando volvía se encerraba a corregir o a preparar las clases. Eso es lo que decía pero yo sé que no se sentía a gusto en La Leonesa. Lo supe mucho después. Papá me agarraba de la mano y nos íbamos en la camioneta a dar una vuelta y a visitar a los amigos. Parábamos en el boliche de don Daud, era un turco enorme para mis cinco años. Me servía una granadina con soda y me levantaba del suelo con dos manos que me parecían de gigante para sentarme en el mostrador. Me daba un cubilete con dados y se acodaba en el mostrador a charlar con papá. Yo era muy feliz.

La abuela Asunción me daba muchos besos a escondidas de mis padres. Me cantaba con una voz

distinta, solo para mí y yo veía que los ojos se le ponían de otro color, la mirada lejana y yo sabía que ahí la tenía que abrazar muy fuerte para que volviera a estar conmigo.

Elena no sabe qué hacer con La Leonesa y quiere que tomemos una decisión, juntas. Sé que le cuesta tanto como a mí pensar en venderla. Hace más de un año que no nos encontrábamos. Es una mujer hermosa. Me hace bien estar con ella.

17

Margarita se durmió y la bebé también. Las cuatro mujeres descansan en la cocina. Saben que llegó el momento de volver a la rutina, a la vida de cada una. Se siente en el aire la disolución de ese vínculo que las mantuvo unidas por más de veinticuatro horas. A Ilse se la ve más liviana. Acomoda el maletín, quiere volver pronto a la casa ahora ya libre para ocuparse de Helmut. Da unas últimas recomendaciones y dice que volverá mañana para ver cómo va todo pero que las dejen descansar, que hace mucho que no veía un bebé tan hermoso y que cualquier cosa le avisan.

Asunción piensa en Vicente, esa criatura es el vivo retrato del padre, esa piel blanca no es de Margarita y vuelve a su memoria el nacimiento de su niño, tan hermoso y calmo... Asunción quiere que esa nena crezca en La Leonesa cerca de ella no como sus otros nietos que están lejos. Necesita tocar y oler la carne nueva, ese calor recién nacido le hace falta para renovar su fe en la vida. Aunque no quiera reconocerlo se siente sola. Sí, Vicente vive en La Leonesa pero poco le habla y ella se da cuenta de que hace todo lo posible para mantenerse fuera de su órbita, siempre hay alguna cosa que lo mantiene a cierta distancia. Está ahí, trabaja con ella, la escucha, hace las compras, se ocupa de las reparaciones, pero hay una parte de Vicente que es inalcanzable, como su Eusebio, piensa Asunción. La nostalgia la cerca cada vez más a menudo. Me estoy poniendo vieja, se dice. Los muertos

y los que están lejos se le aparecen cotidianamente. Se le terminaron los sueños nuevos, ahora la noche se le puebla de ausencias y el espacio de La Leonesa se le hace enorme como un desierto que camina día a día sin agua ni reposo.

Elena

Hoy caminamos con Ángela más de cuatro horas. Le mostré la escuela donde su madre daba clases. El edificio es nuevo pero está construido sobre la vieja estructura. Como es tiempo de vacaciones estaba cerrado. Vamos a venir cuando empiecen las clases así te muestro las aulas que quedaron de la escuela vieja. Después de que dije esto me di cuenta de que había empezado a pensar en un futuro en este pueblo. Por lo menos me proyectaba en dos meses en este mismo lugar. Bordeamos el arroyo y me empeciné en encontrar la casa donde había vivido Rosita. No lo logramos. Pregunté a varias personas pero nadie supo darme datos. Ángela quería saber quién era Rosita. Le conté que ayudaba a Madre en la época en que ella había nacido. Una buena amiga de tu mamá, le dije. Yo no había tratado mucho con la madre de Ángela. Es esa época vivía en Esquel y no venía mucho a La Leonesa, dos o tres veces al año a lo sumo. Tengo una imagen borrosa de Margarita. La primera vez que la vi fue cuando se casó con Vicente.

Le prometo a Ángela que le voy a buscar alguna foto en la que estén sus padres juntos. Madre me llamó para que viniéramos al casamiento. ¿Se casa Vicente? ¿Con quién? ¿Así, de golpe? ¿Y por qué no nos llama él para invitarnos? Madre lanzó uno de esos discursos suyos en los que no quedaban espacios para las preguntas. Es una chica muy buena, maestra, y ha tenido una niña preciosa. Trabaja en la escuela y vivirán

conmigo, por ahora. Me harán compañía ya que vosotros estáis lejos y poco venís a verme. Ese reproche paralizó cualquier posibilidad de respuesta. Me retrotraía a la esencia de nuestra relación. Por lo menos había aprendido a callarme. Le dije que íbamos todos, que por supuesto me ponía contenta que mi hermano tuviera una compañía. Está todo bien, Madre. Tengo muchas ganas de conocer a Margarita y a la nena. Le pregunté a Ernesto si el sabía algo de esa historia de mi hermano. Cuando Vicente venía a Esquel siempre pasaba por casa. Se llevaba muy bien con mi marido. Yo, en esa época todavía era la que insistía en ponerle los puntos sobre las íes, lo que visto así, a lo lejos, me avergüenza bastante. Quién era yo para andar dando lecciones de vida. Me había casado, tenido mis hijos, pero todo parecía formar parte de un libreto escrito por otros. Yo sólo cumplía el papel, lo mejor posible aunque ya empezaba a darme cuenta de que no era buena actriz.

Ernesto no sabía nada.

Cuando llegamos a La Leonesa encontré a Madre sumergida en un mar de comida y apuros. Anda, dame una mano con esta pata de cordero. Ahí tienes el adobo, romero y salvia y un poco de limón, se lo pones y lo metes al horno. El cura llegará a las siete, haremos la ceremonia aquí y luego recibiremos a los invitados. Mientras acomodaba el cordero entró a la cocina Margarita con la bebé. Se detuvo algo incómoda al verme. Me apuré a presentarme y a felicitarla. Le pregunté cómo se llamaba la nena. Ángela, me dijo. Así se llamaba mi mamá. Le hice algunos comentarios sobre el carácter de Madre en tono de broma. Le prometí que podía confiar en mí para lo que necesitara, que me alegraba mucho que Vicente tuviera una compañera y una hija tan preciosa, llamé

a mis hijos para que conocieran a su prima. Margarita se aflojó. Me contó que por ahora vivirían en La Leonesa pero que pronto conseguirían algo para ellos, que doña Asunción se había portado muy bien con ella y que ella sólo tenía palabras de agradecimiento pero que quería tener su propia casa con Vicente y su hija, aunque fuera algo chiquito para empezar.

En la fiesta no pude dejar de mirar a Vicente y Margarita. Mi hermano se mantuvo lejos de su mujer casi toda la velada. De vez en cuando le echaba una mirada de reojo y parecía no reconocerla. Me acerqué dos veces a Vicente pero se escabulló con rapidez. Claro, pensado ahora con la distancia de los años sólo podía esperar de mí recriminación y preguntas que no podría contestarme con sinceridad. En esos años me parecía mucho a Madre a pesar de los esfuerzos que hacía para ser otra.

Margarita con la excusa de cuidar a su hija se mantuvo a distancia de esa situación que supongo poco tendría que ver con sus deseos. Yo percibía una tristeza vieja que no sólo alcanzaba a mi hermano y a Margarita, también me abrazaba a mí y a mi familia. Era una tristeza heredada y alimentada día a día por los silencios, la falta de ternura y el vacío instalado entre los huecos de las resoluciones a las que les faltaba el timón de nuestra voluntad.

18

Y tú Enfys, ¿ya te vas también ?

Y... me parece que ya es hora de volver a casa. Acá está todo bien y la verdad es que mucha falta no hago.

¡Cómo que no! Has sido un gran apoyo. Tu compañía es siempre muy grata. Quédate a comer y después te vas. Preparemos algo bueno. ¿Qué tienes ganas de comer? Me parece que tengo unas chuletas de cerdo en la fiambra. Las haremos con puré de manzana. ¿Cierto que a ti te gustan así?

Enfys sonríe y agradece. Quisiera no tener que volver nunca a la casa. Por un instante se ve tomando el camino que va en dirección contraria, sale a la ruta, los pies se le ponen ágiles, camina el sendero de álamos que lleva al río, se detiene a mojarse los pies, el agua está fría y reconforta, se acuerda de aquella otra agua de la cordillera donde estuvo la primera vez con Juan y piensa que todavía puede haber una posibilidad si se anima a sacarse de encima este lastre que lleva acumulando los últimos veinte años de su vida. ¿Cómo se lanzó aquella vez? ¿De dónde había sacado esa capacidad de ser ella misma toda entera ella misma sin que ninguna voz la aturdiere ni le reclamara corduras y deberes? Tenía que volver a ese tiempo pero no en la nostalgia del recuerdo que la sumergía más y más en la pesadez y en la melancolía sino en el chispazo vital que pudiera vencer la apatía a la que se había dejado someter.

Asunción, quería hacerte una pregunta pero...
Anda, ¿qué te pasa? Pregunta lo que quieras.
No sé, es algo que se me ocurrió ahora pero no sé...
Vamos Enfys, ¡habla!

Es que... se me vino así de repente... pero me parece que no...

Enfys, por favor, que me estás preocupando.

No, no, no es nada para que te preocupes, es algo que me vino a la cabeza. Cuando Margarita empiece las clases se te va a poner un poco difícil ocuparte de todo y atender a la nena... Yo podría... si Margarita... y vos estás de acuerdo... Venir un rato... a ayudarlas. Rosita me dijo que estaba pensando en quedarse más tiempo en su casa, sabés que Ramón no está bien y ella quiere ayudarlo con el campo pero le da un poco de pena dejarte a vos sola con todo el trabajo...

Sí, sí, la veo preocupada a Rosita pero como nunca me dice nada...

Bueno, vos sabés que ella es así, callada para sus cosas.

Pero, ¿y tu madre?

Me arreglaría. No estamos lejos...

Me da apuro tenerte a ti como empleada. Con Rosita es diferente...

¡No! Por favor, yo estoy acostumbrada a trabajar duro y así saldría de casa, estaría con gente...

¡Ay, no sé Enfys! Me lo pones difícil. Ya sé que eres muy trabajadora pero... no sé si podría...

Enfys se levanta de la silla, se acerca a Asunción y la mira directo a los ojos. Algo se mueve en

su estómago, una urgencia escondida, una certeza le modula la voz. Si no hace un movimiento en su vida, ahora, se va a morir, se va a enfermar de cansancio. No puede arrastrar un minuto más ese cuerpo que es el suyo si no ve delante una diferencia aunque sea mínima, aunque sea esa opción aparecida de la nada, de la pura desesperación del momento. Toma las manos de Asunción.

Si no salgo de casa me voy a enfermar y te aseguro que no te vas a arrepentir de darme esta oportunidad.

¡Ay Enfys! No hables así. Está bien, está bien. Podemos probar.

Gracias.

Ángela

Matilde apareció hace unos días con un cachorro. Lo había encontrado abandonado camino a La Leonesa. Se lo veía desnutrido y sucio. Lo traía envuelto en un trapo. Estaba furiosa. Le parece a usted que se puede ser tan cruel como para tirar esta pobre bestia, seguro que desparramaron los cachorros lejos de la madre para que se mueran.

Le pedí que me lo diera. Respiraba rápido, casi no pesaba y recién empezaba a abrir los ojos. Lo llevé adentro. Preparé un gotero con leche y se lo di. Chupó con fuerza y después se quedó dormido.

Ahora lo tengo a mi lado. Ya mira fijo y me reconoce. Elena no deja de repetir que no podemos hacernos cargo de un perro, que pronto nos iremos y qué va a ser del animal. Me apura para que tomemos una decisión mientras se ocupa cada vez con más esmero de la quinta, de reparar algunas cositas como dice para que la casa no se venga abajo y mantenga su valor si acordamos venderla. No la veo interesada en poner anuncios de venta ni llamar a posibles interesados. Yo me dejo acunar en esta rutina. La verdad es que no tengo ganas de volver a ninguna de las ocupaciones que me atan a Buenos Aires. Pablo se arregla bien con el restaurant, casi mejor que conmigo poniendo peros a cualquier modificación o expansión del negocio. Es cierto, todo me molesta, siempre pongo una cuota más agresiva de lo que amerita la situación. Me cuesta reconocer que perdí el entusiasmo. Cocino por

obligación y estoy segura de que esto se transmite a la comida. Hablamos seguido pero nunca me pregunta cuándo vuelvo.

Le pedí a Matilde que me dejara ocuparme de la comida. Al principio se sintió molesta, me enumeró todos los platos que podía cocinar incluso Doña Asunción que sabía mucho siempre le decía lo bien que cocinaba, el buen sabor que lograba con una gallina vieja y unas pocas verduras. Me costó calmarla. Le expliqué que me gustaba mucho lo que hacía y que incluso me gustaría tomar nota de su cazuela de gallina, de la masa del pan y de otras cosas que me habían parecido buenísimas pero que yo era cocinera, que ese era mi oficio, que había estudiado y que tenía un restaurant con mi marido. Lo que quería era probar con ciertos sabores, con las verduras de la quinta, con diferentes leñas. Ella sería mi ayudante, la necesitaba porque era ella quién sabía los nombres de los productos y los lugares donde se conseguían. Pareció apaciguarse. Tomé mi cuaderno de notas, la hice sentarse a la mesa y le pedí que me explicara muy bien lo de la gallina vieja.

Le conté la historia del coq au vin. Cuando Julio César, que era un emperador romano estaba de campaña para conquistar lo que hoy es Francia más o menos y que en esa época se llamaba la Galia, un jefe de uno de los pueblos que pretendían conquistar los romanos le hizo llegar un gallo fuerte y agresivo como símbolo del coraje y determinación ante el próximo ataque. Poco después Julio César invitó a ese jefe a almorzar y le sirvió un ave bañada en una espesa y sabrosa salsa roja. Al preguntar sobre el plato que saboreaban, César le informó que lo que comían era el gallo que él le había regalado marinado, quiere decir como adobado, en vino que era el símbolo romano

y cocinado larga y muy lentamente. Coq en francés significa gallo. Ahora es uno de los platos más conocidos de la cocina francesa. Tu gallina también podría convertirse en un éxito y hasta le podemos poner tu nombre, gallina a la Matilde, ¿qué te parece?

Elena se había acercado con el cachorro en los brazos. Nos miramos. Mucho coq au vin y otras yerbas pero este pobre bicho está muerto de hambre, a ver quién le da algo para masticar. Y hay que ponerle un nombre.

Coco, dijo Matilde, así no me voy a olvidar la historia del gallo.

Elena

No encontré ninguna foto de Vicente y Margarita juntos pero sí algunos cuadernos escritos por Madre. Una especie de diario donde Madre con una letra prolija da cuenta de los sucesos cotidianos y también de los que debía escuchar por la radio. El cuaderno que tengo en las manos es del año 1941...

Noviembre 20, jueves. Día bueno pero con viento. Ortiz sigue trabajando en la instalación del agua corriente. Parece que hemos iniciado un zoológico: Elena está criando dos zorrillos y Lucía un zorrinito. En el frente ruso se sigue combatiendo con la violencia de siempre, los alemanes en plena ofensiva como siempre...

Noviembre 21, viernes. Amaneció bueno pero con viento. Festejamos fin de señalada de Morales con cordero al asador, empanadas y duraznos en lata. Es la primera vez que hago yo sola las empanadas, estaban muy buenas, el cordero un poco crudo. En el frente ruso se combate con ferocidad, los nazis lograron algunos avances. La ofensiva británica en Libia sigue. Bombardearon Nápoles, Messina y Brindisi en Italia además de todos los puertos en Libia. Viento frío todo el día.

Noviembre 25, martes. Nublado y con viento. Se sigue la instalación de agua corriente. Tenemos todas las piezas ocupadas con empleados del ferrocarril por una semana. Antonio Halm me trajo unos repollitos para transplantar, lo que alcancé a hacer hoy mismo después del almuerzo. Cayó un aguacero. Los rusos siguen aproximándose a Moscú. Sigue la batalla de Libia. Falleció el presidente de Chile señor Aguirre Cerdá.

Noviembre 26, miércoles. Nublado y con viento. Se sigue la instalación de agua corriente. Eusebio desarmó la cocina económica para instalar la serpentina. Los nazis se acercan más a Moscú. Sigue la batalla de Libia.

Noviembre 27, jueves. Lluvioso. Eusebio llevó a Vicente a una señalada. Llegó el pedido de harina y azúcar que esperábamos la semana pasada. Se sigue la instalación de la serpentina. Hicimos un cocido, aquí le dicen puchero, en el fogón de afuera...

Noviembre 29, sábado. Fresco y con viento. Menos algunos detalles se terminó la instalación del agua corriente, ya tenemos agua caliente y fría en la cocina y en el baño. Vicente fue el primero en bañarse con el nuevo sistema. Sigue la batalla de Moscú. Los rusos anuncian la reconquista de Rostov, importante ciudad llamada la clave del Cáucaso, sigue la batalla de Libia. Viento frío todo el día.

Salto algunas páginas...

Diciembre 7, domingo. Sigue lluvioso. Eusebio fue a Esquel a pedir un crédito para ampliar el almacén. Esta madrugada, estando los emisarios japoneses todavía en Washington, Japón atacó las posesiones norteamericanas en el Pacífico (estilo nazi) bombardeando Honolulu y Manila, también Pearl Harbor. Hubo muchos muertos y heridos y daños. Después declaró la guerra. Canadá, las Indias Holandesas y Costa Rica ya le declararon la guerra al Japón. Hubo elecciones en la provincia de Buenos Aires con los acostumbrados atropellos. Viento frío todo el día.

Diciembre 8, lunes. Ha llovido toda la noche y sigue lloviendo de modo que no se puede pensar en trabajos, sin embargo yo resolví hacer el lavado semanal y se hizo. Apareció una pata con cinco patitos. Llegó el supervisor de escuelas. Se quedará una semana.

El 19 de diciembre se interrumpe. En la página siguiente...

Abril 26, domingo. Amaneció bueno, leve helada. Llegaron los Méndez, venían de Chile. Sólo se quedan esta noche. Hice filet de pejerrey, pavo asado con papas fritas y natillas. En los frentes de guerra todo sigue igual. Los japoneses atacan con ferocidad la isla del Corregidor. Me olvidaba, habló Hitler. Ha cambiado bastante de tono, pero no dejó de asegurar que aplastará el Imperio Británico.

Madre despliega día a día el estado del tiempo, pequeños aconteceres cotidianos y la marcha al detalle de los movimientos bélicos de la Segunda Guerra Mundial. La pienso sentada al lado de la estufa, la casa en silencio, nosotros dormidos y ella atenta a la radio para luego apuntar con precisión los avances y retrocesos de las fuerzas implicadas en el conflicto. ¿Y Padre?

Mayo 21, jueves. Heladita. Eusebio arregló el motor que hace dos días no marchaba, ya ni para la radio había acumulador. Hice más dulce de membrillo. Cumpleaños de Elena. Le regalamos un dinerito. Le hice pollo saltado con papas fritas y membrillos al horno y la torta. No está en mis manos hacer más. La situación de los frentes de guerra sin cambiar. Día bueno.

Mayo 25, lunes. Helada bravísima. Eusebio se fue con los chicos a la escuela. Todos aseguraron que la fiesta había sido magnífica. La situación en los frentes sin mayores variantes. Los británicos se retiraron de Birmania.

El 11 de junio del 42 se interrumpe, no hay referencia a los movimientos de la guerra. Una página entera en blanco, a la siguiente 1943.

Julio 10, sábado. Amaneció lloviendo. La nieve se va a ojos vista: ya era hora, hoy son tres semanas que cayó. Anuncia la radio que a las 3 a.m. hora europea, las naciones unidas iniciaron la invasión de Sicilia bajo el mando del gen. Eisenhower, protegidos por nubes de aviones. Se anunció oficialmente desde Londres esta tarde que el éxito del desembarco estaba asegurado

y todo seguía según los planes trazados. El presidente Roosevelt se dirigió al Papa dándole cuenta de la invasión y asegurando que era solo para liberar a Italia del nazi fascismo prometiendo respetar la neutralidad del Vaticano como asimismo hacer lo posible para que no sufran por la guerra los establecimientos e instituciones religiosas. Dejó de llover y está claro aunque nublado. Me olvidaba de los otros frentes. En Rusia la ofensiva alemana prospera.

Las anotaciones de julio son extensas, una página por día. Supongo que el mal tiempo no permitía trabajar afuera. Todos los días comienzan por..

Julio 11, domingo. Amaneció blanca la tierra...

Julio 12, lunes. La mayor nevada de este invierno...

Julio 13, martes. Helada brava.

*Julio 14, miércoles. La mayor helada de este invierno...
Ha helado todo el día.*

Julio 15, jueves. ¡Deshielo por fin! Después del día más frío del invierno que fue ayer esta mañana estaba completamente cambiado. La nieve se achataba a ojos vista. Se veía agua por todos lados y las planchas de hielo aflojaban.

Julio 16, viernes. No heló, sigue la neblina. Todavía queda mucha nieve.

Julio 17, sábado. Helada leve.

Julio 18, domingo. Helada regular.

Julio 19, lunes. No heló, el agua corriente sigue en marcha.

Julio 20, martes. Helada fuerte. Sin embargo se nota un cambio en el ambiente, no hay esa sensación de invierno como durante todo el mes.

Julio 21, miércoles. Helada muy fuerte.

Julio 22, jueves. Helada brutal. Todas las ventanas dibujadas con la escarcha.

Julio 23, viernes. Helada cruel.

Julio 24, sábado. Helada algo menos fuerte que los últimos días.

Julio 25, domingo. Helada liviana.

Julio 26, lunes. Anoche llovió un poco y después heló algo.

Julio 27, martes. Amaneció todo nevado pero no cayeron más de dos centímetros.

Julio 28, miércoles. Helada regular.

Julio 29, jueves. Helada regular.

Julio 30, viernes. Helada regular.

Me asombra la cantidad de matices para catalogar las heladas. Más adelante aparece: *helada feroz, helada negra, heladita*. En septiembre empiezan a aparecer los *no heló, cayó una lluvecita*. Los apuntes se hacen más mínimos hasta el 5 de octubre que sólo está escrita la fecha. Últimas referencias a la guerra, el primero de octubre, *los aliados entraron en Nápoles y pasaron más allá en persecución de los nazis pero las minas y las destrucciones de los puentes frenaron su avance. La aviación aliada bombardeó Bochum y Munich.*

Me quedé con el cuaderno entre las manos hasta que Ángela me llamó a cenar. No hice ningún comentario sobre el hallazgo y sólo le dije a Ángela que no había encontrado ninguna foto de sus padres juntos pero que seguiría buscando, en La Leonesa había todavía muchos armarios para revisar.

Angela

Coco me sigue a todos lados. Elena está preocupada por la situación de Julia en España. Me dice que la nota muy triste y que se lo pasa trabajando. Me cuenta que les ofreció vender la casa para poder ayudarlos. Yo también hablé con Julia, sabía que a mí me contaría lo que de verdad estaba pasando. Era cierto que trabajaba muchas horas y por bastante menos de lo que en un principio les habían prometido pero lo que más la tenía agotada era la actitud de Pedro... Se había vuelto insoportable. Los primeros meses se había mostrado entusiasta y lleno de proyectos. Era verano y el bar funcionaba a tope con los turistas, sobre todo los ingleses y nórdicos, que dejaban buenas propinas. Pero a partir de septiembre las cosas fueron cambiando. Apenas podían hacer frente a los gastos fijos. Ella había intentado trabajar en lo suyo pero necesitaba hacer la reválida de su título y no quería dejar a Pedro solo. El invierno fue un infierno. Se habían gastado todos los ahorros. Ahora que había empezado el buen tiempo Pedro se había reanimado pero ella ya no quería más de lo mismo. Tengo treinta y cinco años, una carrera que me encanta, qué hago trabajando de moza doce horas por día, ¿me querés decir? Sentí su angustia aunque me dio la impresión de que ya sabía lo que iba a hacer. Le pregunté por qué no se volvía. Lo estoy pensando, me dijo. Le conté de La Leonesa y de nuestra vida "campestre". Quería saber cómo la veía a su madre. Radiante, le dije. Nunca la había visto tan tranquila y contenta. Si la vieras en su quintita.

Me muero de ganas... La nostalgia de Julia me asustó. Cambié de tema. Le conté de Pablo. Habíamos logrado, a la distancia, hablarnos todos los días con cariño y sobre todo con humor. Yo le mandaba mis recetas, él las probaba y nos divertíamos intercambiando chismes del restaurant y variaciones de los nuevos platos.

Revisé los armarios de las habitaciones de huéspedes. Ropa de cama de algodón, almohadas y mucho olor a alcanfor. De las bolitas no quedaba mucho pero aspiré con ganas ese aroma fuerte. Un acto reflejo me llevó la mano al bolsillo. Yo robaba las bolitas que la abuela Asunción ponía en los armarios. Tenía una caja escondida en el galpón donde las iba amontonando. En el galpón de atrás que hoy ya no existe. Entre unos cueros secos y restos de maquinarias estaba mi caja de bolitas de alcanfor. La abuela se enojaba mucho cuando veía que me iba para el lado del galpón del fondo. Que las ratas, que ya te dije, Vicente, que tienes que sacar toda esa mugre que amontonaba tu padre, que eres igual que él.

Mi pobre papá. ¿Habría alguna foto de mis padres juntos? Sé que del casamiento, no. Me lo explicaron muchas veces de chica cuando yo insistía. No nos acordamos del fotógrafo. Ya sabés cómo es tu abuela, preparó todo en tan poco tiempo... cuando nos dimos cuenta nadie tenía una máquina a mano. En ese tiempo no era como ahora y menos en el campo.

Hicimos pintar el exterior de La Leonesa y arreglar algunas chapas. Les mando, casi todos los días, fotos a Julia y a Santiago. Quieren saber todo lo que hacemos, cómo va la quinta, como va creciendo Coco. A mamá prefiero no hacerlo. Aunque siempre habla con mucho agradecimiento de la abuela, la voz se le apaga cuando sale el tema de su paso por La Leonesa.

Yo tenía seis años cuando le salió el traslado a

una escuela de Esquel como vicedirectora. Ya había rechazado tres vacantes como maestra esperando que mi papá se decidiera a acompañarla. La mañana que llegó la carta no dijo nada. Dejó el sobre abierto en la mesa de la cocina. Sabía que la abuela no se resistiría a leerla. Papá andaba en alguna de esas gestiones que se inventaba para permanecer varios días lejos de la casa. En la carta se le notificaba que en tres días tenía que presentarse para el cargo, la no comparecencia en el plazo estipulado daría cuenta de su no aceptación. La escuela contaba con alojamiento. Mamá metió en una valija unas pocas cosas para salir del paso y al día siguiente nos subimos al colectivo. La abuela nos acompañó sin decir ni una palabra. En mi recuerdo, ese silencio que envolvía a las dos mujeres caminando los casi dos kilómetros que separan La Leonesa de la ruta, era de un espesor tal que yo, caprichosa, revoltosa y gritona, permanecí muda sostenida de la mano de mamá, flotando en un desamparo que se iba agrandando con el abrazo conmovido de la abuela, el viaje áspero y el perfil sombrío de mamá.

Elena

Busco la causa de esta sensación extraña. Dejé el cuaderno de madre en mi mesita de luz. No pude compartirlo con Ángela. Cuántas otras Madre quedarán esparcidas en los lugares que habitó, en la personas que conoció. Para Matilde es una señora buena y generosa que la ayudó en un momento difícil. En Lucía no tuvo un peso específico. O me lo parece a mí. Se peleaban pero yo sabía que existía entre ellas un vínculo. No pude quererla y esa es mi verdad, sin explicaciones, sin razones valederas.

Soñé a Julia vestida de princesa, con ese vestido que yo le había hecho con unas cortinas viejas. Pero era la Julia de ahora y el vestido le quedaba chico. Se enojaba conmigo mientras yo trataba de explicarle que se lo había hecho cuando tenía ocho años. No entendía razones, me gritaba. Yo trataba de abrazarla para que se calmara pero daba manotazos en el aire.

Me desperté a las seis y salí a la quinta. El aire frío de la mañana me quietó. Recorrí los surcos y cuando levanté la vista, vi los álamos que empezaban a ponerse amarillos. Me dio miedo. Era tiempo de tomar decisiones.

En la semana había tenido varias charlas con mis compañeros de equipo. En pocos días terminarían con las locaciones. Se los escuchaba entusiasmados. Los trámites para la financiación del proyecto iban muy bien. Esta vez nos darían más de la mitad

antes de empezar. Les había gustado mucho mi guión. ¿Cuándo volvés? Tenemos que festejar. Les largué unas excusas sosas. Unos pocos días, unos arreglos para terminar, un posible comprador, algunos papeles, la semana que viene.

Madre, La Leonesa, Ángela, Julia, el cuaderno de Madre. Matilde, que llegaba apurada, me sacó del atasco. El ladrido demandante de Coco terminó de limpiar los rastros del sueño y los pensamientos enredados.

Cuando entramos a la cocina, Ángela cortaba pan y preparaba el desayuno. Le mostró a Matilde el cuaderno donde escribía las recetas que preparaban entre las dos. Le había mandado algunas a Pablo y las habían incluido en el menú del restaurant. La cazuela de gallina era todo un éxito.

El olor del fuego en la cocina económica, el charloteo de Ángela y Matilde, el sol que entraba por la ventana, el ruido de las tazas y los platos, el calor de Coco acurrucado en mis brazos.

Era tiempo de tomar una decisión.

19

Veinte de marzo. Ángela apunta en su libreta los ingredientes del guiso carrero preparado por Matilde:

Cuadril, 750 g.

Cebolla 2

Morrón verde 1

Cebolla de verdeo 3

Ajo 3 dientes

Zanahoria, 1

Zapallo 200g

Papa 200 g

Batata 200 g

Tomate perita 1 lata

Orégano

Sal

Fideos 300 g

Ají molido

Hierbas a gusto

Juega con Pablo: le manda los ingredientes de uno de los platos del abundante recetario de Matilde pero no le dice el nombre ni cómo lo cocinan. Pablo

es un aficionado pero no es cocinero. En el restaurant tiene un chef que también se divierte con los intentos de Pablo. Tiene terminantemente prohibido ayudarlo pero sí comparten el resultado y es el encargado de enviarle su valoración a Ángela.

Elena entra a la cocina cargando una caja de verduras. Por la puerta entreabierta, el viento arrastra las hojas amarillas de los álamos. Coco, embarrado y feliz corre a subirse al regazo de Ángela. Matilde termina de guardar los platos del almuerzo.

¡Coco! Abajo, sos un perro sucio. ¿Qué estuviste haciendo? ¿Cosechando con Elena? ¿Qué traen ahí?

Decile, Coco. Unas habas preciosas. Remolachas, muchas remolachas y también unas acelgas memorables.

Las tres mujeres se inclinan sobre la caja que Elena apoya sobre la mesa. Revisan las verduras. Matilde saca unas zanahorias y las mete en la pileta. Abre la canilla y la tierra negra se escurre con el agua.

Elena observa, por la ventana, a su hijo Santiago que rastrilla las hojas secas. Llegó hace una semana, de sorpresa. Lo ve moverse y distingue claramente algunos gestos de Ernesto, ahí está la energía hacedora del padre, una forma de moverse hecha de pequeñas sacudidas como si cada acción dejara una onda imperfecta al final, un vibrar del aire contagiado del vigor de los desplazamientos. Ese hijo, ya hombre grande, le infunde una ternura que nunca ha podido terminar de definir. Le basta mirarlo para sentirse en paz. Con Julia es diferente, le gusta sentirla entre sus brazos como cuando era una nena, pero siempre aparece un resabio de tensión, algo primitivo la pone en guardia y no acaba de descifrar ese impulso que muchas veces la hace sentirse culpable.

Con la mano derecha se saca un mechón de la frente, se da vuelta, ve a Matilde y Ángela concentradas en las cantidades de los ingredientes.

Bueno, ¿y hoy que comemos? Mucho escribir pero no veo que estén haciendo nada para la cena, basta de teoría.

Ya terminamos, tía, es que Matilde no me quiere dar las cantidades exactas. Me parece que se está agrandando con esto de que sus platos tienen tanto éxito en Buenos Aires.

Matilde se disculpa, es que ella hace todo a ojo, como le enseñó su mamá, eso de poner cuántos gramos y cuantas cucharadas la pone de los nervios.

Es una broma, Matilde. Lo que hacés es buenísimo, no te pongas así, te estoy cargando. Ya sé lo que podemos hacer, una fabada estilo asturiano, con esas habas recién cosechadas nos vamos a chupar los dedos.

Santiago entra a la cocina, abraza a su madre, Coco salta y ladra reclamando atención. Ángela lo levanta y lo acuna. El perro le lame la cara. Matilde empieza a limpiar las habas. Santiago sale a buscar más leña.

Elena

Santiago quiere quedarse en La Leonesa. Apareció la semana pasada sin avisarnos. Yo le había hablado de la necesidad de tomar una decisión con la casa pero no había pensado en ningún momento en la posibilidad de que él pudiera querer quedarse. Mi impredecible hijo a veces me asusta. Su plan es quedarse hasta mayo, tiene algunos contactos para alojar turistas extranjeros, los meses de invierno volvería a Buenos Aires a terminar algunas cosas que tiene entre manos. Ese tiempo Matilde vendría a ocuparse de la casa y para la primavera ya estaría instalado en La Leonesa.

Ángela también quiere quedarse pero hablé con ella muy seriamente. Tiene que definir su relación con su marido. Estos jueguitos que tienen están muy bien, los escucho reírse cuando hablan, pero me parece que sólo están evitando enfrentar sus conflictos. Lo mismo que yo hice con Ernesto cuando decidí irme a Buenos Aires. En nuestra familia nos caracterizamos por poner distancias. El pasado inmigrante siempre nos empuja, no nos deja anidar por mucho tiempo. ¿Será La Leonesa nuestra tierra perdida? Por lo pronto tenemos una casa sólida, una quinta rebosante y tres tumbas: Padre, Madre y Vicente.

Mi hermano es el único que se mantuvo aferrado a un espacio. Cuando Margarita decidió irse a Esquel, sé que intentó seguirla, adoraba a Ángela y el hecho de no verla todos los días parecía más fuerte

que su inercia a permanecer en La Leonesa, pero no duró. Ernesto, con su vocación de arreglavidas le había conseguido trabajo en la barraca que administraba. Era un buen empleo porque además le permitía pegarse sus huidas temporarias con la excusa cierta de comprar lana y suministrar productos veterinarios a las estancias de la región. Una vida parecida a la que llevaba en La Leonesa pero viviendo con su mujer y su hija. En esos meses que duró la convivencia nos veíamos a menudo. Los domingos nos reuníamos en casa o íbamos a visitar a Madre todos juntos. De esa época data la relación entrañable de mis hijos con Ángela. De esos encuentros un tanto forzados en los que cada uno cumplía un rol que no parecía haber sido elegido pero que todos nos esforzábamos en representar lo mejor posible. Lo único real y duradero fue la relación entre los chicos. Ellos supieron encontrarse y elegirse, libres de mandatos construidos en las sombras, resguardaron y alimentaron hasta hoy la alegría de reconocerse familia.

Después me enteré de que Vicente ya estaba enfermo. Una enfermedad que tal vez hubiera podido superar en otras circunstancias o con otra personalidad. No dijo nada a nadie hasta que fue evidente su deterioro. Yo ya había emigrado a Buenos Aires cuando Madre, desesperada, me pidió que hiciese algo por mi hermano.

Acorralada por mis propios problemas de supervivencia material, mis indecisiones sobre el rumbo de mi vida profesional y la crianza de mis hijos sentí que Madre otra vez me alcanzaba con sus garras. Fui injusta. Cuando logré que Vicente viniera a Buenos Aires, después de reiteradas apelaciones a su responsabilidad consigo mismo y con los que lo rodeaban, en especial su hija, entendí el desgarró de Madre.

Fui a buscar a Vicente a Aeroparque. Ese hombre que asomó por la puerta de salida que apenas podía soportar el peso de la valija que cargaba ya no era mi hermano, un desconocido me dio un beso apurado. Madre exageraba, todo estaba bien, lo había visto un médico de Esquel, Gutiérrez, ¿te acordás? También trató a Padre con su problema de corazón, buen tipo, me dijo que tenía algo intestinal, que me cuidara en las comidas y me dio unas pastillas.

¿Pero vos te viste cómo estás?, grité. Te creés que soy idiota.

Me miró sin verme. Me dijo que me calmara, que tenía un turno para un especialista en el hospital Español.

Pasó quince días en mi casa. Lo acompañé al hospital a pesar de sus protestas. Le hicieron estudios y me empecé en estar presente cuando le dieran los resultados. Un tumor en el páncreas, databa de hace tiempo. Vicente escuchó al médico sin hacer ningún gesto, sin preguntar nada. Yo insistía en las posibilidades de tratamiento, en tener una segunda opinión.

Cuando volvimos a casa y después de acostar a los chicos, descargué toda mi frustración. Te querés morir, ¿no? ¿Por qué? Quiero que me digas por qué te querés morir.

Calmate, Elena. Las cosas son así.

¿Cómo así? Las cosas pueden ser diferentes si vos querés. ¿Y Ángela? ¿Y Madre? No pensás en ellas. No te entiendo.

Le pedí que se quedara más, el médico había dicho que existían nuevos procedimientos que daban buenos resultados en algunos pacientes. Quería que no se entregara, se podía luchar, tenés que sacar fuerzas,

sos joven. Me di cuenta de que estaba gritando. Julia apareció en la puerta. La tranquilicé, no pasa nada, andá a dormir, mamá está retando al tío porque no quiere tomar los remedios que le dio el doctor, como vos la semana pasada, ¿te acordás? Contale cómo te curaste enseguida cuando tomaste el jarabe.

Vicente sentó sobre sus rodillas a Julia y le pidió que le contara lo que había pasado. Después la levantó en sus brazos para llevarla de nuevo a la cama.

Me quedé sentada. Vicente no volvió a la sala y a la mañana siguiente lo acompañé a tomar el avión. A los tres meses murió en La Leonesa.

20

Ves, Matilde, hay que espumar las habas, cada vez que veas que tienen espuma la sacás, es para “reducir la música de la fabada” como dicen los españoles, para evitar las flatulencias, bah, los pedos.

¡Santiago!, andá a ver qué tenemos de carne o si hay algún chorizo, o panceta.

Vos Elenita de mi corazón podrías picar unas cebollas en vez de estar metida en ese cuaderno, ¿qué escribís? ¿No habías ya terminado tu guión?

Santiago aparece con un pedazo de carne y dos chorizos.

Qué te parece, primita, pa’ chuparse los dedos, carne de puchero y dos chorizos. Corto unas tiritas de panceta.

Vamos a agregarle algunas otras verduras, unas zanahorias, unos puerros, picá un poco de perejil también, Elena. Fijate si la abuela tenía azafrán por algún lado. Bien, Matilde. Ahora echale medio vaso de agua fría, es para “asustarlas”, para que no se desarmen.

Los días son más cortos. Hace dos días que en la mañana una capa delgada de escarcha cubre la tierra. Elena piensa en el cuaderno de Madre, en la meticulosidad con que describe los avatares de la Segunda Guerra Mundial, en la repetición de las palabras para nombrar ese frío que ya se instaló en Lago Blanco. Mientras pica la cebolla y el perejil se ve a sí misma

repitiendo en ese mismo espacio los gestos de la otra mujer, su madre. Las vidas de todos se asemejan más de lo que se diferencian y esta semejanza se percibe con claridad en los pequeños actos que conforman una vida. Quién no pica cebolla y perejil, quién no escribió o al menos borroneó en algunas hojas eventos de su propia vida, quién no se paró a escuchar las informaciones emitidas por la radio con atención, quién no sintió la tibieza de un anochecer en una cocina, la charla alegre de los cercanos, quién no sintió a sus pies el calor de un perro.

Santiago abre una botella de vino y le deja una copa al lado de la tabla de picar. Toma un trago. Sabe que ese momento casi perfecto que está viviendo va a terminar. Van a comer la fabada. Van a charlar y reírse. Van a lavar los platos. Se van a despedir hasta el otro día. Pero ya no insiste en atraparlo y detenerse. Tiene la certeza de que la repetición de lo mínimo, donde está contenido el sentido de la vida, anuda el centro de la existencia. Vamos y venimos, cruzamos mares, desiertos, ciudades y pueblos, cambiamos de trabajo, de pareja, los hijos crecen, nos ponemos viejos, pero en todo ese tránsito, una y otra vez nos volvemos a encontrar en una cocina cálida, sentados alrededor de una mesa, hay comida y vino, alguien canta, el perro se nos acerca y le acariciamos la cabeza, hay ruido de cubiertos, voces cercanas. Por la ventana, el mundo asoma una luna blanca.







